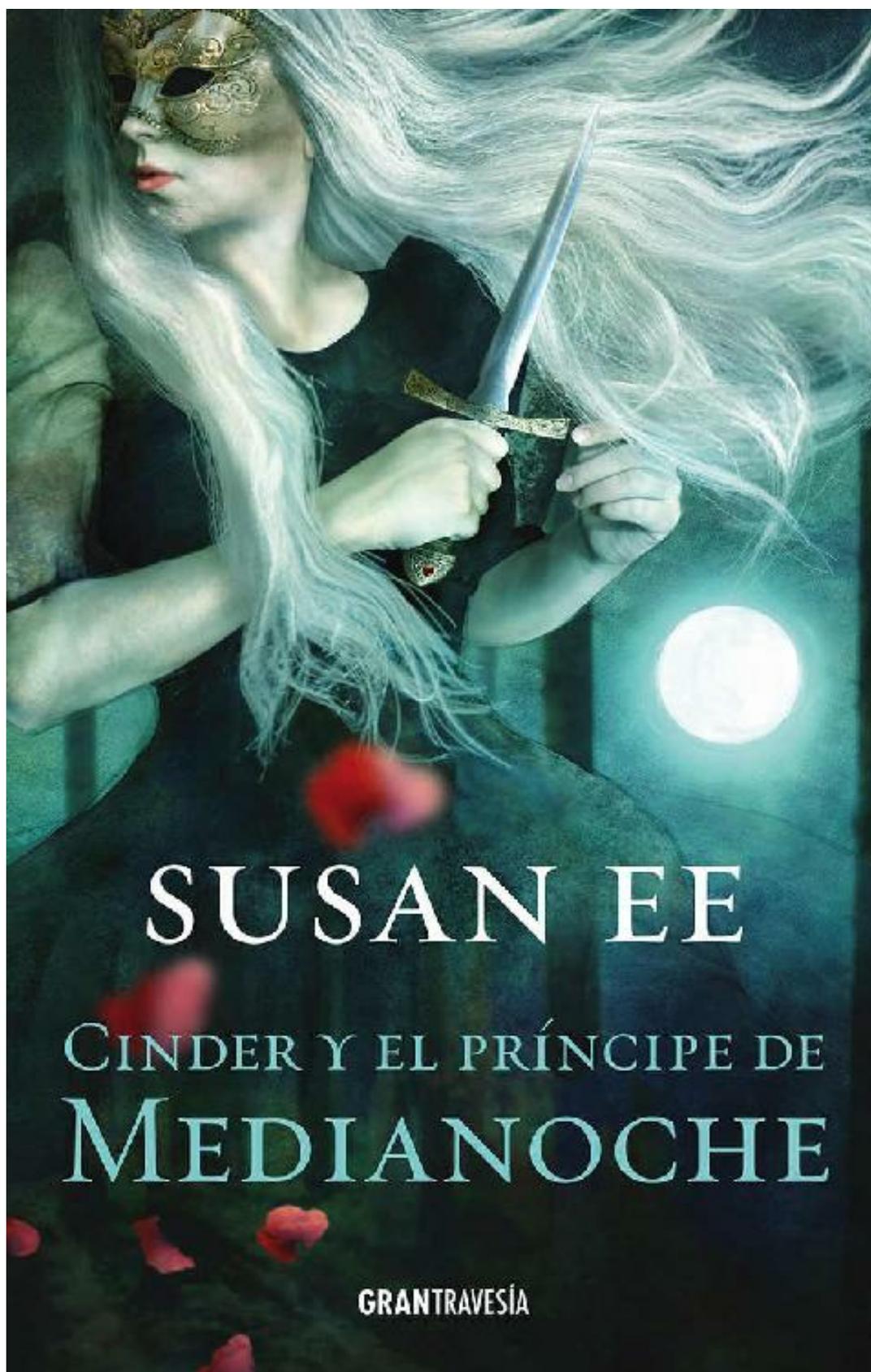


SUSAN EE

CINDER Y EL PRÍNCIPE DE
MEDIANOCHÉ

GRANTRAVESÍA



SUSAN EE

CINDER Y EL PRÍNCIPE DE
MEDIANOCHÉ

GRANTRAVESÍA

SUSAN EE



CINDER Y EL PRÍNCIPE DE
MEDIANOCHE

Traducción de
Laura Lecuona

GRANTRAVESÍA

CAPÍTULO 1



Bajo la luna llena, Cinder corría por su vida.

Aceleraba entre los árboles, saltaba sobre los arroyos y escalaba rocas. Resollaba tan sonoramente que temía que el bosque entero la traicionara. Casi una niña, era toda una experta en correr y saltar, pero nada la había preparado para esto.

Alcanzaba a oír detrás de ella a los sabuesos aullando y ladrando. Escuchaba los cascos de los caballos a galope. Los hombres no tenían prisa, sólo lo hacían para divertirse. Ella había visto a algunos de sus potros de batalla engalanados con campanas y ribetes dorados con bridas bordadas. Era como si los Señores estuvieran por salir a desfilarse por el pueblo.

A la luz de la luna se veían tan guapos como héroes de antaño cabalgando para salvar a la doncella en apuros. La primera vez que los vio congregarse afuera de las murallas del castillo, pensó que estaban ahí para detener la cacería. Por un momento, pensó que ella y las demás serían salvadas.

Pero en cuanto uno de ellos le dedicó una mirada lasciva, supo que estaba en un error. Esos hombres de aspecto noble *eran* los cazadores.

Pensó haber oído los relinchos de una montura espectral tan cerca que su pulso se aceleró; lo imaginó levantándose en dos patas con la crin y la cola llameantes. Sin embargo, sabía que los cazadores sólo montaban caballos ordinarios. Los caballos espectrales eran escasos y no era probable que los emplearan en presas tan débiles como ella.

Cinder ascendió una colina y se arriesgó a voltear para ver qué tan cerca se encontraban. Allá abajo, los perros cruzaban el arroyo. Pocos pasos detrás de ellos, los primeros cazadores estaban saliendo de entre los árboles, montados sobre sus caballos de batalla. Los hombres del reino oscuro iban riendo.

Se giró para correr pero se detuvo de súbito, sobresaltada: delante de ella, dos ojos enormes destellaban a la luz de la luna.

Asustada, dio un brinco y estuvo a punto de gritar, pero en ese momento se dio cuenta de que los ojos pertenecían a una chica. Se veía tan sobresaltada y aterrada como Cinder. Hubo un momento de alivio cuando entendieron que la otra no era un cazador, sino otra presa.

Las dos apartaron la mirada en silencio y corrieron en diferentes direcciones. Era la primera huida de Cinder, pero sentía la misma desesperación que las otras que ya habían pasado por esto.

Cinder se resbalaba por la fangosa ladera, llena de hojas secas. Se tropezó con el vestido y aterrizó dolorosamente de rodillas contra un árbol caído. Quiso desgarrar la tela y deshacerse de él, pero era la única protección que tenía contra el mundo. Lo levantó con ambas manos y corrió.

Los sabuesos debieron haber percibido el olor de la otra muchacha, porque sus ladridos cambiaron de dirección hacia ella. Cinder no pudo evitar mirar atrás.

Lo único que vio fue un bosque de sombras. La luna llena se abría paso entre los árboles con rayos entrecortados.

Detrás de Cinder, un caballo trotó estrepitosamente entre la maleza. Cuando ella volteó, se encontró con el corcel parado sobre dos patas, muy cerca.

Retrocedió dos pasos y tropezó. El relincho del caballo era ensordecedor, pero no era una montura espectral, sino una ordinaria. Eso le dio ánimo.

Quiso incorporarse. Antes de estar completamente en pie, ya estaba corriendo otra vez.

—¡Ahí estás! —el jinete sonaba ebrio... y parecía estar demasiado cerca.

Un peso enorme descendió sobre su espalda haciendo un ruido sordo cuando él fue a dar encima de ella. Cinder se golpeó con fuerza la barbilla y los brazos al caer.

Aplastada por el peso completo de un hombre, sus delgados músculos estaban en desventaja.

Pero ella no se rendiría. No podía.

El hombre posó los gruesos labios viscosos en su cara. Ella giró la cabeza de modo que él terminó lamiéndole la mejilla. Cinder volteó la cabeza otra vez y lo mordió.

En algún sitio entre los árboles cercanos, el grito de una joven resonó en medio de la noche. A lo lejos, se oían risas de hombres entre las sombras.

Su atacante se enojó y le dio una bofetada. Luego cerró el puño para golpear su rostro, pero Cinder movió la cabeza y lo esquivó. El puño aterrizó con fuerza en la roca en la que ella estaba tendida. El hombre aulló, lleno de dolor y furia.

Ella se retorció, pateó y trató de librarse con todas sus fuerzas. Justo cuando estaba a punto de lograr escurrirse lejos de su captor, éste sujetó el escote de su vestido y lo rasgó.

Hasta ese momento, ella había estado aterrorizada, pero ahora la rabia también hacía que le hirviera la sangre.

Cinder tanteó entre la tierra y tomó lo primero que pudo: una piedra, sólida y redonda. Con todas sus fuerzas golpeó con ella la cabeza de su atacante.

Él gruñó sorprendido y rodó, para intentar alejarse de ella.

Por instinto, ella volvió a golpearlo con la piedra.

Él volvió a gruñir, pero esta vez ya no se movió. Era como si estuviera dormido, salvo por el líquido que resbalaba por su cabeza.

¿Lo había matado?

Cinder hizo a un lado las piernas del hombre y, como pudo, se alejó arrastrándose del lugar.

Miró la piedra, aún en sus manos. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo afilada que estaba. Había tomado, sin ver, una piedra y había golpeado al hombre con el filo.

En ella había sangre.

Soltó la piedra y se puso en pie. Él podría levantarse en cualquier momento y atacarla otra vez.

Los sabuesos ladraban, ahora más cerca. ¿Habrían encontrado a la otra muchacha?

Cinder dio media vuelta y corrió. Dejó al hombre sangrando en el bosque.

CAPÍTULO 2



Cinder caminó durante horas sin rumbo fijo, intentando salir del bosque de sombras. Por momentos oía a los sabuesos ladrando o a los hombres gritando exaltados. Otras veces escuchaba alaridos. Horribles y espantosos alaridos.

Pero siguió oculta, sin dejar de moverse. Sabía que tarde o temprano encontraría los límites del bosque. Cuando las sombras de los árboles por fin se aclararon y empezaron a oírse los mugidos de las vacas, estuvo a punto de llorar de alivio.

Salió tambaleante del bosque. Sentía como si acabara de surgir de entre los muertos.

Para cuando llegó cojeando a su casa, ya estaba amaneciendo y el cielo empezaba a teñirse de rojo. Sus rodillas sangraban, en carne viva. Su vestido estaba hecho jirones. Tenía el cabello tan enmarañado que quizá tendría que cortarlo.

Lloró al ver su casa, grandes y agitados sollozos mientras miraba salir el sol sobre su alguna vez feliz hogar.

Se paró cerca de los almiarés, a un campo de distancia de los confines del bosque. Años antes, ese bosque solía ser para ella un lugar encantado, un mundo de fantasía. Eran los años en que su padre mantenía lejos de Cinder la oscuridad del reino.

Pero las cosas habían cambiado. Ahora el bosque era un lugar terrorífico lleno de monstruos y pesadillas. En el hogar que tanto había amado, ahora mandaba una mujer que la había vendido.

Cinder quería huir y nunca volver. Quería a su padre de regreso. Y quería ser la niña que alguna vez había sido antes de dejar a un hombre inconsciente, sangrando en el bosque oscuro.

Se sentó y lloró durante largo tiempo, anhelando una vida diferente. Al final, llegó a la conclusión de siempre: no había otro lugar adonde ir. La única manera de salir del reino de Medianoche era a través del bosque. Sólo unos cuantos conocían el camino y no podían hablar de él sin permiso expreso del Rey Oscuro.

Aunque supiera cómo irse del reino, no tenía a quién acudir fuera de su madrastra.

Cuando Cinder entró a la casa cojeando, vio leche fresca y pan recién horneado sobre la mesa. Eso no era habitual.

Cualquier otro día habría engullido el festín, pero ahora no creía poder tolerarlo. Lo único que deseaba era dormir una semana entera.

Regresó como lo haría una anciana y subió las escaleras hasta su pequeña habitación en el ático. No le sorprendió no ver a nadie: era muy temprano, seguro estarían dormidas.

Al llegar a su habitación se detuvo. En la cama había un vestido. Estaba remendado y descolorido, pero serviría para sustituir los jirones que llevaba puestos.

Helene había sabido lo que pasaría.

Sabía que si Cinder sobrevivía a la noche, su vestido estaría estropeado. Helene sabía todas las cosas horribles que podían pasarle a Cinder en el bosque de noche con esos horribles hombres, supuestos “caballeros”, en sus corceles.

Habría llorado un poco más si no hubiera estado tan agotada. Lanzó el vestido al suelo y durmió como los muertos.

El siguiente día fue inesperadamente plácido para Cinder. No recordaba que Helene la hubiera dejado sola un día entero jamás. La vio, por supuesto, y seguía teniendo sus quehaceres habituales, pero su madrastra no le habló ni la miró a los ojos.

Helene también se había negado a mirar a Cinder el día anterior, cuando la dejó para la cacería y se llevó una bolsa de monedas a cambio. La mujer sólo le dio la espalda y se alejó mientras Cinder le rogaba ayuda.

Entonces Cinder no sabía qué iba a pasar, pero había oído rumores. Todo mundo ha escuchado sobre la cacería, aun cuando en la buena sociedad nadie la menciona. Pero ese día era diferente. Ese día, dondequiera que volteara había alguien hablando del asunto.

Cinder caminó entre los puestos del mercado intentando no fijar la mirada. Ser una de las muchachas de la cacería era algo vergonzoso. En ocasiones, incluso los pequeños arrojaban piedras a las supervivientes. Ahora Cinder era una de ellas.

—¿Supiste? Anoche una joven mató a un cazador.

Levantó la mirada. Dos vendedores hablaban con naturalidad, algo poco habitual cuando se trataba de la cacería.

—Sí, lo escuché, ¿no dicen que fue un hada salvaje quien lo atacó?

El primer vendedor bajó la voz.

—Eso no es más que un cuento que la familia del hombre inventó para paliar su vergüenza.

—Pero destrozaron el cuerpo, ¿no es así? Oí que le arrancaron un brazo a mordidas.

El primer vendedor arqueó las cejas.

—Algunos dicen que fue la joven —dijo con complicidad.

—¿La joven? —el segundo vendedor abrió los ojos como platos. Había en su mirada un brillo entusiasta. Recorrió con los ojos a la muchedumbre del mercado, como si estuviera imaginando encontrarse con aquella muchacha en ese lugar.

Cinder volteó antes de que aquel hombre pudiera ver la culpa en su rostro.

Caminó hacia el puesto de flores. A su madrastra le gustaba exhibir flores frescas cada vez que tenía invitados en casa. El puesto estaba engalanado de colores brillantes que olían a miel y verano.

Sus hermanastras, quienes por desgracia la habían acompañado ese día, murmuraban del hombre al que habían asesinado. Tammy decía que una pandilla de muchachas le había tendido una emboscada en el bosque; según Darlene, había sido una manada de lobisomes, dirigidos por una chica. La historia parecía crecer a cada minuto.

—Ya era hora —dijo Silver, la florista.

Esta florista, cuyo nombre significaba “plata”, tenía justamente el cabello plateado, y su puesto era el único del mercado que vendía flores, la mercancía más escasa en esas tierras. Algunos decían que prácticamente hacía falta magia para cultivarlas en el reino desde que el Rey Oscuro había subido al trono.

—¿Ya era hora de qué? —preguntó Tammy.

—De que una de esas jovencitas hiciera frente a esos hombres horribles —Silver manejaba la tijera con sus manos de abuela. Hacía los arreglos detrás de su nieta, Ruby, que cortaba las espinas puntiagudas de las rosas de largo tallo.

Cualquiera podía inscribirse en la cacería. Los cazadores pagaban por “voluntarios” para ser cazados. En ocasiones, gente sumamente pobre se inscribía por la recompensa, pero con mayor frecuencia la gente inscribía a alguien más sobre quien tuviera alguna autoridad. Los cazadores pagaban más por las muchachas, así que solían ser numerosas.

—No son más que chicas de dudosa reputación —dijo Tammy—. Su destino en la vida es servir.

Cinder se preguntaba si sus hermanastras sabían que su madre la había vendido para convertirse en una de esas chicas de dudosa reputación.

—Sí —dijo Darlene—. Los caballeros desfogan con ellas su natural agresión, y así pueden ser todos unos caballeros con nosotras, las damas.

—¡Oh! —exclamó Tammy sosteniendo una orquídea—, quiero ésta. Combina con mi vestido.

—Ésa no está en venta —repuso Silver.

Tammy estaba perpleja. ¿Por qué una florista no tendría en venta una de sus flores?

—Pero esta otra sí —continuó Silver levantando una rosa con muchas espinas y tendiéndosela a Tammy con un gesto agresivo—. Va de maravilla con tu *dulce* temperamento.

Tammy se irguió cuan alta era y miró a la florista con desdén.

—Eres una mujer molesta y detestable. Le diré a mamá que nunca jamás vuelva a darte una moneda.

Dio media vuelta y se fue enfurruñada. Darlene, riéndose por lo bajo, siguió a su hermana.

Con un suspiro, Silver dejó a un lado la flor espinosa y miró a Cinder con detenimiento. Ruby, que era un par de inviernos más joven que ella, levantó la mirada y le sonrió tímidamente a Cinder.

—Toma, jovencita —dijo Silver tendiéndole la orquídea—. Parece que esto podría alegrarte el día.

Cinder negó con la cabeza.

—No tengo dinero.

—No te pedí dinero. Le dije a tu desagradable hermanastra que no estaba a la venta, y es cierto. Pues la estoy regalando.

Cinder tomó la flor.

—Gracias —dijo con voz quebrada—. Hacía mucho tiempo que nadie era amable conmigo.

—Deja de sentir lástima por ti. Eres una muchacha fuerte, tal como tu padre. De la miseria, él se abrió paso por la vida y llegó a ser un hombre próspero. En la guerra y en la posguerra, ninguno de nosotros tenía algo, pero tu padre... él era fuerte y listo. Su sangre corre por tus venas. Deberías sentirte orgullosa.

Cinder trató de que los labios no le temblaran al oír esas gentiles palabras.

—Lo extraño.

Silver suspiró.

—Cuando tenía tu edad, jovencita, yo ya estaba peleando en la guerra con cuchillo y espada. ¿Crees que la vida es dura contigo? Te voy a decir con quién sí es dura. Esa muchacha que mató a ese rufián en la cacería, con ella lo es. Quizá fue una chiquilla sin más opción que defenderse. Ella podría darte una o dos lecciones.

Silver se giró y se puso a cortar sus flores como si siguiera peleando en la guerra y éstas fueran el enemigo.

CAPÍTULO 3



Al día siguiente, la madrastra de Cinder ya no sentía culpa, y la vida de ésta consistió en cumplir las órdenes urgentes de aquélla, que sólo provocaban quejas. Pasaron los días. En tanto Cinder fregaba las escaleras y sacudía los tapetes, sus hermanastras tomaban clases de piano y *ballet*.

Cinder hizo todo lo posible por olvidarse de la noche de la cacería, pero resultaba difícil cuando todo mundo hablaba de ello. Soñaba que la atrapaban. A veces, en las pesadillas aparecían los hombres del Rey Oscuro sacándola a rastras de su casa y acusándola a gritos del asesinato.

Unos días después de la cacería, el reino bullía con la noticia de que el Rey Oscuro, al enterarse de que una muchacha acorralada había matado a un noble, había reído a carcajadas. Le había resultado tan divertido que declaró que él mismo participaría en la siguiente.

De un momento a otro, la cacería, que había sido un secreto a voces en la tierra, estaba convirtiéndose en el último grito de la moda. La familia del noble muerto estaba tan indignada y avergonzada que ofreció una recompensa por la cabeza de la muchacha.

—Más te vale que te portes bien y seas muy amable, Cinder —dijo Helene mientras se abrochaba el nuevo collar de perlas—. Esa recompensa vale más que diez como tú. Dudo mucho que alguien pudiera creer que semejante andrajosa pudiera abordar a un noble, pero si me apuras, puedo perder la paciencia e intentar venderte por la mitad de la recompensa.

A Cinder se le aceleró el pulso: por un instante pensó que Helene sabía la verdad. Pero si hubiera oído siquiera la posibilidad de obtener dinero, Helene nunca habría girado de nuevo hacia el espejo como lo hizo. Cinder bajó la cabeza y se puso a fregar el piso, esperando que su madrastra cambiara de tema.

—Quizá corra con suerte y seas tú la que lastime a un noble en la siguiente cacería. Cómo desearía que un día de éstos te ganaras tu sustento.

Cinder dejó de fregar y miró a Helene.

—¿La siguiente cacería? —la sola idea la angustiaba.

—Hay una con cada luna llena, ya lo sabes. Tenemos bocas que alimentar, y en esta casa una debe intentar ganarse su sustento.

—Mamá —dijo Tammy entrando a la habitación entre aspavientos—, mis moños ya están muy viejos y descoloridos. ¿Debo sentirme avergonzada todos los días por la mala calidad de nuestras sedas?

Helene rodeó a la muchacha con el brazo y la condujo al salón.

—No te enojés, mi amor. Soy tan lista que ya descubrí una nueva fuente de ingresos. Mañana iremos al mercado y podrás escoger todos los colores que quieras.

Cinder se arrodilló y se quedó viendo el agua jabonosa en el piso. *Una nueva fuente de ingresos*. La siguiente cacería. Cada luna llena.

Empezó a temblar de pies a cabeza. Apenas podía respirar.

CAPÍTULO 4



A Cinder por lo general le gustaban los días de mercado, porque era cuando podía deambular algunas horas sola por el pueblo, sin otro mandado que comprar lo que se viera fresco.

Ese día, sin embargo, le costaba trabajo disfrutar cualquier cosa. La siguiente cacería se avecinaba. Faltaban semanas, pero llegaría tan inevitablemente como la luna crece y se llena.

Anduvo entre tropiezos, poco consciente de lo que estaba comprando, cuando vio el puesto de flores.

Se acercó al puesto y a la mujer de cabello plateado, que estaba entregando una canasta de flores a una cliente. Cinder esperó cortésmente hasta que ésta se fuera antes de hablar con la abuela.

—¿Me puede ayudar? ¿Por favor? —dijo con voz casi inaudible.

Silver la miró con ojos de lince.

—¿Ayudarte con qué, criatura?

Cinder miró alrededor para asegurarse de que nadie la estuviera escuchando. El mercado estaba muy concurrido, pero todo mundo parecía absorto en sus asuntos. De cualquier manera, habló en voz baja.

—Yo soy la muchacha que mató al noble en el bosque —susurró. Temblaba de pies a cabeza y las lágrimas empañaban sus ojos.

Silver puso cara de sorpresa.

—Mi madrastra volverá a mandarme a la cacería una y otra vez. Todos los meses, cuando haya luna llena. No sé qué hacer —intentó que no se le quebrara la voz.

Silver resopló y se irguió.

—Pues lloriquear no te va a servir de mucho.

Cinder pestañeó y sintió cómo el aguijón del tono de Silver secaba sus ojos. Nada como la indiferencia de los demás para que una muchacha se yerga y se disponga a seguir penosamente su

camino. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Así está mejor —Silver le tendió una rosa—. Toma. Ven aquí atrás y ayúdame a quitarle las espinas. Por lo menos, así no vas a estorbar a mis clientes.

Cinder caminó vacilante al otro lado del puesto.

Silver le entregó un cuchillo para que cortara las espinas y raspara los tallos.

—Mi nieta Ruby solía ayudarme, pero ahora su padre le encarga muchos mandados.

Silver llevaba unos gruesos guantes para protegerse las manos. Cinder no, pero no se quejó.

Era reconfortante tener algo que hacer en lugar de inquietarse por lo que pasaría en algunas semanas. Cortó y raspó, aunque se espinara los dedos.

Cuando terminó con la primera rosa, Silver le tendió más. Cinder iba a decir que tenía cosas que hacer para su madrastra, pero la mujer ya se había volteado para hablar con una cliente. Cinder levantó otra rosa y comenzó a quitarle las espinas.

Silver atendía a las mujeres que iban llegando, pero en los momentos de tranquilidad no hablaba. Cinder supuso que la mujer pretendía ignorar su confesión. Así era la gente a veces: hace como que algo nunca pasó, y todos siguen con su vida. Tal vez aquélla era una de esas veces.

Sólo que Cinder no podía seguir con su vida como si nada hubiera pasado porque estaba por pasar otra vez. Sus manos empezaron a temblar y se espinó gravemente. La sangre brotó, le resbaló por los dedos y descendió por el tallo de la flor.

Silver se la quitó de la mano y le pasó un par de guantes.

—Toma, tontuela. No manches mis flores de sangre —dijo Silver tendiéndole unos guantes—. No queremos que alguna dama encuentre sangre en sus flores. ¿Qué tal si adquiere el gusto y viene por ti?

Silver limpió el tallo. Cinder la miró nerviosa. ¿En verdad hacían eso las damas?

Todas parecían tan recatadas y educadas, entonces supuso que su madrastra también lo era cuando estaba en público, aunque en privado era prácticamente un demonio.

Resultó mucho más fácil quitar las espinas con los guantes. Cuando Cinder terminó con las rosas, Silver le asignó la tarea de separar las flores secas y formar ramilletes para saldarlas.

—Lo siento, pero tengo que continuar con mis mandados.

—Así es, y no los vas a poder hacer si andas dando vueltas por el mercado.

Puso con brusquedad las flores secas en sus brazos. Poco a poco le fue dando más tareas y le enseñó cómo hacerlas. No hablaron más que de flores y de las habilidades manuales para ocuparse de ellas.

Cinder se fue tranquilizando. La calmaba estar ensimismada en sus tareas, y cada vez que venían a su mente los recuerdos de su carrera por el bosque oscuro, Silver le asignaba otra tarea que la absorbía hasta que descubría cómo cumplirla.

Al finalizar el día del mercado, Cinder ayudó a Silver a recoger y poner todo en una carretilla. Mientras acomodaba las flores que no se habían vendido, Cinder se sintió apesadumbrada.

Faltaba un día menos para la siguiente cacería.

Silver emprendió el camino sin despedirse. Tampoco se llevó las flores.

—Silver, se te olvidan las flores.

La mujer volteó a ver a Cinder.

—¿Qué esperas? —preguntó—. Ven y tráelas acá. No pretenderás que yo sola empuje todo esto hasta la casa, ¿o sí?

Silver dio media vuelta y se alejó.

CAPÍTULO 5



Cinder vio a Silver alejarse por el mercado. Había pasado todo el día ayudándole y aún le esperaban los mandados pendientes cuando llegara a casa. Con todo, ya en otras ocasiones se había quedado toda la tarde en el mercado.

Levantó la carretilla y la empujó detrás de Silver. La mujer era brusca y quizás un poco extraña, pero Cinder sabía que por lo menos no la odiaba, a diferencia de su madrastra.

Silver vivía en una choza rodeada de flores en los confines del bosque oscuro. Estaba bien cuidada y contrastaba con el resto de las casas del pueblo, que en su mayoría estaban manchadas por la humedad y eran oscuras, con ventanas cubiertas por apagadas cortinas. Casi nadie sonreía ni usaba ropa de colores brillantes. El negro era lo usual desde que Cinder tenía memoria.

En ese lugar, la única que tenía flores coloridas alrededor de su casa era Silver. En cualquier otra persona habría sido muy excéntrico, pues sólo los más ricos tenían flores en su jardín.

La única excepción era Silver, la única floricultora del lugar. Gracias a ella había perfume, gracias a ella había colores en los bailes de las damas elegantes y gracias a ella había abejas y miel. Así que Silver, aunque no era lo que se dice popular, era bien tolerada.

—Deja ahí la carretilla, muchacha, y entra.

Cinder vio el cielo, ya estaba anocheciendo. Cada año oscurecía más temprano que el año anterior. Ahora lo hacía a las tres de la tarde. No le gustaba la idea de caminar sola hasta su casa en la noche, pero era el tipo de cosas a las que todos estaban acostumbrándose ya.

La casita de Silver era un estallido de colores. Por todas partes había flores, ya fueran secas o recién cortadas. Otros habían intentado cultivarlas, sin mucho éxito. En manos de Silver, en cambio, casi todo el año había. El aroma era soberbio; aunque fuera otoño, estaba cargado de primavera.

La casita tenía una gran chimenea, y cerca de ella una mecedora de aspecto apacible. Frente a eso, una mesa llena de flores. La casa de Silver le dio a Cinder la bienvenida con el aroma a

rosas, miel y estofado.

Esperaba que Silver se detuviera junto a la chimenea para encender el fuego, pero lo que hizo fue prender las velas y caminar a la habitación trasera. Silver era lo suficientemente acomodada para mantener una casa de dos habitaciones. Sólo los comerciantes y los nobles tenían casas con muchos cuartos.

Era casi inaudito que una vendedora del mercado viviera en una casita de madera petrificada con más de una habitación. Eso atestiguaba cuán valiosos eran considerados sus servicios.

Sin saber qué se esperaba de ella, Cinder siguió a Silver a la segunda habitación. Al entrar, dio un grito ahogado.

En vez de flores, había cuchillos, espadas, lanzas y toda clase de artículos militares. Armas y armaduras en las paredes, destellos de metal por todos los rincones.

—Quita esa cara de espanto —dijo Silver—. Toda mujer debería tener un arsenal en casa.

—Pero... ¿por qué? —preguntó Cinder, boquiabierta frente a los brillantes cuchillos y espadas, hechos especialmente para cuerpos más ligeros.

—Porque vivimos en un mundo donde hay odio y violencia, donde demasiadas de las historias que escuchamos son propaganda del Rey Oscuro, porque la mitad de la población puede matar a las mujeres impunemente. Porque nadie estará ahí para salvarnos.

Pasó el dedo por una cuchilla y la acarició, como si de un amante se tratara.

—Si alguien me pone la mano encima, morirá desangrado antes de saber de dónde vino el golpe.

Cinder la miraba con los ojos abiertos como platos.

—Pero tú eres una abuela, te he visto con tus nietos —dijo parpadeando, intentando entender.

—¿Y eso qué? ¿Crees que no puedes ser femenina y, al mismo tiempo, una gran guerrera? ¿Crees que las abuelas y las floristas no pueden cazar y defenderse de otros cazadores?

Parada en el armario de la floricultora, a Cinder le faltó el aire.

—Me pediste que te ayudara. No puedo salvarte, pero sí puedo enseñarte cómo salvarte tú. ¿Me entiendes? Será un trabajo arduo, más que cualquiera que hayas hecho hasta ahora. Porque cuando llegue el momento, estarás completamente sola, y sin suficiente entrenamiento no acertarás a mucho más que confundir a tu desgarrado cuerpo.

Caminó en torno a Cinder. Le apretó el brazo, le dio golpecitos en las pantorrillas.

—Y si tienes la suerte de sobrevivir a la siguiente cacería —continuó—, habrás pasado tu segunda prueba. Vuelve conmigo y te enseñaré cómo sobrevivir cada vez. A la larga, tal vez incluso esperes, impaciente, las cacerías.

Silver se detuvo frente a Cinder:

—A la larga, tal vez sean los cazadores quienes tengan miedo de entrar al bosque en noches de luna llena —había una chispa en su dura mirada—. Como debe de ser.

Cinder apenas podía respirar.

—¿Tú... tú me vas a enseñar?

Silver la miró de arriba abajo, como si la estuviera evaluando.

—Cuando empezaron las Guerras Salvajes, yo era más joven que tú. Flaca y larguirucha, con un cuerpo que todavía no acababa de adquirir su forma definitiva. Tenía la cabeza llena de

cuentos, sobre besos de amor verdadero y un felices Para Siempre.

—¿Para Siempre? ¿El reino de luz y felicidad? Es difícil imaginarte a ti creyendo en ese cuento de hadas.

—No es un cuento de hadas, jovencita: es el reino contiguo. El Rey Oscuro vigila el camino que allá conduce y nos ordena a todos que nos refiramos a él como si de un tonto cuento de hadas se tratase, porque teme que todos sus súbditos vayan ahí en vez de quedarse en Medianoche.

Cinder parpadeó asombrada. Toda la vida le habían negado la existencia de ese lugar lleno de luz, y ahora sencillamente no podía creer lo que Silver le decía.

La florista notó su vacilación y suspiró.

—Sea como sea, las creencias pueden matar. Yo creía que las hadas eran divertidas criaturas, traviesas e inofensivas. Y vaya que esa creencia ha causado muchas muertes. Cuando empezaron las Guerras Salvajes, tuvimos que nombrarlas “hadas salvajes”, porque la gente las creía inofensivas.

Se movió para tomar un pequeño cuchillo, que tendió hacia Cinder.

—Prueba con éste.

El mango era más grande que la hoja, y sin embargo se sentía ligero y bien equilibrado en su mano.

—Pero es tan pequeño —la hoja no era más grande que el meñique de Cinder—. ¿Cómo podría luchar contra un jinete con esto?

—Tú no vas a luchar contra un jinete, todavía no. Por ahora, vas a luchar contra un hombre tan seguro de su poder y tan cegado por la lujuria que no lo verá venir. Usa eso en su contra.

—No entiendo. Entonces sólo tendrá ojos para mí.

—No. Estará embriagado con lo que anhela. Para él, tú sólo eres una cosa: un animal para conquistar y consumir. Eso es lo que él cree. Y puede ser una creencia tan fatal como la de que las hadas son inofensivas. Ésa fue una convicción mortal al principio de las Guerras Salvajes. ¿Entiendes? Los cazadores no tienen noción de ti como persona, no esperan que te defiendas.

Cinder asintió, aunque no estaba segura de entender por completo. Silver dio media vuelta y salió del armario.

—¿Qué esperas? —preguntó Silver—. Sólo faltan unas semanas y tú tienes un mundo entero por aprender.

CAPÍTULO 6



Cada mañana y cada noche, Cinder iba a la casa de Silver para entrenar. Se dio cuenta de que sus zapatos de lana eran útiles para limpiar pisos, pero no tanto para correr. Silver le dio zapatos de cuero con suelas gruesas que ayudaban, pero también le advirtió que una superviviente no podía ser tan dependiente: no siempre habría zapatos cómodos a su disposición.

Entonces, Silver la hacía correr descalza de camino al entrenamiento antes del amanecer. Decía que eso fortalecería sus pies. Pero le permitía volver a casa corriendo con sus zapatos nuevos una vez que el sol salía, y eso era un gran alivio para la joven.

Entonces se apuraba con todos sus quehaceres en casa de su madrastra. Había una lista interminable de pendientes y la familia siempre estaba encargándole nuevas tareas, pero nadie se despertaba tan temprano como Cinder y todas se retiraban mucho antes de que Cinder se fuera a la cama. Por eso nadie se percataba de su ausencia.

En sus visitas a la casa de Silver, Cinder hacía también muchos quehaceres a manera de entrenamiento. Acarreaba baldes con agua, levantaba pesados sacos de fertilizante y tenía que subir a los árboles para cortar flores que sólo crecían en las ramas más altas.

—Por favor, Silver, quedan pocas semanas antes de la siguiente cacería y sólo puedo venir pocas horas al día. ¿No debería entrenar todo el tiempo que paso aquí? Te prometo que vendré a ayudarte en los quehaceres si sobrevivo.

—Niña tonta, todo el tiempo que pasas aquí estás entrenando. Y si haces lo que te digo, estarás entrenando también todo el tiempo que pases en casa de tu madrastra.

No discutió. Silver era una mujer extraña y Cinder no comprendía por qué ella creía que empujar la carreta y cavar agujeros era un buen entrenamiento. Todas las noches, Cinder se iba a la cama con los músculos adoloridos y dormía como piedra.

Continuaba yendo porque Silver le daba una o dos horas de clase cada día para aprender a usar el cuchillo y librarse de los ataques enemigos. Cada ciertos días, Silver le enseñaba un nuevo

movimiento: uno para pelear cuerpo a cuerpo y otro con el cuchillo. A Cinder le gustaban más los movimientos con cuchillo: tener un arma la hacía sentirse secretamente poderosa, pero Silver se negó a permitirle depender sólo de ella.

—Pueden quitarte las armas y usarlas en tu contra. La fortaleza de tu mente y de tu cuerpo serán siempre tuyas. Aprende a depender de ti y de nadie más.

Al correr hacia casa de Silver, Cinder veía la luna, cada vez más grande. Cada noche el terror amainaba un poco, sólo para resurgir en la mañana con su cuerpo adolorido y la consciencia de que no era más que una muchacha en un reino lleno de cazadores.

Una de esas veces, encontró tres adolescentes al galope en sus caballos sobre el sendero enfangado. Con la luna casi completa, alcanzó a ver los contornos fantasmagóricos de sus rostros.

Eran guapos y estaban limpios, algo bastante inusual en jóvenes de esa edad. Iban vestidos con cuero y terciopelo. Reían. El mayor llevaba una fusta, con la que azuzaba a su caballo y a los de los otros muchachos cuando éstos se acercaban.

Los otros dos muchachos no parecían intimidados por la fusta y seguían corriendo para rebasar al mayor.

Cinder salió del camino para permitir que pasaran. Al cruzar frente a ella, uno de los más jóvenes aceleró para rebasar al mayor. Éste levantó la fusta y le propinó un golpe al chico.

El muchachito gritó, se inclinó hacia atrás y soltó la rienda. El caballo se paró en dos patas y el joven jinete cayó al fango.

El mayor soltó una carcajada. El otro no rio, pero tampoco se apeó de su caballo para auxiliar a quien había caído. Lo que hizo fue azuzar a su cabalgadura para adelantar al mayor, que seguía concentrado en burlarse del caído.

Entonces el mayor trató de golpear con la fusta al segundo jinete cuando éste lo rebasó y ambos siguieron su galope sin siquiera mirar al que estaba tendido en el lodo.

—¿Estás bien? —preguntó Cinder—. ¿Necesitas ayuda?

—No necesito *tu* sucia ayuda —estaba ahí, adolorido y enlodado.

—Pues tienes todo el aspecto de alguien que necesita ayuda, y si alguno de los dos está *sucio*, seguro que no soy yo.

El joven quiso voltear para fulminarla con la mirada, pero estaba demasiado ocupado tratando de respirar. Entonces se levantó, intentando recuperar la dignidad.

Cinder se preguntó qué hacer. ¿Debía ayudarlo? Él había dicho que no quería su ayuda, así que se quedó donde estaba.

—Muy bien. Buena suerte —dijo, dio media vuelta y siguió su camino.

—¡Espera! —gritó él. Sonaba alarmado.

Cinder se detuvo y volteó. Estaba en pie bajo los tres cuartos iluminados de la luna. Era casi tan alto como ella, aunque tal vez tenían la misma edad. Lo observó con la cabeza inclinada.

—¿Adónde vas? —preguntó el joven.

—A casa. ¿Y tú adónde vas?

—También a casa.

—Entonces, más vale que te apresures —advirtió Cinder—. Al paso que vas, ya estará bien entrada la noche cuando llegues.

—¿Y por qué estás corriendo? ¿Hay hadas salvajes por aquí? —preguntó mirando nervioso alrededor.

—Las hay, pero nunca he visto una, si es eso lo que preguntas.

Él caminó hacia ella.

—Voy en la misma dirección que tú.

—¿Quieres correr conmigo?

Sin decir palabra, dio unos pasos hacia ella intentando no cojear.

—¿No te gusta caminar? —aventuró el joven.

—Sí, pero mientras más demore en llegar, más tarde iré a dormir.

Ella estaba burlándose y ambos lo sabían. El muchacho estaba incómodo, quizás incluso asustado de estar ahí solo en la oscuridad. Era normal. Ni la misma Cinder se sentía a salvo sola, a pesar de que todas las noches corría por ese camino.

—Déjame caminar un poco mientras recobro el aliento y luego correré contigo —dijo él—. ¿Qué tan lejos está el pueblo?

—No mucho. ¿Estarán ahí... tus amigos... esperándote?

—No creo. Son mis hermanos.

—Ah. Yo tengo hermanastras.

—Entonces, entiendes por lo que paso.

—¿Cómo lidias con eso? —preguntó ella—. Me refiero al enojo. Es muy injusto.

Él hizo un gesto de asentimiento.

—Les gano en su propio juego. Bueno, al menos lo intento. ¿Y tú?

—Podría intentar hacer eso, supongo, si supiera cuáles son las reglas, pero parece que las van inventando sobre la marcha.

—¿Y qué hay de tu padre? —preguntó el joven—. ¿Él establece las reglas?

Cinder oía los crujidos de sus pasos mientras avanzaban sobre el camino de tierra.

—Mi padre murió hace tiempo.

Esperaba que él le dijera que lo lamentaba, pero no habló. Las ranas y los grillos llenaban el silencio y el cielo oscuro resplandecía de estrellas.

—O mis hermanos matan a mi padre o él los matará a ellos —rompió el silencio.

Ella volteó a verlo. Tenía un perfil noble, de mandíbula firme y nariz recta. Cuando el padre de Cinder estaba vivo, le contaba historias de hombres nobles y sus actos nobles, pero en estos días la nobleza parecía protagonizar cada vez más historias de asesinatos y disturbios.

Silver decía que el reino había empezado a corromperse cuando las Guerras Salvajes empeoraron. Nunca decía que se había perdido la guerra, aunque todo mundo sabía que la última había terminado cuando el Rey Oscuro mató a la Reina de las Hadas y empezó a esclavizar a esas criaturas salvajes. Era como si para Silver la guerra aún continuara.

Cinder se alejó un poco más del muchacho, lista para defenderse si era necesario. Estaba segura de que podría vencerlo justo porque tenía una talla y un peso muy cercanos a los de ella, a diferencia de los cazadores.

El muchacho percibió la inquietud de Cinder.

—No te preocupes. He tenido suficiente violencia para una noche.

—Entonces, ¿no vas a matarme?

—No soy así, no soy como mis hermanos.

—Ah.

Caminaron en silencio por un tiempo. Tendrían que haber corrido para llegar más pronto a casa, pero ella se sentía a gusto con la caminata y, por lo visto, también él.

—¿Por qué estás aquí sola de noche? ¿No sientes miedo? —preguntó el chico.

—Sí.

—¿Entonces?

—No tengo alternativa.

La respuesta pareció satisfacerlo. Quizás estaba acostumbrado, como ella, a no tener alternativa. Ese pensamiento la hizo compadecerlo.

—¿Te gustan las flores? —quiso saber.

—¿Por qué me preguntas eso? —respondió él con gesto de desagrado—. ¿Parezco una dama engreída que sale a atrapar a un hombre?

—No todas las damas son así —dijo ella frunciendo el ceño.

—Menciona una.

Cinder titubeó. No conocía a otra dama que no fuera su madrastra, que en realidad no era de alta alcurnia, aunque a ella le gustara fingir que sí.

—¿Lo ves?

—Que no pueda mencionar a alguna no significa que todas sean como dices.

—Puedo mencionar a decenas de damas, y todas son así.

—Qué pena por ti.

—¿Por qué? A quien quieren atrapar es a mi hermano mayor, o la atención de mi padre. Por lo general, a mí no me hacen caso.

—¿Por qué?

—No soy lo bastante importante. A las damas les gustan los hombres con poder y fortuna.

—Suenan terrible.

—Lo es. Pero no te preocupes, un día encontraré mi poder y mi fortuna, y entonces todas vendrán a mí.

—¿Y para qué querrías eso? Acabas de decir que no te agradan.

—Para rechazarlas, claro está, y hacerles saber cuánto las desprecio.

Ella lo miró de reojo. Él sonrió, parecía orgulloso de su sentido del humor.

Cinder puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—¿Ya estás listo para correr?

Antes de que él contestara, empezó a trotar. Estaba haciéndose tarde y ya no podía seguirse entreteniéndolo.

El muchacho aceleró y le siguió el paso. De hecho, era todo un atleta. La mayoría de la gente que vestía con ropa elegante, como él, a duras penas caminaba, ya no se diga correr.

Ella lo retó con una sonrisa, y aumentó la velocidad. Él la alcanzó.

Ella corrió un poco más rápido. Él la rebasó.

Ella lo rebasó.

Él la rebasó.

Cuando se dio cuenta, estaban riendo. Cinder corrió cuanto sus pies le permitían sobre el camino y terminó enlodada.

Poco después, iban corriendo tan rápido que el aire ya no les alcanzaba para reír. Él era bastante ágil. Saltaban charcos, rodeaban piedras, resbalaban y caían, pero volvían a levantarse sin mayores aspavientos y seguían corriendo.

Para cuando llegaron al pueblo, los dos estaban cubiertos de fango y les faltaba el aliento.

Cinder, sonriente, lo vio jadear. Él le sonrió en respuesta; parecía tan encantado como ella.

Había sido divertido correr con él. No recordaba la última vez que había jugado así con alguien. Seguramente, antes de que muriera su padre.

Entonces Cinder hizo una mueca y limpió el fango que le había manchado una pierna. Él hizo lo mismo, pero lo usó para enlodarla a ella.

Cinder soltó un chillido, luego una carcajada, y entró de lleno a la guerra.

CAPÍTULO 7



La gente se asomó por los postigos de las ventanas y las puertas cerradas de sus entradas. Salvo por las risas socarronas de algún demente, era raro escuchar a gente reír. Esto era la risa aguda de una muchacha y un muchacho que a todas luces estaban divirtiéndose.

Varias personas fruncieron el ceño, recordando vagamente épocas en las que todos los días había risas. Antes de que el Rey Oscuro ocupara la tierra, mucho antes de las guerras.

Vieron a dos personas que tenían casi el tamaño de un adulto, pero se comportaban como niños. Se arrojaban fango el uno a la otra, y eso les parecía divertido o gracioso. La mayoría de los residentes no recordaba la diferencia entre esas dos cosas, y eso los irritaba.

Después de observarlos por unos momentos, volvieron a cerrar puertas y ventanas farfullando sobre lo extrañas que se ponían las cosas cuando la luna crecía. En esos tiempos, como en todos, más valía ocuparse de los propios asuntos.

Pero entre las muchas ventanas se ocultaban algunas personas que secretamente sonreían al oír las carcajadas. Era como en los viejos tiempos, cuando, ya fuera de día o de noche, la vida se vivía. A diferencia de ahora, cuando la oscuridad traía consigo el fin de todo lo luminoso.

Casi todos los que sonreían en secreto tenían plata en el cabello y rebelión en los corazones. Recordaban cómo eran las cosas antes de las Guerras Salvajes.

Desearon buena suerte a esos jóvenes y en secreto se prometieron ser lo bastante valientes para ayudarlos si se presentaba la ocasión. Y sabían que así sería. Quienes reían en público siempre estarían expuestos y encontrarían problemas.

—¿Qué está pasando aquí?

El muchacho que caminaba hacia ellos lucía enorme, más que cuando Cinder lo vio montado sobre su caballo.

—¿Esa risa es tuya, Dante? —el segundo muchacho se acercó a ellos.

El joven con el que Cinder había estado riendo se puso muy serio de pronto, mientras miraba a los muchachos, avergonzado.

—Vamos a casa.

El muchacho cubierto de fango, que por lo escuchado se llamaba Dante, caminó a grandes zancadas hacia sus hermanos sin volver la vista atrás.

—¿No quieres traer a tu noviecita? —preguntó el mayor.

—Ya vámonos, Damon —dijo el tercer muchacho al mayor—. Ya es tarde y podrían notar que no hemos llegado.

—¿Quién ganó? —preguntó Dante caminando hacia los tres caballos.

—Está bien, vámonos —Damon se giró para ir en la misma dirección—. Ya me cansé de este hedor a plebeyo.

—¡Ja! —exclamó Dante aplaudiendo—, ganó Gallant. Lo sabía.

—¿Desde cuándo Gallant y tú se alían?

—Desde que empezaste a usar la fusta —dijo Gallant montando su caballo. En ese momento, miró a Cinder. Sus ojos la absorbieron, iluminada por la luna.

Cinder estaba acostumbrada a ser invisible, pero debía reconocer que le dolía que el muchacho con el que apenas hacía unos momentos había estado riendo hiciera como si no existiera ahora que sus hermanos estaban ahí.

Y ese Gallant la hacía sentir demasiado consciente de sí misma. Él la *veía*. Se daba cuenta por su mirada. Asimiló el fango de su vestido, su revoltijo de rizos, sus zapatos para correr hechos de cuero, que seguro costaban más de lo que ella podía permitirse.

Nada comentó y no se mostró especialmente curioso. Sólo la vio, algo que no hicieron ni los otros muchachos ni hacía nadie más que Silver.

Luego volteó a su caballo para alejarse y los otros dos lo siguieron.

Dante fue el último en partir. Volteó a verla. Fue una mirada rápida con la que parecía querer disculparse, pero Cinder no pudo evitar percibir que sólo había volteado cuando estuvo seguro de que sus hermanos no lo notaran. Eso también la hería, aunque sabía que no tenía por qué. Todo mundo sabía que los nobles no se hacían amigos de los plebeyos.

Los tres muchachos se fueron galopando adonde fuera que estuvieran sus propiedades, y la noche rápidamente se los tragó.

Por la dirección que tomaron, Cinder no podía saber de qué Casa serían. Aunque siempre había vivido en Medianoche, había alrededor del castillo demasiadas Casas nobles para conocer el aspecto de cada miembro de la nobleza. A menudo ocultaban el rostro detrás de carrozas con cortinas y una docena de guardias. Además, nunca había sido buena para memorizar nombres y rostros de los cientos de nobles y sus familias, a diferencia de su madrastra y sus hermanastras.

La familia de su madrastra se alimentaba del sueño de encontrar buenos maridos para las muchachas, así que parte de su ocupación diaria era estudiar la jerarquía social de los buenos partidos. Cinder, por su parte, no guardaba falsas ilusiones, así que los nobles nunca le habían importado.

Por primera vez deseó saber aunque fuera un poco sobre ellos. Le habría gustado saber a qué

familia pertenecían. Pero en realidad, no importaba. Nunca volvería a verlos, por supuesto que no.

De cualquier forma, su mente curiosa estuvo dando vueltas. Recorrió el resto del camino a casa pensando en ellos. Si Dante fuera un plebeyo, como ella, ¿serían amigos? ¿Qué había percibido Gallant cuando la vio? ¿A una campesina cubierta de lodo que se atrevía a reírse con su hermano?

Todo el asunto era tonto. Los nobles ricos y su prole siempre estaban armando alborotos en el pueblo y haciendo lo que querían a quien querían. Era afortunada de no estar huyendo de una cacería espontánea esa noche.

Muchachos como ellos no le debían nada a nadie más que a sus padres y a su rey. Y todo mundo sabía que el rey creía que el miedo era una emoción que deseaba infundir en sus súbditos.

Esa noche, se arrastró a la cama completamente exhausta, sin poder hacer más que retirar con desánimo el fango que le era posible. Lo último en que pensó antes de quedarse dormida fue lo que le había hecho sentir el correr con Dante y reír a carcajadas con él buena parte de la noche.

CAPÍTULO 8



La noche de luna llena llegó mucho más rápido de lo que Cinder hubiera querido. Nunca había vivido un mes tan corto, y cada día era una tortura saber que no podría ralentizar el tiempo que faltaba para alejar de sí la próxima cacería.

Esa semana, Silver se negó a dejarla entrenar con el cuchillo.

—Suenas como mi nieta Ruby. Siempre impaciente, siempre queriendo brincar tres pasos adelante. No tenemos tiempo para el entrenamiento que haría falta para manejar el cuchillo como una experta. Además, los cuchillos son un lujo. Aunque espero que siempre puedas tenerlo, no podemos contar con ello.

—Entonces, ¿con qué lucho?

—Con armas. Con cualquier cosa que puedas encontrar.

—Pero tu cuchillo es la única arma que tengo.

Cinder se dio cuenta de que eso, sin embargo, no era cierto. Tenía cuchillos de cocina a la mano que podría esconder en su falda.

—Mira alrededor: todo lo que ves es un arma.

Silver se quitó el sombrero de carrizo y se lo mostró a Cinder.

—Incluso esto puede ser un arma. Puedes tomar el borde del ala y metérselo en los ojos a tu atacante.

Y diciendo esto, hizo un movimiento rápido y brutal con el sombrero.

Cinder cerró los ojos y se alejó del carrizo con un escalofrío.

—Eso no derrotará a nadie, pero te dará un momento de ventaja. Y pondrá a tu atacante a la defensiva, ¿lo entiendes?

Cinder asintió.

—Ya sea que lo ciegues con el ala del sombrero o no, retrocederá para defenderse. En ese momento, tendrás una oportunidad.

Le puso los dedos a Cinder en la garganta.

—Quedará indefenso.

Dio una patada hacia las rodillas de Cinder y lanzó su puntiagudo codo hacia la cara de la chica.

Cinder dio un paso atrás, pero Silver nunca había tenido la intención de golpearla; en el último segundo, se detuvo.

—Mira a tu alrededor —dijo Silver—. ¿Qué más puedes usar para defenderte?

La cabaña estaba llena de flores, utensilios, tazones, tijeras. Silver levantó una rosa.

—Si lo único que tienes es una flor, ¿cómo puedes sacarle provecho?

Cinder miró las flores con detenimiento.

—Puedo apuñalar los ojos del atacante con la punta del tallo, como si fuera una vara.

—Muy bien, ¿qué más?

—Puedo usar las espinas.

—¿Cómo?

—Puedo estrujar con ellas su rostro, sus ojos.

—¿Y qué más?

A Cinder no se le ocurría algo más. Entonces esbozó una sonrisa y dijo:

—Podría mentir y decirle que es venenosa y que lo matará de una manera espantosa si no busca el antídoto.

—Exactamente. Su cuerpo no es lo único que puedes atacar. Los cazadores tienen la ventaja no sólo porque son más fuertes y, con sus caballos, más veloces. Tienen la ventaja porque las muchachas creen que ya han perdido incluso antes de empezar un enfrentamiento.

Pero es así, ¿o no? Cinder no hizo la pregunta en voz alta. Sabía que contradecir a Silver no era buena idea.

—Dale la vuelta a la convicción. Hazles creer que son superiores hasta que estés lista para sorprenderlos. Entonces, machácalos en cuerpo y alma. Puede ser que sólo se necesite una pequeña demostración de fuerza para aplastar a tu enemigo. La naturaleza lo hace todo el tiempo. Muchos animales, a la hora de pelear por una hembra, terminan sólo con unos cuantos rasguños. Sobre todo, se trata de alardear —Silver levantó los brazos y prosiguió—: Entonces, alardea. Convéncelos de que eres más grande y poderosa de lo que pareces. La historia de una flor venenosa con espinas mortales es un gran ejemplo de fingir que eres mayor de lo que en realidad eres. ¿Me entiendes?

Cinder asintió y dijo:

—Los convengo de que son más débiles que yo y que de alguna manera tengo poder sobre ellos.

—Y si eres muy convincente y afortunada, podrás sobrevivir esta noche de luna llena.

Cinder tragó saliva. Era mucho más fácil pensar en todo el entrenamiento como una diversión, pero los días iban sucediéndose sin piedad y pronto alguna de esas técnicas tendría que salvarle la vida.

—Me sentiría mejor si tuviera un cuchillo conmigo —dijo—. Un cuchillo emponzoñado con veneno de acción rápida.

Silver negó con la cabeza.

—El veneno debe usarse sólo en ocasiones desesperadas.

—Esto lo es.

—Un cazador te mataría antes de que el veneno termine con él. Es mejor depender de tus propios recursos.

Silver la acompañó afuera.

—Busca todo lo que pueda servirte en una pelea, pero sin moverte. Tienes que quedarte en un lugar y sólo puedes tomar cosas que puedas alcanzar sin levantar los pies.

Silver dio un paso atrás y observó.

Cinder se quedó parada en medio del jardín. No había a su alcance más que tierra y pasto.

—No hay una piedra siquiera, Silver, ¿qué puedo hacer?

—Concentrarte en lo que hay y no en lo que no hay.

—¿Se espera que pelee sin algo más que tierra?

—Si no hay otra opción. ¿Cómo puedes usar la tierra?

Cinder suspiró. Quería poder pasar su valioso tiempo entrenando con el cuchillo.

—En el tiempo que tomaste para suspirar, un cazador podría haberte cortado la garganta. Concéntrate, jovencita, si no quieres perder tu única oportunidad.

Cinder se agachó para tomar un puñado de tierra.

—Quizá podría meterle esto en la boca.

—¿Y qué más?

—¿Embarrarla en sus ojos?

Lo dijo con poco convencimiento. Los cazadores tendrían por lo menos una navaja, mientras que ella sólo tenía tierra para pelear.

—¿Y qué más?

—¿Hago un pastel de lodo y se lo hago tragar?

Silver se agachó y recogió un poco de tierra. Sin previo aviso, se la arrojó a Cinder en los ojos.

Cinder retrocedió de un salto y cerró los ojos, volteando para intentar protegerse.

—¡Para!

Cinder estaba que hervía de rabia. Bastante malo era soportar las vejaciones de su madrastra, además de tener que enfrentarse a ser una víctima de la cacería, ¿y ahora esto?

—¡Podrías haberme dejado ciega!

—Exactamente.

Cinder pestañeó y se retiró la tierra del rostro.

—Eso te habría cegado al menos momentáneamente, si eso hubiera pretendido. Hasta la tierra puede ser tu aliada. Vamos, no muevas los pies e inténtalo de nuevo. ¿Qué cosa tienes a la mano que puedas usar como arma?

Esta vez, Cinder estaba en un lugar distinto y las cosas a su alcance eran un poco diferentes. Había piedras, ramas, hojas puntiagudas. Entonces también entendió que tenía tela en el cuerpo: botones, moños, cordones que podía usar para asfixiar.

—Eso es —dijo Silver con ojos brillantes—. Ya lo has entendido.

CAPÍTULO 9



Llegó el día de la cacería.

Cinder estaba tan asustada que apenas podía probar bocado, pero comió todo lo que pudo. No era mucho: sobras de la mesa de la familia de su madrastra y pan del día anterior, pero sería suficiente.

Estuvo a punto de atragantarse cuando la acidez en su estómago quiso rechazar la comida, pero necesitaba alimentarse. Debía estar fuerte.

Su madrastra, siempre tan generosa, o quizá con algo de culpa, le condonó los quehaceres del día. Cinder quería ir a la casa de Silver a practicar, pero la mujer le había dicho que ese día no fuera.

La idea era que se relajara y preparara su mente y su cuerpo para la gran noche, pero ¿cómo podría relajarse? Jamás en la vida se había sentido menos relajada.

Entonces, fue a pasear, aun cuando debía descansar. ¿Qué tal si era su último día de vida y no había otra oportunidad de caminar por el pueblo?

Era uno de los días de mercado grande. Por lo general, no era más que un pequeño grupo de puestos que ofrecían productos locales para la cocina cotidiana. Un par de veces en cada ciclo lunar, el mercado se ensanchaba y se convertía en un océano de puestos con comerciantes provenientes de todo el reino.

Sin embargo, por lo que Cinder podía ver, nadie tenía muchas ganas de comprar, aunque todo mundo estaba afuera, hablando de la inminente cacería.

—Dicen que son caballos espectrales —afirmó una mujer robusta con voz exaltada—. Toda una tropa.

—Y una manada de lobisomes para acompañar al rey —dijo un hombre que vendía bufandas.

—Y los príncipes: también ellos irán —dijo otra mujer corpulenta con una canasta bajo el brazo.

—Me pregunto qué estarán esperando —dijo un anciano—. ¿Un ejército de muchachas asesinas? Si les tienen tanto miedo, deberían reclutar a las niñas para que peleen por el ejército en lugar de cazarlas por las noches.

—Nadie tiene miedo, viejo —dijo la primera mujer—. El Rey Oscuro te cortaría la lengua de sólo escucharte.

—Es por diversión —dijo el pescadero al otro lado de la calle—. No entenderían. Estos nobles han enloquecido de tanto comer y beber. No tienen otra cosa que hacer en el día más que despellejarse los unos a los otros por diversión.

—Dicen que extrañan la guerra.

—¿Quién podría extrañar esa guerra?

—Los vencedores.

—¿Estás diciéndonos perdedores a los plebeyos?

—Bueno, lo cierto es que con la guerra nosotros no ganamos, ¿cierto? —preguntó el pescadero.

—La guerra no ha terminado, muchacho —dijo el anciano—, pero ni de lejos.

El vendedor de bufandas suspiró. Siempre eran los mayores los que proclamaban que la guerra no había terminado, a pesar de que el resto del reino coincidía en que había terminado hacía décadas.

—¿Crees que en verdad fue una muchacha quien atacó a ese noble?

—Ya no importa, ¿o sí? —dijo el viejo—. Se encontrará y se ahorcará a una muchacha sin importar si quien lo hizo fue una muchacha o no. Así es siempre.

—¿Y si fue un hada salvaje?

—Por un hada no dan recompensa, burro. Si quieres el oro, tiene que ser una muchacha.

—¿Esta noche habrá cazarrecompensas además de nobles?

—Sí, eso es lo que he oído. Cazarecompensas para capturar a cualquier muchacha que se resista. Caballos espectrales y una manada de lobisomes para proteger a los príncipes y al Rey Oscuro. Será un gran espectáculo.

Cinder nunca antes había visto a un caballo espectral, pero sí había visto dibujos y oído historias sobre cómo eran. Se decía que tenían crin y cola llameantes. Sus cuerpos no eran sólo etéreos: estaban muertos y habían sido reanimados. De algunos, se decía que no eran sino cadáveres en descomposición que gracias a la magia negra no se desintegraban.

Por las historias que había escuchado sabía que la mirada de los caballos espectrales llegaba a ser tan ardiente que a una persona podían quemársele los ojos en las órbitas sólo por estar cerca de ellos.

Los nobles poseían algunos, pero los mantenían ocultos porque los campesinos creían que daban mala suerte. Se decía que el rey tenía toda una manada. La gente decía que las hadas más poderosas capturadas por el Rey Oscuro estaban atrapadas en sus caballos espectrales. Que siempre estarían unidas a los cuerpos de los caballos espectrales y nunca volverían a ser libres.

Cinder no tenía ganas de ver uno, pero tenía el presentimiento de que esa noche ocurriría.

—¿Cuántas muchachas? —preguntó el anciano.

—Tantas como el pueblo pueda proporcionar. Esta noche van a ofrecer el doble de dinero por

ellas.

El vendedor de bufandas sacudió la cabeza.

Cinder vio el puesto de flores y se detuvo titubeante. Silver le había dicho que esa noche descansara y tratara de estar tranquila. Sabía que para la cacería le haría falta toda su energía, pero eso no le quitaba los nervios.

No quería que se descubriera que estaba desobedeciendo, pero su titubeo tardó más de lo debido porque Silver la vio y le hizo un gesto para que se acercara.

Cinder tomó su tiempo para llegar al puesto de flores. En cuanto llegó, Silver le dio un ramo de rosas con espinas.

—Huye y escóndete —susurró Silver extendiendo la mano como si fuera a recibir una moneda, por si alguien estaba observando—. No estás lista para esto. Lo de esta noche, será una masacre.

Tras decir esto, volteó para atender a un cliente.

Cinder se quedó paralizada. Se había sentido tan atrapada por su madrastra que nunca se había planteado seriamente una huida. Tampoco se le había ocurrido que Silver, que parecía extrañar los buenos pleitos, le recomendaría huir.

Había algo en las flores. Percibió su dureza en el centro del ramo, oculto entre las espinas.

Fingiéndolo indiferencia, caminó hacia una parte más oscura y silenciosa del mercado y abrió el fardo de flores. Acomodado entre los tallos espinosos, había un cuchillo embadurnado con algo que parecía miel negra. Veneno.

Rápido, envolvió el fardo, asegurándose de que fuera fácil tomar la empuñadura si lo necesitaba. La cacería de esa noche era más de lo que podía afrontar, Silver y ella lo sabían.

Sería mucho más mortífera que la del mes anterior, cuando la cacería no había sido más que una distracción para nobles aburridos. En la de esta noche, estaría presente la realeza. Ahora habría muchos más cazadores que el mes anterior, y se sentirían libres de hacer cualquier cosa sádica que quisieran para después fanfarronear. Casi siempre pasaba eso cuando el Rey Oscuro se interesaba en algún deporte.

Y ella, al matar a un cazador, había puesto su parte para volverlo fascinante. Al Rey Oscuro no le interesaba algo fuera de un deporte sangriento.

Vagabundó por el mercado, absorta en sus pensamientos. De pronto, advirtió que, caminando sin rumbo, había ido a dar a una sección silenciosa y oscura del mercado que nunca antes había explorado.

Todos los clientes y comerciantes cuchicheaban. Los puestos estaban vacíos salvo por el surtido de collares y látigos de cuero. Atrás de los puestos había jaulas, unas pequeñas y otras grandes.

En las jaulas pequeñas, había presos agachados porque no cabían parados. A algunos de los cautivos les faltaba el blanco de los ojos. Muchos tenían ojos que parecían joyas y que destellaban en tonos azules y verdes, plateados y amarillos.

Era difícil ver a toda esa gente acuclillada. No, gente no: hadas.

Estaban desnudas y mugrientas. Algunas veían a Cinder en silencio. Otras agitaban las alas y otras no parecían tener alas.

Cinder dio media vuelta y corrió por donde había venido. No importaba qué hubiera en su

casa, ahí no estaría más a salvo.

Percibió los ojos que parecían joyas siguiéndola mientras corría de regreso a la parte principal del mercado. Hasta los clientes que entregaban a los comerciantes bolsas de monedas la miraban con nervios, como si les preocupara que ella pudiera llamar a los soldados para que los arrestaran por alguna transacción ilícita.

Sin embargo, tener hadas esclavas no era ni remotamente ilegal. Sólo era peligroso.

CAPÍTULO 10



Cinder corrió a casa, convencida de que debía encontrar un lugar seguro para esconderse. Sólo necesitaba tomar un abrigo y las pocas monedas que Silver le había dado por ayudarla con las flores.

Su plan era desaparecer un par de noches y regresar tras la cacería. Helene estaría furiosa, pero eso era mejor que ser perseguida por unos cazadores, ¿cierto? Cinder no era tan insensata para creer que podría sobrevivir sola en Medianoche sin una familia ni un hogar. Las hadas no eran las únicas esclavizadas en las partes oscuras del mercado.

Mil veces había deseado poder vivir con Silver, pero Helene no lo permitiría. Esa noche se quedaría lejos de ella: no quería que por su culpa se metiera en problemas.

Entró a toda prisa a la casa por la cocina. Tendría que haber estado libre, pues su madrastra y su familia casi nunca la usaban, pero ese día había una jaula frente a la puerta. La puerta de la jaula estaba abierta y Cinder estuvo a punto de entrar directo en ella al llegar corriendo a la casa.

Se paró frente a la jaula. Apenas tuvo tiempo de pensar que se parecía mucho a las que contenían a las hadas antes de que alguien la empujara con fuerza por detrás. Cinder cayó dentro entre tropiezos. Se giró justo a tiempo para ver a su madrastra azotando la puerta.

—¡No! —Cinder se aferró a los barrotes y empujó la puerta.

Demasiado tarde: Helene ya le había echado llave y estaba alejándose con ella en la mano.

Cinder sacudió la reja.

—¡Sáquenme de aquí!

—¡Lo siento, Cinder! —Helene sonaba como si en verdad lo lamentara—. Habría preferido no hacer esto, pero sabes que estamos muy necesitadas de dinero.

Parecía como si creyera su propia mentira. Las hermanastras entraron a la cocina; una llevaba una jarra de agua y una taza, y la otra un platón con pan, queso y rebanadas de carne. Lo depositaron en el suelo y lo empujaron con cuidado hacia la jaula con los pies.

—Disfrútalo —dijo Tammy con una sonrisa.

—Que malas somos —dijo Darlene tapando una risa tonta con la mano.

—Sólo es temporal, niñas —dijo Helene—. Vamos a dejarla sola y en paz. Tiene una gran noche por delante y queremos que vuelva a salvo, ¿cierto?

—Claro, mamá —dijo Tammy—. Ella es ahora como nuestro caballo de concurso.

Helene hizo salir a las jóvenes y Darlene soltó otra risita.

—¡Sáquenme de aquí!

Cinder siguió llamándolas hasta que se le quebró la voz. Finalmente se rindió y se deslizó hacia el suelo. No era tan pequeña como una jaula para hadas, pero de todas formas el espacio le era insuficiente para estar completamente erguida.

Extendió la mano para tomar el pan y el queso. Supuso que con ese festín querían aliviar su culpa, si alguna sentían. Todo le sabía a aserrín, pero comió. Necesitaba energía.

Se recargó en los barrotes. De cuando en cuando, tocaba el cuchillo que Silver le había dado. Eso la tranquilizaba y la hacía sentir que esa noche no estaría del todo sola e indefensa allá fuera.

Después de un tiempo, los músculos de Cinder se entumecieron. Al tratar de levantarse e incorporarse, se sintió más vieja que su madrastra.

Tenía un plan. Tendrían que dejarla salir antes de la cacería. Después de todo ese entrenamiento, Cinder sentía la seguridad de que su madrastra y sus hermanastras no podrían detenerla si salía corriendo hacia la puerta. Cuando estuviera fuera de su alcance, ya no podrían atraparla.

Así que se estiró e hizo algunos calentamientos mientras esperaba su oportunidad para escapar.

Se tensó cuando su madrastra entró en la cocina. Era su oportunidad.

Pero entonces vio a tres hombres que venían detrás de ella. Uno iba vestido con el color negro oficial de los guardias del rey, mientras que los otros dos eran evidentemente trabajadores corpulentos.

—Ahí está —dijo Helene.

El guardia asintió. Los dos trabajadores se acercaron a la jaula de Cinder y empezaron a arrastrarla. Cinder tuvo que sentarse y aferrarse de los barrotes para no caer.

Helene extendió la mano hacia el guardia, que soltó en su palma una bolsa de monedas.

—Si la tratan bien, podrán venir por ella el mes que entra —dijo Helene.

—¡No, Helene, por favor!

Cinder alargó la mano hacia su madrastra. Por un instante creyó ver cierta duda y remordimiento en su rostro, pero ese momento pasó mientras los hombres la sacaban de la cocina.

Afuera, había una carreta llena de jaulas iguales a la suya. En cada una había sentada una mujer de aspecto abatido. Sus edades oscilaban de los diez inviernos a la madurez plena. Todas tenían la misma expresión asustada.

Los hombres pusieron la jaula de Cinder en una rampa y la empujaron para colocarla entre las otras cautivas. Su jaula era la última en la carreta. Las niñas más jóvenes a su alrededor gimoteaban; las mayores intentaban tranquilizarlas.

La carreta avanzó rodando lentamente por el pueblo, balanceándose de un lado a otro. El aire estaba denso por el polvo y el olor a boñiga de caballo. Las muchachas se mantuvieron casi todo

el tiempo en silencio, observando el mundo como si no pudieran creer lo que estaba pasando. El pueblo estaba tan callado que Cinder alcanzaba a oír los crujidos de las ruedas mientras las acercaban al bosque.

En el camino, otras carretas se unieron hasta que se formó una procesión de muchachas enjauladas. Algunos vecinos del pueblo veían la escena entre maravillados y sorprendidos, mientras que otros apartaban la mirada como si no pudieran tolerarla.

Estacionaron las carretas a lo largo de los límites del bosque. Agua y pan iban pasando de mano en mano, pero la mayoría de las muchachas no tenía apetito.

Todas esperaron y observaron al sol deslizarse más allá del horizonte.

CAPÍTULO 11



Mientras la penumbra del anochecer cubría los árboles, los hombres dejaban salir a las muchachas de sus jaulas, una por una. Ellas se abrazaban unas a otras en el extremo de la hilera de carretas. Una neblina helada extendía sus zarcillos fuera del bosque y se escabulló hacia las jóvenes, que se alejaban y se apretujaban más.

Nadie quería estar cerca del bosque en una noche de luna llena, ni siquiera los guardias, así que se pusieron en hilera para asegurarse de que las prisioneras quedaran entre el bosque y ellos.

No había posibilidad de que alguien escapara, no con tantos guardias del rey entre ellas y el pueblo. El comandante estaba parado en un montículo, observando a los guardias a su cargo abrir las puertas de las jaulas.

El único lugar al que las muchachas podían huir era el bosque mismo, y ningún guardia parecía preocupado de que una corriera hacia él antes de verse obligadas a hacerlo.

Los guardias sacaron agua y bandejas de comida de una carreta, junto con zapatos resistentes para las que habían atrapado descalzas. Los cazadores deseaban una buena cacería esa noche.

Casi nadie comió, pero algunas intercambiaron sus zapatos gastados por los que les ofrecían. Sería difícil llegar muy lejos corriendo por el bosque sin calzado resistente.

En cuanto la sacaron de su jaula, Cinder caminó hacia la carreta de comida. Le ofrecía una posición estratégica desde donde observar la situación.

Muchas de las prisioneras eran demasiado jóvenes. No tenían prácticamente ninguna posibilidad de sobrevivir a la cacería. Los guardias que las acorralaban parecían incómodos por el trabajo.

Un hombre con expresión adusta puso otro plato de carne en la carreta detrás de Cinder. Más que soldado, parecía cantinero. No dejaba de ver con compasión a las muchachas apiñadas.

Cinder corrió el riesgo y le habló.

—¿Qué pasaría si apuñalara a uno de los guardias? —preguntó en voz baja.

El hombre hizo una pausa y se puso a recoger cántaros vacíos como si Cinder no hubiera hablado.

—Los otros guardias estarían distraídos —dijo sin voltear a verla y casi sin mover los labios.

Ella siguió su ejemplo. Miró a los guardias alrededor de las prisioneras e hizo como si no estuviera manteniendo una conversación.

—¿Me matarían? —preguntó.

—Posiblemente —dijo él levantando otro cántaro—, pero sólo si te atraparan. Hay luna llena y estamos muy cerca del bosque. Esta noche, no se aplican las reglas. No a los cazadores —y bajando la voz a apenas un susurro y girándose para partir, añadió—: y no a las presas.

Cinder tocó el duro mango del cuchillo en el bolsillo de su delantal. La navaja estaba envenenada. No podría apuñalar a un guardia en la pierna y suponer que se recuperaría.

Miró a los guardias. El comandante parecía duro y frío, pero había unos que se notaban incómodos. Cinder no se sentiría culpable de apuñalar a uno de ellos para liberar a las muchachas, pero ¿mataría para lograrlo?

Al alejarse de la carreta de comida rozó una piedra con el pie. Era del tamaño de un huevo, lisa.

Cinder se agachó a recogerla y sintió su peso en la mano.

Entonces balanceó el brazo hacia atrás y arrojó la piedra al comandante.

Lo golpeó en el hombro. No podía haberle dolido mucho, pero hubo un momento de conmoción cuando éste miró, incrédulo, alrededor.

Cinder corrió.

—¡Atrapen a esa joven!

Ella no supo si el grito había sido del comandante o de otro guardia: sólo sabía que los guardias que habían estado cerca de ella ahora la perseguían. Los demás debían estar distraídos.

Esperó que las muchachas consiguieran escabullirse. No todas podrían, pero algunas sí.

Cinder corrió hacia el bosque. Era el único lugar donde los guardias podrían no encontrarla.

—¡Corrió hacia el bosque! —gritó uno detrás de ella.

—¡Pues ve por ella, estúpido! No te quedes ahí parado.

—Pero, comandante...

—¡Que vayas!

Oyó detrás de ella el ruido de los hombres pasando entre la maleza, era lento y reticente. El comandante debía estar cerca, porque los guardias seguían adentrándose en el bosque.

Cinder esperaba que la mayoría de los guardias fuera tras ella y que las muchachas se dieran a la fuga. Para ella, no era difícil correr entre la maleza, no con el pánico impulsándola. Cuando tropezaba, casi ni lo sentía; se ponía en pie de un brinco y seguía corriendo.

Usó el ruido de marcha de los guardias que iban tras ella para orientarse. Conocía ese bosque prácticamente mejor que todos. Era extraño lo rápido que una persona podía perderse ahí, así que procuró no adentrarse más de lo necesario, y luego usar el murmullo de los guardias como brújula para dar la vuelta y regresar a sus confines.

Para cuando sintió que ya había avanzado suficiente y podía arriesgarse a echar un vistazo fuera del bosque, las sombras negras de la noche inminente cubrían los colores del mundo. La luna

todavía no era visible, pero el aire tenía esa tensión que siempre parecía pender de la luna llena.

Ahora, en cualquier momento comenzaría la cacería.

Cinder se asomó detrás de un árbol en los límites del bosque. Apenas podía ver al grupo de cautivas. Los guardias estaban controlándolo rigurosamente, pero la cantidad de prisioneras se había reducido a alrededor de la mitad.

Cinder cerró los ojos por un momento y deseó que las fugitivas volvieran a salvo a sus hogares.

Sus hogares.

Abrió los ojos. Si las otras muchachas tenían hogares como el de ella, no ayudaría mucho, pero era un refugio contra la noche, y quien fuera que se las hubiera vendido a los guardias ya había recibido su pago, así que las muchachas que hubieran escapado estarían a salvo por un mes más.

Su propia casa había sido alguna vez un hogar, cuando su padre estaba vivo. Ella reía y jugaba como cualquier criatura, e ir a casa era un momento feliz.

Cinder recorrió el confín externo del bosque que oscurecía y recordó lo que había sido tener un hogar y alguien en él que la recibiera con cariño.

CAPÍTULO 12



La luna se elevó sobre los árboles, plena y brillante. La niebla, deslizándose de un lado a otro, se posó sobre el bosque. Hasta ese día, a Cinder la luna llena siempre le había parecido hermosa, pero ahora sólo le provocaba terror.

Se formaba vaho al exhalar, aunque todavía no parecía hacer tanto frío. Faltaba poco, eso sí.

Los perros ladraban a pesar de que aún faltaba mucho para las doce. Alcanzaban a oírse los caballos espectrales; sus relinchos retumbaban en la noche, fantasmales y etéreos. No sonaban como animales normales, así como no se veían como tales.

Corrió a lo largo de las afueras del pueblo. No tenía adónde ir y nadie a quién acudir. No podía arriesgarse a ir a la casa de Silver. Si descubrían que estaba dando refugio a una fugitiva de la cacería, quién sabe qué podría hacerle el Rey Oscuro. A algunos los había desollado vivos por mucho menos.

Su intención había sido huir y ocultarse, tal como le recomendó Silver, pero en vez de eso, estaba corriendo a ciegas en la noche, bajo la luna llena, buscando un lugar donde esconderse. Como estaban las cosas, bien podría ser parte de la cacería.

Al otro lado del campo, vio un establo. Era inusual tener animales tan cerca de la espesura, pues se sabía que las criaturas del bosque cazaban a las presas fáciles. Supuso que el establo estaba vacío, igual que muchas granjas que bordeaban el bosque. La mayoría se habían construido antes de la guerra, antes de que las bestias más feroces surgieran, cuando el Rey Oscuro asumió el poder.

Corrió para atravesar el campo, iluminada por la luna y sintiéndose como un ratón huyendo a la intemperie bajo un cielo plagado de cuervos.

Llegó después de lo que pareció una eternidad. Se recargó, jadeante, en la puerta del establo. Silencioso y apartado, parecía un buen lugar para esconderse esa noche.

Las puertas del establo estaban cerradas con un candado viejo y oxidado. Recobró el aliento

lo suficiente para levantar una piedra, romper el candado y abrir las puertas.

Adentro, un caballo de crin llameante y que echaba humo se alzó en dos patas frente a ella. La piel se le estaba desintegrando y desprendiéndose en pedazos, de tal modo que en algunas partes Cinder alcanzaba a ver la musculatura bajo el pelaje.

Un caballo espectral.

Sus relinchos parecían atormentados. Al piafar frente a ella, estuvo a punto de golpearla con las pezuñas. Al echarse atrás tan rápido como pudo, Cinder abrió de par en par las puertas del establo.

El caballo espectral movió la cabeza hacia Cinder, como si estuviera asintiendo. Luego, salió al campo a todo galope.

El humo a su alrededor se movía y flotaba mientras el caballo corría hacia el bosque.

Cinder abrió la boca para llamarlo y decirle que no se adentrara en el bosque, pero era demasiado tarde. Si quería sobrevivir a la noche, lo mejor sería no hacer ruidos que pudieran llamar la atención.

Las historias eran ciertas. Los caballos espectrales tenían una apariencia aterradora, tal como se contaba. Con razón los nobles los escondían de los campesinos. Cinder esperaba que la parte de las historias relativa a la mala fortuna que conferían no fuera cierta. Ya bastante mala suerte había tenido esa noche.

Entró en el establo y cerró las puertas. Un noble tendría un fuerte disgusto cuando descubriera que su caballo espectral había desaparecido. ¿Pero por qué alguien querría tener uno, para empezar? No lo entendía, para ella eran espeluznantes. Sólo por hacer alarde de contar con el favor del Rey Oscuro, no valía la pena.

Se metió al pajar por si al caballo espectral se le ocurría volver. Con tanto heno, era un milagro que el establo no se hubiera incendiado con el corcel haciendo estragos dentro.

Cinder se sentó entre el heno y se asomó al bosque por la ventana abierta. Se acurrucó, preguntándose en qué momento darían con ella.

Unas luces extrañas encendían el bosque: verdes, doradas, azules, prendiéndose y apagándose.

También había ruidos extraños. Sabía que algunos provenían de los caballos espectrales; otros eran gruñidos y aullidos que no eran naturales. Pero no tenía idea de qué pudieran ser. Esa noche había muchas cosas bajo la luna, y todas estaban congregándose en el bosque.

Se quedó mucho tiempo ahí sentada en la oscuridad, imaginando que no viviría para ver el amanecer, pero el agotamiento pudo más.

Se desplomó sobre los fardos de heno. No podía mantener los ojos abiertos. Su respiración se aplacó y cayó en un sueño profundo.

Cinder soñó que volaba. No en un artefacto y tampoco como pájaro. Ella era como humo y fuego con forma de... ¿caballo?

Al piafar, sus cascos golpeaban el aire mientras ella se elevaba más y más por encima del bosque. Si acaso tenía alas, no, no las sentía. Sólo se dejaba elevar con el viento, como haría si fuera humo.

Debajo de ella, unos hombres pequeños montaban diminutas cabalgaduras por el bosque. Iban de cacería. Tenían perros que ladraban y gruñían, y los jalaban de la correa.

Luego, el que llevaba a los perros dejó a sus animales sueltos.

Los perros se abalanzaron y parecían hacerse más grandes a cada paso. Cinder se dio cuenta de que no eran perros: eran más parecidos a lobos, y más mortíferos. En su sueño, se convertían en manada de lobisomes al avanzar persiguiendo a su presa.

Una muchacha corría adelante de ellos, presa del pánico, casi gritando. No tenía posibilidades de dejarlos atrás y no tenía dónde esconderse.

Los lobisomes la alcanzaron en un instante.

Eran una docena, todos más grandes que la muchacha, y todos saltaron sobre ella cuando ésta cayó.

Después de eso, no hubo más que gritos y gruñidos, mientras la manada, retorciéndose, se desbordaba sobre la chica.

Entonces llegaron los cazadores. Cuando vieron a los lobisomes encima de la joven, guardaron su distancia. Tenían miedo del frenético festín, pero hacían apuestas sobre cuánto durarían los gritos. Bebían vino de sus ánforas de cuero y se quejaban del frío bajo sus abrigos de piel.

Cuando los lobisomes terminaron, alzaron la vista. Tenían sangre en el hocico.

Miraron a Cinder, que seguía flotando sobre ellos con sus cascos humeantes y su crin ardiente.

Los lobisomes le gruñeron y rugieron. Enseguida, corrieron hacia ella.

Brincaban y alcanzaban a rasgarle los talones. Sabía que en cualquier momento morderían sus pezuñas.

Voló lo más rápido que pudo... pero no era suficiente.

La manada de lobisomes la alcanzó y se lanzó sobre ella, con los rostros contraídos y mostrando los dientes al tiempo que corrían a su lado.

Cinder se estaba cansando. No duraría mucho tiempo más.

Pero estaba enojada, furiosa.

La ira la escocía tanto que sus ojos despedían llamaradas. Tenía que llegar con la bruja: una que pudiera atrapar a un hada en el cuerpo de un caballo en putrefacción podría liberarla a ella también.

Cinder cocía, corcoveaba... Varios de los lobisomes empezaban a arder, pero otros la mordían y rasgaban su grupa. Las bestias y ella caían al suelo con gran estrépito.

Y la manada de lobisomes se le echaba encima.

CAPÍTULO 13



Cinder despertó con la luz matutina refulgiendo en la cara. Se enderezó en un segundo y miró los fardos de heno a su alrededor. Nadie la había molestado en toda la noche.

La cacería había llegado a su fin.

Por el ángulo de los rayos de luz que entraban por la ventana, parecía que pasaba de la media mañana. No recordaba la última vez que había dormido hasta tan tarde. Los huesos y los músculos le dolían como si hubiera estado corriendo toda la noche. Las pesadillas la habían asediado interminables horas.

Vio por la ventana volutas de humo procedentes del bosque. Por las mañanas, la vegetación siempre estaba húmeda por la neblina nocturna, así que no le preocupó que todo pudiera incendiarse. Sin embargo, no auguraba algo bueno.

Al salir del establo, hizo cuanto pudo por quitarse la paja de la cabellera y el sueño de los ojos.

El camino de regreso al pueblo era largo y no se topó con nadie. No era día de mercado, así que no era de extrañar que los comerciantes no estuvieran afuera, pero por lo general los vecinos poblaban las calles desde el alba.

Los caminos del pueblo tenían un aire inquietante. Todas las ventanas tenían barrotes y las puertas cerradas. No había niños jugando ni gallinas sueltas en los adoquines. El pueblo estaba callado salvo por cierta conmoción que parecía estar ocurriendo en un extremo distante que ella no alcanzaba a ver.

Las pocas personas a las que vio correteaban de un lado a otro con la cabeza inclinada. Ninguna la miraba a los ojos y cuando pasaban junto a ella seguían de largo.

Cinder vio alrededor, tratando de entender qué estaba pasando, pero no sacó conclusión alguna. La curiosidad la llevó por las calles de Medianoche hacia el origen del escándalo.

Cuando llegó a la zona más empobrecida del pueblo, deseó no haber ido.

Los guardias del rey estaban sacando a la gente de sus viviendas a rastras. En cada edificio que visitaban, apartaban a una o dos personas, pero parecían elegir al azar.

Las familias gritaban y suplicaban. Si alguna madre atacaba a los guardias para que no se llevaran a sus hijas, terminaba magullada.

A un hombre lo apuñalaron y lo dejaron desangrándose en el camino de tierra, mientras los guardias arrojaban a su hija enjaulada a una carreta llena de otras personas también enjauladas.

Cinder apretó los puños con tal fuerza que clavó las uñas en la palma de sus manos, hasta que el dolor la hizo ceder. ¿Qué estaba pasando?

La cacería acababa de tener lugar. ¿Por qué estaban reuniendo gente desde ahora? Y esta vez, era contra la voluntad de las familias. A esas chicas no las estaban vendiendo para la cacería.

Se obligó a dar media vuelta y alejarse. Ahí no había nada que pudiera hacer para ayudar. Ahora, Cinder estaba, como el resto de los habitantes, en silencio y conmocionada.

En vez de dirigirse a casa de su madrastra, se descubrió a sí misma caminando hacia la casa de Silver. Quitando los gritos y llantos en el barrio más empobrecido, el resto del pueblo estaba silencioso como un cementerio. Cuando llegó a casa de Silver, se sentía exhausta.

Llamó a la puerta.

Silencio.

—Silver, ¿estás ahí?

Cinder sabía que Silver debía estar en casa, pues ahí estaban su caballo y su carretilla. Las flores estaban esparcidas por todos lados, como de costumbre.

—Soy yo, Cinder.

Más silencio.

Con un presentimiento alojado en el estómago, Cinder empujó la puerta. Se abrió fácilmente.

Adentro estaba una mujer, sentada en la mecedora, viendo por la ventana con ojos inexpresivos.

—¿Silver? —Cinder se acercó despacio, como haría con un gato montés—. ¿Estás bien?

Silver la miró. Cuando la reconoció, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Cinder se arrodilló a su lado.

—¿Qué tienes? ¿Qué pasó?

—Se llevaron a Ruby.

—¿Quién se la llevó? —pero ya desde el momento de formular la pregunta conocía la respuesta.

—Vinieron los soldados esta mañana. Eligieron algunas casas al azar, y se llevaron a las jóvenes a rastras.

Cinder trataba de asimilarlo todo, pero no podía.

—¿Por qué? ¿Qué están haciendo con ellas?

—Van a mantenerlas encerradas hasta la siguiente cacería, están furiosos. También saben que después de anoche, muy poca gente estaría dispuesta a *rentar* a las tuyas. Siempre ha sido horrible, pero por lo menos casi todas volvían vivas. Ahora los riesgos son mayores. Ahora sólo los dementes y los asesinos dejarían que se persiguiera a sus hijas y doncellas.

Cinder se puso en cuclillas.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó en un susurro apenas audible.

Silver miró a Cinder con una mezcla de ira y lástima.

—La cacería se salió de control y los cazadores se pusieron... feroces —luego, añadió—: Es eso, o las hadas salvajes regresaron buscando venganza.

Los únicos que todavía se preocupaban por las Guerras Salvajes eran los ancianos que las habían vivido. Para Cinder, los cazadores eran una preocupación mucho mayor.

—¿A qué te refieres con que los cazadores se pusieron *feroces*?

—El rey invocó magia oscura para ganar la guerra. Mientras más usaba su poder, más dependiente de él se volvía, y más vil actuaba. Contamina a todos sus comandantes y a sus nobles cercanos. Cada día se pudren más por dentro. La oscuridad los roe y, siempre hambrienta, exige más.

Cinder ya había escuchado eso. Era tema de las canciones infantiles que tarareaban a los pequeños.

—La cacería no era más que una de las maneras más abyectas de desahogarse. Todo mundo la toleraba porque mantenía bajo control lo peor de los hombres del Rey Oscuro. El resto del tiempo podían fingir que eran civilizados si entonces daban rienda suelta a su lado oscuro.

Silver se abrazó y, por primera vez, se vio como una vieja.

—¿Qué pasó anoche?

—Fue una carnicería.

Cinder respiró hondo.

—¿Cuántas?

Silver sacudió la cabeza.

—Los rumores han dominado la mañana. Nadie lo sabe aún. Muy pocos hablan de cuántas muchachas pudieron haber sido asesinadas. La mayoría habla sobre aquellos cazadores que perecieron.

Silver miró a Cinder.

—¿Fuiste tú? ¿Tuviste algo que ver con eso? Dicen que todo empezó cuando alguien atacó al comandante.

Cinder sintió un escalofrío. ¿Haber arrojado esa primera piedra habría ocasionado la masacre?

—Los cazadores merecían ese destino —dijo Silver con voz severa—, pero las muchachas no, de ninguna manera. A este ritmo, no muchas quedaremos vivas.

—¿Van a mantenerlas encerradas hasta la siguiente cacería?

Silver asintió y luego se levantó con mirada pensativa.

—¿Dónde tienen a Ruby? —preguntó Cinder.

—Se la llevaron al castillo. Las cautivas serán vigiladas día y noche. Las mantendrán vivas hasta la cacería: las cuidarán tal como cuidan a los jabalíes de concurso.

—¿Y qué vamos a hacer?

Silver se armó de valor y declaró:

—Vamos a entrenar hasta que nos falte el aliento. Luego, cuando haya luna llena de nuevo, marcharemos al bosque oscuro para rescatar a nuestra niña.

CAPÍTULO 14



Silver y Cinder entrenaron día y noche. Los músculos de Cinder temblaban ante la rigurosa rutina. Al caer el sol, se desplomaba en la cama como soldado abatido y se levantaba aun antes del amanecer.

Silver empezó a pagar a la madrastra de Cinder por sus *servicios* con las monedas de oro que se usaban antes de la caída del viejo reino. Helene ni siquiera se molestaba en ir a ver a Cinder o hacer preguntas sobre lo que hacía en la casa de Silver. Parecía contenta de cambiar a su hijastra por dinero.

Cinder estaba todo el tiempo exhausta y dolorida, pero también muy agradecida con Silver. Para practicar, trepaban árboles y disparaban flechas ocultas tras las ramas. Silver la hacía brincar de los follajes para caer encima de caballos. Entrenaban con manos y pies, pero también con cuchillos.

Silver era asombrosamente ágil. De noche se quejaba de sus dolores y de lo vieja que estaba para esas tonterías, pero Cinder notaba cómo los ojos le brillaban con intensa determinación, y hasta gozo, cuando esgrimía el cuchillo y se adentraba en el bosque silenciosa y majestuosamente.

Cinder, aunque décadas más joven, se sentía desgarrada y torpe comparada con Silver, pero ésta parecía sorprendida por la velocidad de su aprendizaje.

—Eres rápida —dijo Silver haciendo un gesto de aprobación con la cabeza—. Y lista. Eso es bueno. Resultaría poco apropiado que la esperanza de mi nieta fuera lenta y torpe.

Entonces, inesperadamente golpeó a Cinder con el puño.

Cinder se agachó y le lanzó una patada a Silver en el vientre a manera de respuesta. La mujer se movió como un sauce con el viento y la esquivó.

El mes pasó volando y la luna se llenó de nuevo más rápido de lo que Cinder creía posible. Silver

continuaba recordándole que dos meses eran nada si se trataba de convertirse en soldado y aprender las complejas artes de la guerra, pero lo cierto es que Cinder se sentía más preparada que antes.

El día previo a la cacería descansaron con el fin de acumular energía para la larga noche que tenían por delante, pero incluso Silver encontró difícil conciliar el sueño. Ninguna pudo dormir, y Silver se la pasó mimando sus margaritas, que, según había dicho, siempre habían sido las flores favoritas de su nieta.

La luna se elevó, llena y pesada, sobre la neblinosa noche.

Los lobisomes aullaban al cielo y los caballos espectrales relinchaban. Cinder no avistó a un caballo espectral, pero sí llegó a ver siluetas de los lobisomes. Eran una raza especial exclusiva del Rey Oscuro. Se rumoraba que sólo se podía verlos con la luna llena y que el resto del tiempo eran prisioneros humanos en los calabozos del rey.

Los aldeanos se reunieron en torno a los cazadores. Su aliento formaba volutas a su alrededor en el aire frío. Olía a caballos y a pino.

Ya nadie fingía. Todo mundo sabía de la cacería y hablaba de ella. Esta vez, no sólo habría participantes, sino también espectadores.

Por primera ocasión, algunos familiares de las víctimas también iban a caballo. Eran familias que nunca habrían vendido a sus familiares a la cacería. Algunos incluso habían gastado sus últimas monedas para comprar un caballo e intentar rescatar a su gente.

El Rey Oscuro permitía que cualquiera participara en la cacería, pero nadie podía entrar al bosque hasta la hora marcada. La multitud estaba muy nerviosa y todos se daban empujones.

Silver y Cinder iban a pie, como la mayoría de los aldeanos que se adentrarían en el bosque. Eso conllevaba ciertos peligros, pues los cazadores no se limitarían a las presas a las que se soltara para la cacería. Cualquiera que anduviera a pie corría peligro, y quienes se adentraban en el bosque lo sabían.

Varios cazadores llevaban arcos y flechas, además de espadas. A muchos los rodeaban guardias armados, o al menos eso es lo que aquellos hombres parecían. Cinder no recordaba que eso hubiera pasado antes. No estaba segura de si estaban ahí para la seguridad de los cazadores o si se trataba de un nuevo escuadrón para garantizar el deporte que ahora ya se estaba estableciendo.

Frente a ella, unos cazadores reían. Iban vestidos muy elegantes, con hilo de oro y plata. Uno de ellos volteó para ver a la masa de plebeyos a sus espaldas.

—Asegurar la presencia de las presas puede ser la mejor idea que su majestad haya tenido en años —dijo—. Miren toda la diversión adicional que nos espera.

Los demás voltearon y también miraron. Al hacerlo, sus caballos se movieron de tal modo que Cinder pudo ver a tres jóvenes sentados a la cabeza del grupo. Bueno, uno ya era casi un hombre, mientras que los otros dos todavía parecían muchachos. Eran inusualmente jóvenes para ser cazadores, pero sus prendas suntuosas resultaban inconfundibles.

—El descaro de los plebeyos —dijo un cazador—. ¿En verdad imaginan que podrán privarnos de nuestras presas?

—No hay de qué preocuparse —dijo otro—, tal vez resulte que son ellos las verdaderas

presas. Tal vez ofrezcan resistencia, y eso es lo que yo más anhelo.

Algunos se mostraron nerviosos con dicho comentario. Quizás un pleito con el pópulo era más de lo que esos cazadores estaban buscando.

Cinder no podía dejar de ver a los tres jóvenes vestidos de terciopelo y piel. El mayor movió su fusta en el aire, inquieto y listo para empezar. El de en medio estaba sentado, quieto como piedra, con la espalda recta y los hombros hacia atrás. El más chico se removía incómodo, como si no deseara estar ahí. Entonces volteó y la vio.

A Cinder se le cortó la respiración. La había tomado completamente desprevenida. Hasta ese momento, se había sentido tranquila en el anonimato de la multitud, perdida en el alboroto. Silver y ella no eran más que una muchacha y una mujer mayor, ambas envueltas en sus capuchas para ser indistinguibles y pasar desapercibidas. Al menos, eso había creído ella.

La mirada penetrante del muchacho la dejó paralizada. Era Dante, y los otros sus hermanos: Damon y Gallant.

Cuando Dante la vio, en su expresión sorprendida fue evidente que la había reconocido. Rápidamente compuso el gesto, pero no sin que Gallant lo notara, y entonces éste volteó para saber qué era lo que Dante había visto. Y miró a Cinder, pero ella no supo si él la había reconocido.

Cuando Damon, el mayor de los tres, volteó para ver qué miraban sus hermanos, los más jóvenes se giraron. Dante le dijo algo a Damon y señaló hacia el bosque. Gracias a eso, Damon apartó la atención de Cinder, antes de que sus ojos la encontraran.

Eso fue un alivio. Damon tenía algo de mezquino, y ella no quería que la mirara.

Empezaron a redoblar los tambores y unos gritos agudos llamaron la atención de todos.

A medio camino entre los cazadores y el bosque, se soltó a un grupo de personas. Como toda presa, éstas echaron a correr, escapando del campo peligrosamente abierto para adentrarse en el bosque oscuro.

CAPÍTULO 15



Los cazadores reían y daban largos tragos de vino de sus ánforas. Se tensaban sobre sus caballos y sostenían las riendas con sus guantes de cuero.

Todo mundo vio al Rey Oscuro cuando éste se incorporó a la cacería, en el último minuto. Su espléndido séquito era impresionante. Los guardias llevaban los colores negro y carmesí del reino de Medianoche. Estandartes negro y carmesí se agitaban al viento a lo largo de su procesión.

Era difícil ver al propio rey, pues iba protegido por muchos guardias. Lo que más veía Cinder era su negra armadura con el emblema real carmesí en el pecho.

Delante de él marchaba una fila de golpeadores cuya función era facilitar la tarea a los cazadores. Muchachos en su mayoría, delgados y orgullosos de encabezar la procesión del rey.

El corazón de Cinder palpitaba al ritmo de los tambores mientras los golpeadores marchaban adentrándose en el bosque, al frente de los cazadores. Estaban dando a las víctimas tiempo para tomar la delantera, dándoles falsas esperanzas al hacerles creer que podrían escapar.

Un hombre se adelantó y comenzó a correr hacia el bosque. Era el pescadero. Los soldados se habían llevado a sus dos hijas. Estaba flaco y sucio, vestido con harapos, y corría desesperado para rescatar a sus niñas.

Los guardias del Rey Oscuro fruncieron el ceño. El rey dio la señal y éstos dispararon sus arcos al unísono.

Una flecha perforó al pescadero en la espalda y éste cayó.

—Ningún palurdo irá antes que el Rey —exclamó una voz cargada de fatalidad y negrura.

Entonces el Rey Oscuro espoleó a su cabalgadura y avanzó a galope hacia el bosque.

Todos los cazadores golpearon el costado de sus corceles con los talones y siguieron al rey. La cacería había empezado. El pescadero, que a rastras había intentado quitarse del camino, murió aplastado sin siquiera gritar.

La última de las muchachas más jóvenes había desaparecido apenas cuando los caballos

empezaron a correr hacia ellas. Los pocos aldeanos a caballo iban detrás de los nobles. Al final, el resto de las familias corrían tras ellos para intentar ayudar a sus mujeres.

En cuanto Cinder empezó a correr detrás de Silver, supo que era un error seguir las reglas del Rey Oscuro. Cuando llegaran al bosque no encontrarían más que hierba pisoteada.

Y estarían cansadas. Tendrían que haberse ocultado en las ramas altas de algún árbol para brincar sobre el cazador indefenso que se atreviera a hacerle daño a alguien.

Pero siguió corriendo detrás de Silver. Aunque bastante entrada en años, esa mujer corría tan rápido como cualquiera. No parecía tener problema en seguir el ritmo de los muchachos más jóvenes y fuertes del pueblo.

Algunos tuvieron dificultades mucho antes de llegar al bosque. El pisoteado campo hacía que tropezaran y cayeran. Pasarían los siguientes días sentados con los pies en alto hasta que se curaran sus tobillos.

Silver y Cinder corrieron, encapuchadas, hasta adentrarse en el bosque. La luz de luna, abriéndose paso en rayos etéreos, contrastaba con los sombríos árboles, donde resonaban los ladridos de los sabuesos y los gritos de los cazadores.

El bosque era tan vasto que resultaba imposible encontrar a una muchacha en particular. En cuanto ingresaron a las sombras veteadas, Cinder estuvo a punto de perder las esperanzas.

Una joven gritó a su derecha.

Luego otra, a su izquierda.

Varias más gritaron delante de ella.

Antes, Cinder había creído que estaba muy adentro en el bosque cuando los cazadores la alcanzaron, pero ahora entendía que tal vez no había avanzado más de un kilómetro cuando mató a aquel cazador.

Las víctimas no tenían oportunidad de llegar muy lejos antes de que las pisotearan los jinetes. Tal vez los cazadores anhelaran la gloria de capturar a un hada salvaje, pero ni siquiera ellos querían adentrarse en lo más profundo del bosque.

Delante de ella comenzó una pelea entre dos cazadores a caballo y dos aldeanos a pie. Éstos habían estado gritando el nombre de una muchacha cuando los cazadores empezaron a perseguirlos. Uno le pegó a un aldeano con la fusta en el hombro al pasar a su lado a galope.

Luego, los cazadores dieron la vuelta y regresaron a trote con las fustas en alto.

Cinder, aterrada, miró a Silver para saber qué hacer. La mujer estaba corriendo hacia las sombras, haciendo caso omiso de los intercambios de golpes que tenían lugar frente a ellas.

Cinder corrió para alcanzar a Silver, pero pronto la perdió. Le pareció ver por un momento su trenza, así que siguió corriendo, aunque empezó a dudar de que en verdad se tratara de ella.

Una niña lloraba con voz aguda, presa del pánico.

Luego vino un rugido de dolor que parecía provenir de un hombre enojado.

Cinder corrió en esa dirección, sin saber bien qué hacer.

En un gran círculo de árboles antiguos vio a un cazador encima de una muchacha de cabello rojo que a la luz de la luna parecía sangre.

Ruby.

La abuela de la niña no estaba por ningún lado, así que le correspondía a Cinder rescatarla.

Aspiró hondo y tomó su cuchillo.

Antes de que pudiera llegar muy lejos, el cazador lanzó una patada a Ruby. Ella rodó para evadir el golpe.

Cinder aprovechó el momento y corrió para brincar en la espalda del cazador y apuñalarlo. Ruby se levantó del suelo y se abalanzó hacia el cazador con una piedra en mano.

El hombre batalló un poco más, pero las dos muchachas siguieron golpeándolo hasta que quedó inmóvil. Cinder no tenía idea de si estaba muerto o sólo herido. Esta vez, no le preocupó demasiado.

Ruby, con la respiración agitada, miraba fijamente y con los ojos muy abiertos al cazador inconsciente.

—Vamos, Ruby, debemos salir de aquí —le dijo a la niña alargándole la mano.

Ruby la vio y abrió todavía más los ojos. Gritó.

Algo pegó contra el hombro de Cinder, provocando un dolor hirviente y agudo; después, el ardor fue aún más intenso.

Cayó al suelo intentando respirar.

—Dos por el precio de una —exclamó una voz masculina—. Mi padre estará orgulloso de mí.

Irguiéndose sobre Cinder, con su fusta, estaba Damon, el mayor de los tres hermanos.

Los otros dos llegaron corriendo tras él en el momento en que éste volvía a levantar la fusta.

—¡Detente! —gritó Dante—. Es mi amiga.

Al oír eso, Damon se detuvo y volteó a ver a Dante.

Ruby arremetió contra él. Por lo visto, Cinder no era la única a la que Silver había estado enseñando a pelear.

Ruby le picó los ojos y le propinó un golpe en el cuello con el canto de la mano.

Damon emitió un ruido ahogado y se retorció. Había rabia y locura en su mirada. Lanzó su fusta contra Ruby, pero la niña se hizo a un lado y esquivó el golpe.

Entonces, él sacó un cuchillo y se quedó ahí, con el filo en una mano y la fusta en la otra.

—Damon, deja que se vayan —dijo Dante con un tono imperativo que pareció enfurecer a su hermano.

—Si no vinimos para atrapar a nuestras presas y violentarlas un poco, ¿qué hacemos aquí? —dijo Damon amagando con apuñalar a Ruby.

En ese momento, Cinder apuntó y lanzó su cuchillo a Damon.

Le tajó la garganta.

Todo mundo miró a Damon, mientras sus ojos casi se salían de sus órbitas con el impacto de lo que había sucedido.

CAPÍTULO 16



Todos observaban atónitos a Damon, que llevó una mano a su garganta. Él miró a sus hermanos; había en sus ojos una mezcla de negación, pánico y rabia.

Ruby corrió junto a Cinder y las dos se abrazaron. En ese momento, Cinder echó una mirada a los muchachos.

Ninguno se movió para ayudar a Damon. Ambos estaban paralizados, mirando incrédulos a su hermano mayor mientras éste se ahogaba con su propia sangre.

Cinder tomó a Ruby de la mano y se alejaron a toda prisa.

Corrieron por el bosque tan rápido como pudieron. Cinder no oía casi, fuera del martilleo de su corazón, y no tenía idea de adónde iban o cómo saldrían de ahí.

Por todas partes se escuchaban perros ladrando y gruñendo, caballos relinchando, hombres vociferando. Poco después se oyeron personas pegando alaridos en varias partes del bosque.

Cinder se detuvo y dio unas vueltas sin saber bien hacia dónde continuar. A la luz de la luna, todos los árboles parecían iguales.

—Vamos a subir a un árbol y esperar hasta que amanezca —susurró Ruby.

—Si los perros nos encuentran, nos quedaremos atrapadas allá arriba —negó Cinder.

Así que siguieron corriendo, tratando de alejarse todo lo posible del origen de los ladridos.

Atravesaron un arroyo con la esperanza de que los perros perdieran su rastro, pero mientras lo vadeaban, una red descendió sobre Ruby.

La niña cayó.

Cinder corrió hacia ella e intentó desenredarla con las manos. Deseó haber tenido el coraje de recuperar el cuchillo que le había clavado a Damon en la garganta. Con él, habría liberado a Ruby en pocos segundos.

De la nada, aparecieron unos perros y se acercaron corriendo; sus dientes parecían más grandes y afilados de lo que debían ser. Tenían los cuerpos tensos.

Un cazador cabalgó hacia ellas entre risas triunfales.

—¡Aquí! ¡Atrapé a una!

Media docena de jinetes subieron la colina y las vieron desde lo alto de sus cabalgaduras.

—¡Corre, Cinder! —gritó Ruby a través de la red—. Es tu única oportunidad.

Cinder vaciló. Quería ser valiente y leal, y salvar a Ruby; quería ver el gesto orgulloso y feliz en el rostro de Silver cuando le llevara a su nieta. Quería saber que sus amigas estaban a salvo.

Pero el cuerpo de Cinder tomó la decisión: dio media vuelta y corrió.

Estaba segura de que los perros irían tras ella, y quizá lo hicieron, de hecho, pero los cazadores no. Su mente no dejaba de atormentarla sobre lo que podría estar pasándole a Ruby, pero su cuerpo se negaba a reducir la marcha.

Subió a la colina que estaba del otro lado del arroyo y miró atrás. Los cazadores estaban congregados alrededor de su presa. Ruby forcejeaba con la red, intentando escapar. Los hombres reían. Llamaron a los perros para que volvieran.

Cinder quería ver qué le pasaría a Ruby, pero sus instintos no se lo permitieron. Los cazadores no se quedarían satisfechos por mucho tiempo con sólo una presa. Habían salido a cazar, y la luna llena alimentaba su crueldad.

Las largas sombras de los rayos de luna se movían temblorosas en los rostros de los cazadores que rodeaban a Ruby. En ese momento, uno de ellos miró hacia la colina desde donde Cinder los observaba. Parecía menos que humano.

Cinder se giró sobre los talones y corrió. Corrió y corrió, esquivando troncos caídos, cruzando arroyos, hasta llegar a lo más profundo del bosque.

CAPÍTULO 17



Cinder estaba perdida.

La noche aún continuaba, aunque con la luna llena baja en el horizonte, lista para ocultarse. En los bosques musgosos, la bruma se espesaba. Por momentos, incluso el sonido del agua corriente parecía acallarse.

A veces creía escuchar perros ladrando, pero no sabía de qué dirección provenían. Había momentos en que una risa embriagada sonaba demasiado cerca, así que se paralizaba deseando que los cazadores no tropezaran con ella.

Y demasiadas veces oía gritos. No sólo gritos de las jóvenes, sino gritos llenos de miedo de hombres a los que se estaba desgarrando. Al menos a eso sonaba según Cinder.

Avanzó a trompicones por el bosque neblinoso iluminado por la luna, exhausta y sedienta. Era peligroso beber de los arroyos. La gente se enfermaba a menudo por beber agua sin hervir, pero el ruido del agua que escurría por las rocas la llamaba a cada minuto. Se aproximaba el momento en que no tendría más remedio que beber.

—¿Tienes sed? —preguntó una voz de mujer.

Cinder dio media vuelta, tratando de ver de dónde había provenido aquella pregunta.

—Tengo agua dulce para que bebas.

Cinder volvió a girarse, creyendo que la voz venía de atrás.

—¿Dónde estás?

—En ningún lado. En todas partes. Atrás de ti y enfrente.

—Muéstrate.

No estaba segura de si quería ver a esta persona, pero le preocupaba más el hecho de no poder hacerlo.

Una mujer se acercó a ella entre la bruma. Al principio, Cinder habría podido jurar que formaba parte de la misma niebla, pero debía estar equivocada.

—Tus deseos son órdenes.

Cinder no estaba segura de si había sarcasmo en esas palabras.

Era la mujer más hermosa que Cinder hubiera visto. Piel impecable, con una cabellera ondeante que caía en cascada. Alta y esbelta, con un vestido verde titilante que se inflaba con una brisa que Cinder no sentía en su piel.

La nuca de Cinder le picaba a modo de advertencia, pero esa mujer no podía ser un hada salvaje. Pues de las hadas salvajes se decía que eran criaturas enloquecidas que atacaban a las personas en cuanto las veían.

—¿Eres real? —preguntó Cinder, dando un paso atrás.

—Tanto como tú. ¿Qué haces en mi bosque?

—Estoy tratando de salir. Tú también deberías hacerlo. ¿Te están persiguiendo?

La mujer arqueó una ceja.

—De participar en una cacería, sería yo la cazadora y no la presa.

—¿Eres una de las cazadoras?

¿Sería aquella mujer una guerrera, como Silver?

—Por lo general, pero hace muchísimo tiempo que no cazo, y eso que muchos lo merecen. Contigo podría practicar.

Cinder retrocedió un paso más. Sus instintos le gritaban que corriera, pero su mente le decía que ahí no había por qué temer en realidad.

La mujer caminó hacia Cinder y ésta ladeó la cabeza.

—Tú eres esa muchacha.

—¿Qué muchacha? —Cinder dio otro paso atrás.

La mujer hizo una pausa.

—La que liberó al caballo espectral.

¿Cómo lo sabía? Cinder no se lo había contado a nadie.

—No te preocupes, no te haré daño. Te debo eso, por lo menos.

—Hey, seas quien seas, las dos necesitamos salir del bosque.

—¿Por qué haría yo eso?

A Cinder le sorprendió la pregunta. Todo mundo sabía que el bosque era un lugar peligroso.

—Hay luna llena. El bosque está lleno de cazadores. El único lugar seguro es fuera de él.

El rostro etéreo de la mujer se iluminó con expresión curiosa.

—¿Cazadores? ¿Es eso lo que he estado oyendo?

—Sí, hay muchos. Deberías esconderte.

—Yo no me escondo. Ya no. Ahora, mis enemigos son los que deben ocultarse.

Cinder se dio cuenta de que la mujer no era una persona común: o era una hábil combatiente, aunque algo mal informada, pues no estaba enterada de la cacería, o era alguna clase de hada salvaje, una que prefería hablar primero antes de atacar. Cinder nunca había escuchado que un hada salvaje pudiera conducirse de esa manera, pero Silver le había enseñado que no todo lo que se oía en el reino era verdad.

Además, aun si esta mujer era un hada, su magnificencia impediría que la maltrataran en una jaula estrecha como aquellas criaturas deshechas que Cinder había visto en el mercado.

—Si no te vas a esconder, entonces ven conmigo —le dijo—. Aquí no es seguro.

La mujer ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Me llevarías contigo a casa? ¿Para protegerme?

—Si puedo. Hasta ahora no he tenido muy buena suerte rescatando gente. Para empezar, estoy perdida. ¿Tú sabes cómo salir del bosque?

—Sí, pero ¿por qué querrías salir del bosque?

¡Pero qué tonta era esta mujer!

—Ya te lo dije: esta noche los cazadores rondan el bosque, y no son buenas personas.

—Pero tú sí.

—Sí. Y también los otros, a los que están cazando.

—Entonces, ¿los detenemos? Será divertido —su voz y su mirada se tornaron fríos—. Y hace tiempo que no me divierto.

—Me temo que los únicos que se están divirtiendo son los cazadores.

¿Por qué esta mujer no entendía?

—Sí entiendo.

Cinder sintió un escalofrío. ¿Había ella oído sus pensamientos?

—Sí, vamos a divertirnos.

Cinder retrocedió. Quería salir corriendo, pero no deseaba darle la espalda a esta señora.

—Dime en qué dirección están estos cazadores y yo te diré por dónde salir del bosque.

Cinder titubeó. Si le decía cómo llegar a los cazadores, quizá la mujer iría hacia allá y de eso no saldría nada bueno. Pero, por otro lado, tal vez una mujer que entraba y salía flotando de la neblina era capaz de cuidarse sola.

Entonces Cinder señaló la dirección donde había encontrado a los últimos cazadores que había visto.

—Pero no creo que debas buscarlos. Son hombres peligrosos.

—Me encantan los hombres peligrosos —dijo la mujer con una sonrisa dura—. Son un reto.

Luego apuntó hacia el frente.

—Por allí se sale del bosque. Que tengas buen viaje.

La mujer dio media vuelta y caminó hacia la niebla en dirección de los cazadores. Después de unos cuantos pasos se desvaneció y se confundió con la bruma.

Cinder caminó en la dirección que la mujer había señalado. Le preocupaba un poco que pudiera tratarse de una trampa, pero estaba tan perdida que una dirección no sería peor que otra, así que siguió adelante.

En algún punto, el bosque se fue haciendo menos espeso y Cinder salió al ancho mundo.

A lo lejos, el pueblo se veía pequeño y vulnerable. Pensó en alejarse de todo eso. Le gustaba la idea de una vida nueva en algún otro lugar: un sitio sin madrastras y cazadores malvados. Pero a fin de cuentas, no tenía un lugar adonde ir. Aun si conseguía atravesar el bosque a pie y encontrar otro reino, no había una razón para pensar que el resto del mundo fuera mejor. Las historias que contaba Silver sobre un lugar mítico donde se disfrutaba del sol eran sólo eso, nada más que cuentos.

CAPÍTULO 18



Por la mañana hubo que enviar rescatistas al bosque. Todo el día estuvieron sacando un cadáver tras otro. La mayoría de los muertos eran cazadores, pero también había aldeanos y niñas lo bastante grandes para considerarse presas legítimas. Todos los grupos tuvieron pérdidas.

Algunos cuerpos estaban enteros y parecían de gente dormida, no muerta, con apenas rasguños. La única señal de trauma eran sus expresiones: sus rostros se habían congelado en gritos de horror.

Algunos de los cadáveres estaban destrozados, incluso mutilados. Sus expresiones eran de calma y tranquilidad, como si sus últimos momentos hubieran transcurrido llenos de satisfacción.

Algunos habían caído enzarzados en alguna batalla, enredados en su telaraña de espadas y puñales.

Todos los supervivientes tenían historias distintas que contar: de cómo los cazadores perdían su humanidad y se comportaban como bestias, de cómo las niñas de pronto pasaron de presas indefensas a monstruos rugientes, de cómo cayó una niebla que ahogó a muchos.

Había incluso algunas historias que hablaban de una mujer hermosa que había incitado a los cazadores a pelear entre ellos por el derecho a perseguirla. Cuando los ganadores fueron en su busca, la mujer se convirtió en bestia y los dejó hechos trizas. Ésos eran los de las expresiones serenas, al menos según las historias.

Cinder caminó despacio por el pueblo, tomando al vuelo fragmentos de los rumores. Las historias eran cada vez más extrañas y eso le provocó escalofríos. ¿Estarían hablando de la mujer a la que había conocido en el bosque?

Cinder regresó a la casa de Silver arrastrando los pies. Temía encontrarla vacía. Pero incluso si Silver estaba ahí, temía tener que decirle lo que le había pasado a su nieta.

Cuando llegó, Silver estaba sentada en el escalón bajo el cobertizo, esperándola. Tenía un vestido gris y el cabello sujeto en un moño descuidado.

Cuando vio que su amiga había sobrevivido a la noche, a Cinder la inundó una sensación de alivio. Corrió a abrazarla, pero Silver no la abrazó.

—Me alegra que estés bien —dijo Cinder sentándose a su lado en el escalón.

—Para nada estoy bien, pero así es la guerra. No sé por qué permito que se me olvide.

—¿Cómo sobreviviste?

—Matando a cuantos cazadores pude. Eso me mantuvo con vida. ¿Y tú?

Cinder tragó saliva. Aunque tenía la garganta seca, le contó lo que había pasado la noche anterior.

Silver escuchó sin decir palabra. Mientras más se prolongaba el silencio de la mujer, más se preocupaba Cinder.

Cuando terminó, Silver dijo:

—Esa mujer era un hada. Tuviste mucha suerte de que encontrara un mejor entretenimiento que tú.

—¿Un hada salvaje? Creía que eran bestias que no podían evitar atacar cuando veían a una persona.

—No, de ninguna manera. Los nobles quieren que creas eso. Es propaganda bélica para que la gente tema.

—¿No están ellas bajo control? Es decir, algunos nobles incluso las usan de esclavas.

—Es cierto que el rey atrapó a varias hadas poderosas y las unió a sus caballos espectrales, pero aquellas que fueron esclavizadas tal vez decidieron permitir que los hombres las atraparan para llevar una vida serena en cautiverio.

—¿Ser esclava del Rey Oscuro es preferible a vivir como hada salvaje?

Ambas estaban eludiendo el gran tema. La ausencia de Ruby era como si a Cinder se le hubiera caído un diente y su mente todo el tiempo estuviera tratándolo de tocar.

—La vida de un hada salvaje no es una broma. Las fuertes doblegan a las débiles a su voluntad. No hay límites a lo que pueden hacerle a alguien cuando está bajo su control. Se habla mucho de lo que las hadas hacen a los seres humanos. Pues bien, eso nada es comparado con lo que se hacen unas a otras. Así que, sí, para las débiles, la vida como esclavas del Rey Oscuro es preferible a la vida en libertad, donde las hadas más fuertes pueden torturarlas.

—Entonces, la señora a la que vi en el bosque... ¿es un hada fuerte?

—Apuesto a que más fuerte que la mayoría. ¿Viste la masacre que causó?

—Una parte. Entonces, ¿ella mató a esos cazadores?

—Jugó con ellos. Fue problema de esos hombres no poder manejarlo —dijo mirando a Cinder, y agregó—: Así es como lo ven las hadas, me parece. Por lo general, no se toman la molestia de matar. Para ellas, eso es demasiado simple y nada divertido; todo se trata de un juego, pero nosotros, frágiles humanos, a menudo no lo entendemos, ni lo soportamos.

Estuvieron un tiempo sentadas en silencio, oyendo los castañeteos de los bichos y los zumbidos de las abejas.

—¿Ruby estaba viva la última vez que la viste? —la voz de Silver sonaba tranquila.

—Sí.

—¿Podría seguir viva?

—No lo sé, Silver. Intenté salvarla, pero la atraparon... eran demasiados. Lo siento.

Silver miró el suelo fijamente.

—Pronto lo sabremos. Pondrán todos los cadáveres frente al bosque, y devolverán a sus familias a quienes sobrevivieron.

Pero el cuerpo de Ruby no estaba entre los cadáveres frente al bosque, y tampoco regresó a casa cojeando. Simplemente no la volvieron a ver. En los días de verano, Silver caminaba por el bosque en busca de su nieta, pero siempre volvía a casa sola.

Dos años después

CAPÍTULO 19



En la plaza del pueblo, junto al pozo, el heraldo del rey desenrolló un pergamino.

—¡Escuchad, escuchad! —gritó—. Su alteza, el gran y magnífico Rey Oscuro, soberano del reino de Medianoche, defensor de su pueblo, campeón absoluto contra la invasión de las hadas salvajes, ha declarado que anunciará a su heredero.

La muchedumbre que lo rodeaba empezó a murmurar. El rey había tenido seis hijos, tres de los cuales había perdido en misteriosos accidentes de magia oscura y suicidio. Un cuarto había muerto durante la masacre de la cacería, junto con docenas de personas más. Éste había sido el heredero al trono.

Aunque habían pasado apenas un par de inviernos desde la muerte del príncipe sucesor, el rey ya tenía que declarar un heredero. Eso había avivado toda clase de especulaciones sobre lo que en verdad habría ocasionado la muerte del príncipe. Abundaban los rumores sobre tratos perversos.

—Para celebrar la ocasión, su majestad, en toda su sabiduría y generosidad, ha soltado a las dos lunas crecientes para que sigan a la luna de sangre en el cielo.

Un murmullo de reconocimiento recorrió la multitud, pues las lunas crecientes se habían visto la noche anterior. Se había discutido mucho al respecto, porque no se las había visto desde que se encontraban en plena guerra.

Los mercaderes más viejos pusieron cara avinagrada, como si dudaran que el rey tuviera algo que ver con las lunas.

—Además, tendrá lugar un baile real para honrar la ocasión —prosiguió el heraldo—. En él, los príncipes elegirán a sus futuras consortes y se las presentarán al rey. Entonces, su majestad determinará cuál de ellas es la apropiada. El príncipe con la futura consorte más apropiada será el heredero de su majestad.

El heraldo hizo una pausa para que se asimilara su anuncio antes de continuar.

—Todas las mujeres del reino, tanto damas de alta alcurnia como plebeyas, están invitadas al

baile.

La multitud trabó una asombrada conversación. Los bailes reales sólo eran para las familias nobles. Asistir a uno era sólo un sueño, incluso para las familias de los comerciantes adinerados.

—Por la presente, su majestad también ordena que todos los dueños de hadas permitan que estén disponibles para compra o arrendamiento por el tiempo que resta hasta el baile real, de manera que las damas de esta tierra puedan emplearlas como lo deseen.

La emoción de la multitud se duplicó. Sólo los súbditos favoritos del rey podían poseer un hada. Además de ser un símbolo de estatus, otorgaban poder.

Las damas se pusieron a chismorrear y soltar risitas ahogadas. Todo mundo sabía que las hadas podían conseguir que una anciana volviera a ser joven, al menos por una noche. Y eso sería suficiente, ¿o no?

Se decía que las hadas también sabían tejer los más hermosos vestidos e hilar centelleantes pares de zapatillas de baile con los insumos más sencillos: un mechón de cabello o un poco de piel de una muchacha muerta. Por supuesto, debía ser de un cadáver reciente: todo buen encantamiento necesita ingredientes frescos.

Cinder iba detrás de su madrastra y hermanastras abriéndose camino entre la muchedumbre en la plaza central. La especulación llevaba meses creciendo, pero ahora la gente finalmente había comenzado a intercambiar monedas por sus apuestas sobre cuál de los dos príncipes de Medianoche se convertiría en el heredero.

El mercado bullía con las conversaciones sobre los príncipes. Incluso la hermanastra de Cinder, Tammy, quien no tenía el menor interés en la política, de un día para otro se obsesionó con cuál príncipe elegiría el rey como su sucesor.

—Apuesto a que será el Príncipe Menor —aventuró Darlene con una risa.

—Yo creo que el Príncipe Mayor es mucho más atractivo —reviró Tammy. Una vez había atisbado a dicho príncipe y aprovechaba todas las oportunidades para recordárselo a quien la quisiera oír.

Los príncipes tenían nombre, desde luego, pero sólo a los nobles se les permitía llamarlos. Se decía que los miembros de la familia real se dirigían unos a otros con nombres informales, familiares, pero sólo los más cercanos a la familia los conocían siquiera. Para el resto del mundo, eran el Príncipe Mayor y el Príncipe Menor. Los títulos eran más simples ahora que sólo quedaban dos.

—No importa cuál sea —dijo Helene—, los dos son buenos partidos para cualquiera de nosotras.

—¿Cualquiera de nosotras? —preguntó Tammy—. Madre, eres veinte años mayor que los príncipes.

—Todavía conservo mis encantos, querida. Además, vamos a adquirir al hada más poderosa que el dinero pueda comprar.

—¿Con qué dinero? —susurró Tammy, pues cuando se hablaba de dinero todo mundo lo hacía en voz muy baja.

Los ladrones de Medianoche no escuchaban con suficiente atención para distinguir entre mucho y poco dinero. Sólo estaban atentos al sonido de las monedas.

—Ya lo resolveremos —dijo Helene. Dio media vuelta y miró a Cinder para evaluarla.
A Cinder no le gustaba esa mirada.

La había visto por última vez cuando su madrastra la vendió para la cacería. Ahora que el mundo caía más rápido en la oscuridad y la gente se estaba ajustando al nuevo mundo, Cinder había conseguido mantenerse a salvo dos largos años desde la cacería.

A partir de ese día, tendría que cerrar su puerta con llave.

Mantuvo la cabeza inclinada y dejó que el cabello cubriera su rostro. Esa actitud servil era la que enojaba menos a su madrastra. Cinder solía erguirse orgullosa y rebelde, y desafiaba a su madrastra a que le hiciera lo que quisiera, pero ahora comprendió que era mejor mantener la rebeldía en secreto. Mejor dejar que su enojo ardiera a fuego lento que mostrarlo de frente.

Cinder movió las canastas que llevaba en los brazos. Iban llenas de papas y verduras. Habían ido al mercado a buscar cosas mundanas, pero ahora se dirigían al Pasillo de los Esclavistas.

CAPÍTULO 20



Dos años antes, esa parte del mercado era menor y la gente decente rara vez se paraba por ahí, pero desde entonces había aumentado y, conforme crecían los gustos oscuros, también lo hacía el Pasillo de los Esclavistas.

Alguien chocó con Cinder. Parecía que todas las damas se estaban precipitando en la misma dirección.

Cinder trató de mantener la mirada al frente para no ver las hileras de jaulas. Ahí se exhibía a los más desdichados seres: viejos magos que habían perdido las batallas con sus enemigos; primeras, segundas y terceras esposas a las que sus maridos terratenientes ya no querían.

También había criaturas más exóticas, como niños lobo que se convertían en diversas cosas a la luz de la luna. Por lo general, eran los esclavos a los que casi nadie quería, pero ahora la gente estaba pujando por ellos, haciendo apuestas sobre las posibles transformaciones de cada uno con la luna llena.

Cuando llegaron a la sección de hadas, en el otro extremo del Pasillo de los Esclavistas, ni siquiera Cinder pudo evitar mirar.

Por lo general, se necesitaba el permiso expreso del rey para rentar o comprar un hada. Las hadas practicaban una magia poderosa y se decía que sólo los esclavistas más hábiles podían controlarlas, pero ahora que el rey había dado la orden de recibir dinero de quien fuera para usarlas, el pasillo estaba abarrotado de mujeres ansiosas.

Las hadas podían hacer mucho más que embellecer y rejuvenecer a una mujer, claro está, pero el contrato de adquisición limitaba la magia a asuntos de moda y *glamour* relacionados con el baile.

—¡Oh!, ¿y qué tal ésa, mamá? —preguntó Darlene señalando a un hada muy voluptuosa de ojos ladinos.

Helene miró al hada de arriba abajo y dijo desdeñosa:

—Demasiado descarada para mi gusto.

Eso podía traducirse como *demasiado costosa* para su bolsillo.

—¿No podemos vender a Cinder? —preguntó Tammy—. Podría sernos más útil un hada.

—Tiene razón, mamá —secundó Darlene—. Bien podríamos cambiarla por un hada poderosa. Tal vez el hada también podría cocinar y limpiar.

Cinder comenzó a temblar. No era la primera vez que la convertían en el blanco de sus bromas o la hostigaban con crueldad, pero nunca habían dicho algo que sonara tan amenazante.

Ser ofrecida a un esclavista podía ser peor que la muerte. Peor que cualquier cosa que pudiera imaginar. Los esclavistas comerciaban con la desgracia, era parte del negocio, pero de ésa Cinder no necesitaba más.

—No hace falta, hermana —dijo Cinder—. Pueden tenerme a mí y, además, a un hada.

Tammy recargó la mano en la cadera.

—¿Ah, sí?! Entonces tráenos un hada, estúpida vaca. ¿Qué esperas?

Entonces Cinder, sin tener idea de qué hacer, dio un paso tembloroso hacia los puestos. Respiró hondo y dejó las canastas a los pies de su madrastra.

Hizo caso omiso del ceño fruncido de Helene y caminó entre los tendidos de los esclavistas como si supiera lo que estaba haciendo.

Pero algo tenía que intentar, ¿cierto? Quizás era absolutamente espantoso vivir con la familia de su madrastra, pero era mejor que ser vendida a un esclavista de hadas. Hasta donde sabía, las hadas desayunaban muchachas como ella.

Las criaturas estaban desnudas y paradas en el interior de sus jaulas. Elegantes y orgullosas, aun cuando estaban sucias y malolientes.

Les habían colocado bozales de cuero duro, pero muchos de ellos tenían en el centro algunos pedazos más suaves que se habían quemado con la saliva ácida de las hadas. Se decía que podían escupir a un metro de distancia. Se decía que sus alaridos eran todavía peores: si no huías y te cubrías los oídos, éstos podían sangrarte.

Pero sus ojos parecían ser su arma más poderosa. Eran penetrantes e hipnotizantes, con su color de joya resplandeciente. Se suponía que daban suerte, pero a Cinder le parecía que a las hadas que los habían perdido no les habían traído mucha. En ocasiones, los nobles llevaban ojos de hada en una cadena para asegurarse una buena fortuna.

Una vez, Cinder se había encontrado en el mercado con un hombre que había intentado venderle un ojo de hada. Era suave y blando al tacto, como cualquier otro ojo, pero ella podía jurar que la estaba viendo. El hombre le dijo que en el mercado negro podría venderse por muchísimo dinero.

Las hadas hembra estaban manchadas de sangre y suciedad. Sus pechos se erguían orgullosos a través de sus vestidos hechos jirones, y las cadenas rozaban y dejaban marcas en sus muñecas.

A diferencia de las hembras, las hadas macho se veían famélicas. Los esclavistas tenían miedo de su fuerza, así que los privaban de comida para debilitarlos lo más posible sin matarlos.

Pero ¿no les serviría a los esclavistas tener hadas saludables y bellas, como lo eran en su hábitat natural de acuerdo con las leyendas? ¿Por qué los esclavistas no las cuidaban mejor? ¿Acaso no valían una fortuna?

Una de las hadas dio la espalda a la multitud, como si estuviera harta de que los humanos la miraran boquiabiertos. Le habían cortado las alas y las heridas seguían en carne viva y sanguinolentas. Seguramente la habían atrapado en días recientes y seguía llorando la pérdida de su libertad.

—¿No tiene algunas limpias? —preguntó una señora gorda con una generosa bolsa llena de monedas.

—No —dijo el esclavista escupiendo en el lodo—. No se puede uno acercar a ellas con agua y jabón. Creen que es una maldición o algo así. Bichos mugrientos. Las exterminaría a todas si no fuera por el rey.

Todo mundo sabía que el Rey Oscuro tenía predilección por esclavizar a las hadas. Era su afición: atrapar a hadas salvajes a pesar de los peligros, o quizá debido a ellos. A menudo, asistía a la corte con rasguños en el rostro y quemaduras en el cuello. En una ocasión incluso se presentó a una cacería real con todo el cabello chamuscado. Al menos, eso se contaba.

—Disculpe —dijo Cinder.

El esclavista no le prestó atención.

—Disculpe, señor.

—Circula, muchacha, circula. Para ninguna de éstas te va a alcanzar. Ve al puesto de Stan, al final del pasillo. Tiene unos ejemplares de segunda mano que tal vez puedas comprar.

Se preguntó qué consideraría "de segunda mano" ese hombre, cuando las hadas que exhibía ya estaban en tan malas condiciones. Asintió y se reincorporó al río de gente.

Hacia el final del pasillo, donde las sombras eran más profundas y el viento más frío, había unos cuantos puestos de donde provenían hondos gemidos. Los pies de Cinder vacilaron. No quería adentrarse en oscuridad. Todo el pueblo sabía que si alguien era tan tonto para ir a sitios oscuros, tenía que hacerlo bajo su propio riesgo. Nadie iría a buscarte si desaparecías o gritabas o pedías ayuda. Con toda seguridad, la familia de su madrastra no acudiría a su rescate.

Pero, estuviera donde estuviera, no la ayudarían, a menos que Cinder se ayudara a sí misma. Entonces respiró hondo y se obligó a avanzar.

CAPÍTULO 21



Los puestos eran terribles. El hedor era peor que en la sección principal y las hadas, de tan enfermas y débiles, ni siquiera podían mantenerse en pie. Algunas estaban reclinadas con desgana en sus jaulas de metal. Otras se encontraban sentadas o acostadas, inmóviles, viendo hacia la oscuridad con la mirada perdida, como si estuvieran proyectando su ser interno a algún lugar muy lejano.

—¿Qué se te ofrece, jovencita? —preguntó alguien con voz rasposa.

Cinder se sobresaltó. No había visto al viejo oculto entre las sombras.

—Eeh, quisiera un hada, por favor.

—Bueno, por supuesto que la quisieras, pero eso te va a costar más de lo que tienes.

—¿Cómo sabe cuánto tengo?

—Pues estás aquí, ¿cierto? Si tuvieras suficiente para comprar una auténtica hada, no estarías en este extremo del Pasillo de los Esclavistas.

—Eso significaría que sus hadas son baratas —o al menos más baratas, quiso pensar.

—Las hadas nunca son baratas. A veces podría decirse que son una ganga, pero baratas nunca. Cinder carraspeó.

—Tengo que llevar a casa un hada para mis hermanastras y mi madrastra. ¿Hay alguna que pueda rentar, así sea sólo por unas horas?

El esclavista se mesó la barba.

—Bueno, hay una que normalmente no vendería —volteó hacia una de las jaulas—, pero si pagas el precio completo por adelantado quizá te permita llevártela por unos días.

—Tiene que ser un hada con cierta magia. No me vaya a estafar con una supuesta hada sin nada de magia.

—Oh, ésta tiene magia, te doy mi palabra.

—¿Suficiente para hacer hermosos vestidos de baile y lanzar un encanto rejuvenecedor en mi

madrastra?

—Desde luego. Puede hacer todo eso y más.

—¿Y no está tan enferma que pueda desmayarse o contagiar enfermedades en nuestra casa?

—Claro que no.

—¿Y cuánto pide por ella? —Cinder contuvo el aliento. Si el precio superaba lo que su madrastra podía pagar, podría terminar en una de esas jaulas ella misma.

—¿Cuánto tienes?

—No soy tan tonta para decirle todo lo que tengo, pues entonces usted simplemente exigiría esa cantidad.

—¿Es suficiente para comprar un hada sin descuento? —preguntó el esclavista.

Cinder se puso inquieta.

—Pues no, de lo contrario, no estaría aquí.

—Ahí lo tienes. El precio son todas las monedas que tengas. Es una ganga, cualquiera te lo puede decir.

Cinder observó fijamente al mercader. Tenía razón, ambos lo sabían. Todo mundo sabía que las hadas son costosas: las atrapaban los mejores cazadores del Rey Oscuro. Hasta ahora, sólo los nobles habían podido comprar o rentar una.

Una parte de ella temblaba de emoción ante la posibilidad de volver a casa con un hada auténtica. Otra parte, sin embargo, se preguntaba por qué ese esclavista estaba dispuesto a soltar un hada por lo que fuera que Cinder llevara en el bolsillo.

—Déjeme ver a esta hada.

El esclavista vaciló por un instante. Luego volteó e hizo señas hacia una jaula que no era lo suficientemente grande para contener a un hada en pie.

En las sombras de la pequeña jaula había una criatura acuclillada. Vestía unos harapos descoloridos y hechos jirones. Tenía la piel cetrina y estaba en los huesos, pero había fuego en sus ojos.

—Parece medio muerta.

Había algo en ella que hacía cosquillear su memoria.

—Lo que quieres es poder, ¿cierto? Pues ella tiene tanto que casi tuvimos que matarla de hambre para que no nos superara en fuerza. Está justo como debe estar. No dejes que te inspire clemencia y no permitas que esté al mando. Dale lo mínimo de comer: apenas suficiente para que sobreviva, y hará lo que quieras. La comida es gran aliciente para un hada hambrienta.

Cinder no quería tener que ver con ese esclavista o sus hadas ultrajadas. Todo mundo sabía que las hadas podían ser peligrosas, pero ella no tenía idea de que las maltrataban de esa manera. La pobre criatura, reducida a huesos y piel, estaba atrapada en una jaula demasiado pequeña.

—Está bien —dijo Cinder—, pero va a tener que entregarla en la casa. Yo no puedo cargar con la jaula y no parece que ella pueda caminar.

El esclavista sonrió. A Cinder le pareció una sonrisa malvada.

—Trato hecho.

Cinder asintió.

Él alargó la mano hacia su bolsa de monedas. Cinder reparó en que nunca habían establecido

cuánto dinero tenía, pero, como la mayoría de la gente no adinerada, sólo llevaba un saquito con todas sus monedas.

Vació su contenido sobre la palma extendida del hombre, que de inmediato cerró la mano sobre las monedas, como si fuera un momento de reflexión.

—Tráela al día siguiente del baile. Si por alguna razón no la devuelves, me deberás el precio completo de un hada viviente. Los soldados del Rey Oscuro intervendrán si un hada desaparece, y ni tú ni yo tenemos lo que se necesita para enfrentarse a la ira del rey.

Cinder asintió. En esos días, los soldados del rey intervenían constantemente. Era asunto de todos los días que se llevaran a alguien a rastras hasta la plaza del pueblo para humillarlo por alguna falta menor.

Cinder le indicó adónde llevar al hada y el hombre aceptó entregarla en menos de una hora. Aunque intentaba disimularlo, se veía sospechosamente aliviado.

Ella echó un último vistazo a su nueva hada.

La criatura le sonrió.

El hada, cubierta de una mata de descolorido cabello lacio y carente de vida, la miraba llena de curiosidad y pelando los dientes. Pero había algo en ella que incomodaba a Cinder. ¿Un recuerdo? ¿Una historia?

Sacudió la cabeza y salió del Pasillo de los Esclavistas.

CAPÍTULO 22



Cuando entregaron al hada y la dejaron en la cocina, metida en su jaula y en cuclillas, Cinder por fin entendió que la había visto antes. Por debajo de todo ese cabello que caía sobre su cara, más allá del rostro demacrado y el cuerpo delgado, estaba la mujer a la que había conocido en el bosque, años atrás.

Eso había sido cuando ella no tenía idea de cómo pelear. En aquellos días, creía que sí, porque llevaba dos meses enteros de entrenamiento con Silver. Pero ahora que sumaba ya dos años de práctica, sabía cuán peligroso había sido para ella creer que podía valerse por sí misma en el bosque. Había corrido con suerte, mucha suerte, cuando logró salir con vida las dos primeras veces.

Aquellas cacerías eran legendarias ahora. Habían sido el comienzo de las actuales cacerías.

Ahora todos los nobles de todas las tierras venían de muy lejos para participar. Cuando había luna llena, todas las posadas y casas de huéspedes se llenaban de viajeros. No sólo de quienes querían vivir la emoción en carne propia, sino también de bardos y trovadores que deseaban historias nuevas que difundir, mercaderes que vendían productos de lujo o de primera necesidad para los viajeros, fabricantes de pócimas, costureras y toda clase de artesanos que pudieran imaginarse.

Las cacerías de la luna llena sirvieron de catalizador para el crecimiento del pueblo y del reino mismo. Se rumoraba que incluso los enemigos del reino asistían en secreto como invitados del Rey Oscuro para cazar presas humanas. Muchos cazadores usaban máscaras para ocultar su identidad.

Antes no era más que la cacería nocturna de un grupo de aldeanas aterrorizadas, pero ahora las infelices muchachas corrían al lado de extranjeras importadas de algún lugar.

Se había convertido en un espectáculo. Estaban las cacerías mensuales y la cacería real anual. Para ésta, el Rey Oscuro anunciaba un premio para el hombre que lograra más cautivas.

“Capturadas” era la palabra que usaban los oficiales del rey, pero todo mundo sabía que en realidad contaban tanto capturadas como muertas. Mientras el hombre pudiera demostrar su conteo, no importaba si sus capturas estaban muertas o moribundas.

Había dos reglas. La primera: nadie podía empezar hasta que saliera la luna llena. La segunda: la cacería terminaba con la primera luz del alba. Entre esos dos momentos, todo estaba permitido.

Este año había rumores inquietantes sobre que el Rey Oscuro celebraría el baile cerca de la gran cacería, aunque nadie los creía. Los nobles tendrían que pasar del baile de los príncipes a la cacería real, o al revés.

Peor, de hecho, pues como estaban invitadas al baile todas las mujeres, sin importar su cuna o posición social, seguramente en la cacería habría pocas presas corriendo por el bosque: era mucho más lucrativo que una hija se casara con un príncipe a que fuera cazada. Que el baile tuviera lugar en la luna llena significaría que la cacería sería despojada de la emoción habitual.

Entonces, nadie lo creía en realidad, pero los rumores acerca de ello no cesaban. La servidumbre del castillo no dejaba de hablar de cómo la comida y las decoraciones, la ostentación y las hermosas vestimentas para el baile tenían que estar listas antes de la luna llena.

Siempre cabía la posibilidad de que el Rey Oscuro finalmente hubiera enloquecido. De cualquier manera, todo mundo sospechaba que ya lo estaba, pero serviría para confirmarlo. La gran cacería anual era, además de sus hijos, su mejor legado.

—¿Esa criatura es nuestra hada? —Tammy entró a la cocina agitando su falda.

—Es horrible. Mírala —Darlene se llevó el pañuelo perfumado a la nariz.

—¿Qué sabe de vestidos y bailes de la corte una criatura tan horrible como ésta? —preguntó Tammy.

—Más de lo que tú sabrás nunca —dijo el hada con voz sibilante por la falta de uso—. Las hadas viven entre bailes reales y bellos vestidos todos los días.

—Hoy no —dijo Tammy.

—Y según parece, tampoco ayer ni la semana pasada —dijo Darlene.

—¿Dudan de mí? —preguntó el hada.

—Absolutamente —dijo Tammy—. Cinder, malgastaste nuestro dinero, como de costumbre. Sólo quieres asegurarte de que los príncipes nunca nos elijan. Tus celos acabarán contigo algún día.

Mientras Tammy hablaba, su soso vestido se cubrió de encajes a todo lo largo del escote y los puños. Sus enaguas lucieron la seda rosa más fina, y el cuello y las muñecas centellearon enojadas.

Darlene dio unos chillidos cuando vio lo que estaba pasando y se volvió hacia el hada.

—Hazlo para mí. ¿Por qué haces eso para Tammy y no para mí?

El hada la miró, hastiada.

El vestido de Darlene perdió todo su color y comenzó a volverse gris. Su cabello se salió de la cofia y cayó lánguido a lo largo de su hombro. Luego, se encrespó. Los encajes de su vestido quedaron colgando a medio camino y las costuras empezaron a rasgarse.

Darlene volvió a chillar y Tammy rio.

—¡Maravilloso, hada! —dijo Tammy aplaudiendo—, en cuanto te vi, supe que serías la

adecuada.

Darlene levantó una tarta de frambuesas de la mesa de la cocina y la arrojó a la jaula.

Salpicó los barrotos y se escurrió hacia el suelo. Antes de que terminara de caer, el hada la recogió y la comió ansiosa con las manos.

—Bestia horrible —dijo Darlene—, haré que te cuelguen por esto. Espera a que mamá se entere.

—Yo creo que es encantadora —replicó Tammy, admirando su nuevo brazalete.

El hada, con labios y dientes cubiertos de frambuesa, hizo una mueca y luego lamió lo que quedaba de la tarta en los barrotos.

Las jóvenes salieron de ahí indignadas y discutiendo. Mientras sus voces se perdían, Cinder tomó una taza de agua y la colocó en el suelo, al alcance del hada.

—Eres la dama a la que conocí en el bosque hace un par de años.

—Ah, ¿sí? He pasado muchos años en el bosque y conocido a muchas criaturas, incluyendo a personas.

—Me dijiste cómo salir del bosque.

—¿Y tú qué hiciste por mí a cambio de eso?

Cinder titubeó y dijo:

—Te indiqué dónde estaban los cazadores.

—Los cazadores —el hada sonrió. Tenía dientes afilados y puntiagudos—. Ya te recuerdo, humana. Eso fue la diversión más jugosa que haya tenido en cien años.

Cinder recogió un mendrugo que había quedado del desayuno y lo partió en dos.

—Has cambiado —dijo el hada—. Estás más alta. Ya eres una mujer.

Cinder alargó el brazo para dar al hada la mitad del pan. El hada hizo ademán de tomarlo, pero vaciló.

—Compartes el pan con un hada. ¿Qué quieres de mí a cambio?

—Nada. Mi madrastra y mis hermanastras ya comieron su desayuno y eso significa que es hora del nuestro —Cinder dio un mordisco a su pedazo.

—Debo conocer el precio antes de aceptar favores.

—No es un favor, es el desayuno.

El hada siguió observándola fijamente, sin tomar el mendrugo.

—Está bien —suspiró Cinder—. Dime tu nombre, a cambio del pan.

La expresión del hada se relajó.

—Ah, tengo muchos nombres. Pero este mendrugo sólo amerita uno, me parece. Puedes decirme Snklkolehnalyn.

—Eso no lo puedo pronunciar.

—¿Qué me darás a cambio de un nombre que sí puedas pronunciar?

Cinder suspiró.

—¿Agua? ¿Qué te parece una jarra... no, un vaso de agua?

—Dos.

—Trato hecho.

—Puedes decirme Lalyn.

—Qué bonito nombre. Tú puedes decirme Cinder.

—¿Y qué significa?

—Ceniza, como la de la chimenea.

—Ya veo: un nombre oscuro y amargo. Me queda a mí mejor que a ti. ¿Lo cambiamos? ¿Te doy mi nombre y me das el tuyo?

—Lo haría, pero la familia de mi madrastra me seguirá diciendo Cinder sin importar que te lo haya dado.

—Eso podemos arreglarlo. Tú podrías ser yo y yo, tú.

Cinder miró a la desgraciada criatura encorvada en la jaula. Era un recordatorio de que las cosas siempre podían empeorar.

—No, gracias —dijo otra mordida a su mendrugo—. Si te dejo salir de esa jaula, ¿me prometes no hacerle daño a nadie ni armar un lío?

El hada lo pensó por un momento.

—¿Cuánto tiempo estaré afuera?

—Si cumples tu promesa, estarás afuera todo el tiempo que pases con nosotras, a menos que mi madrastra o mis hermanastras te obliguen a entrar otra vez, pero es poco probable, pues pensarán que estás sucia y tal vez quieran que sea yo quien se ocupe de ti.

—Trato hecho. Nada de daños, nada de líos.

Cinder sintió una punzada de inquietud al liberar la cerradura de la jaula.

El esclavista le había asegurado que las hadas estaban obligadas a comprometerse con sus dueños cuando las atrapaban. Mientras durara el acuerdo, Lalyn estaría ligada a Cinder y no podría lastimarla.

Pero Cinder no tenía plena confianza de ello. Quizás el esclavista no sabía que tenía consigo al hada que había matado a una docena de cazadores en esa famosa cacería dos años atrás, la que había dado inicio a la práctica formal.

CAPÍTULO 23



Cuando retiró el seguro a la jaula, Cinder dio un paso atrás. Lalyn se detuvo un momento, como si no pudiera creer que la puerta estuviera abierta. Despacio, avanzó a rastras y salió.

El hada se desdobló, alta y delgada. Su forma, encogida, era ahora la de un esqueleto. Su vestido, que alguna vez había sido hermoso, estaba descolorido y hecho jirones. Su cabello, alguna vez radiante, estaba lacio y sin vida.

Pero sus ojos no habían cambiado: seguían rezumando astucia y vigor.

Cinder dio otro paso atrás cuando los vio. No eran los ojos de una voluntad quebrantada. ¿Querría el hada vengarse de Cinder por todo el daño que otros le habían hecho?

—Quisiera un poco de carne —dijo Lalyn pasando la lengua por sus labios resecos—. Y algo de vino también. ¿Tienes carne y vino aquí, niña?

Cinder asintió.

—¿Qué quieres que haga a cambio de eso?

Cinder cortó una rebanada de la tarta de pichón que habían cenado la noche anterior y la puso en un plato.

—Quisiera que a cambio aceptaras mis obsequios de comida y bebida. Si aceptas mi trato, esta tarta y este vaso de vino de las reservas de mi madrastra son tuyos.

El hada vaciló. No parecía cómoda.

—Eres buena negociadora, niña, y te aprovechas de que estoy hambrienta —dijo, asintiendo—. Estoy de acuerdo y acepto, pero nunca más me verás acceder a una negociación tan humillante como ésta. Puedes tener la seguridad de que en el futuro te devolveré el agravio.

Dijo eso con voz suave y mirando, más que a Cinder, la comida, así que la joven se sintió lo bastante tranquila para ofrecer a Lalyn una generosa cantidad de tarta y un vaso completo de vino.

El hada pareció olvidar a Cinder mientras comía. Ingerió la tarta fría como si fuera un banquete preparado por un famoso cocinero. No la engulló como podría haberlo hecho una persona con

hambre común, sino que saboreó cada bocado y degustó cada sorbo de vino.

Cuando terminó, no agradeció a Cinder. Lo que hizo fue elegir un sitio en el rincón de la cocina, acurrucarse en el suelo y dormir.

El suelo estaba duro y frío, bien lo sabía Cinder, así que fue por unas cobijas para cubrir al hada dormida.

Luego subió al piso de arriba para buscar el único vestido que tenía, además del que llevaba puesto. Aun cuando estaba gastado y lleno de remiendos, se encontraba limpio y en mejores condiciones que el del hada. Ése habría que tirarlo a la basura.

Cinder dejó que Lalyn durmiera varias horas mientras ella se ocupaba de sus quehaceres. Mientras barría y cocinaba, sus hermanastras se probaban vestidos para hacerse una idea de lo que querían. Su plan era tener un atuendo listo para que el hada lo mejorara. Querían los vestidos y las joyas más extravagantes para destacarse en el baile.

Helene ayudó a sus hijas, pero en las pausas se probaba sus propios vestidos y examinaba su rostro. Todo mundo sabía que las hadas, con magia, podían hacer que alguien se viera más joven.

No sería permanente, pero Helene continuaba diciendo que sólo lo necesitaría por una noche. Cinder, sin embargo, estaba segura de que si Lalyn podía devolverle a Helene la juventud, ella querría quedarse con el hada sin importar el precio.

Cuando el hada despertó, vio la cobija que la tapaba y junto a ella el vestido bien doblado. Se quedó observándolo durante un largo tiempo.

—No pedí una cobija.

—Lo sé, fue un regalo.

—Los regalos son peligrosos. Un regalo siempre engendra otro.

—No hace falta que me ofrezcas algo a cambio.

—Los regalos pueden esclavizar. Los regalos pueden deformar y subvertir una relación entre dos criaturas. ¿Qué tan costosos me serán tus regalos?

Cinder respiró hondo pensando cómo permitir que Lalyn conservara su actitud digna.

—Puedes hacer que mi vestido parezca nuevo —Cinder no había tenido un vestido nuevo desde la muerte de su padre.

Lalyn hizo un gesto de asentimiento. Puso las palmas hacia arriba y las pasó sobre el vestido de Cinder, que se convirtió, de arriba abajo, en la prenda más hermosa que ella hubiera visto jamás. El corpiño azul titilaba y la falda, al moverse, caía como alas de mariposa.

Luego Lalyn hizo lo mismo para su propio vestido hecho jirones: se convirtió en una elegante creación de seda y gasa tan fina que casi no estaba ahí.

De la puerta de la cocina surgió un alegre grito ahogado.

—Ése es mío —dijo Tammy apuntando al vestido de Cinder.

—Y ése es perfecto para mí —dijo Helene señalando el de Lalyn.

—¿Y yo qué? —preguntó Darlene—. ¿Por qué siempre soy yo la que queda fuera? ¡No es justo!

—Tranquilízate, cariño —dijo Helene—: el hada te hará otro vestido. Estoy segura de que ése que tienes puesto puede convertirlo en lo que tú desees.

—¿Y qué obtendré si hago ese vestido? —preguntó Lalyn.

—Seguir con vida —dijo Helene—. Te compramos y podemos hacer contigo lo que queramos. Soy tu patrona y pagué muchas monedas por tus servicios. Ahora, haz lo que se te pide.

En vez de inclinar la cabeza, enfurruñada, Lalyn pareció interesada, como si por fin estuviera a punto de divertirse un poco.

—¿Me está pidiendo favores sin una retribución inmediata?

—Por supuesto. Soy tu dueña. Harás lo que yo mande.

—Como usted diga, madame —una sonrisita iluminó el rostro de Lalyn.

El hada levantó el viejo vestido que Cinder había dejado en el suelo y lo sostuvo frente a ella. Se transformó en una centelleante confección rosa de chifón y perlas.

Darlene aplaudió.

—¡Es perfecto! —dijo entre chillidos—. Gracias, mamá. Pero ¿podrías cambiar los listones por encaje? —le pidió a su madre y no al hada.

—Ya la oíste, hada —dijo Helene—. Cambia los listones por encaje.

Lalyn asintió. Por la mirada, daba la impresión de que estaba calculando, registrando. ¿Estaría llevando la cuenta de sus servicios?

Los listones se transformaron en encaje. Entonces, las tres empezaron a modificar los diseños: pedían diferentes tonos y más joyas en la tela. Cada vez, el hada asentía solemnemente con la cabeza, como si aceptara un trato.

Al terminar, exigieron que Cinder y el hada les entregaran sus vestidos. Para entonces, Darlene era la más satisfecha de las tres, dado que era la única cuyo vestido no estaba sucio.

Cinder se retiró su vestido y se paró en la cocina casi desnuda salvo por las enaguas. Pero el hada estaba peor, porque ni siquiera tenía enaguas.

Tenía los hombros y la espalda cubiertos de verdugones. Su delgada piel dejaba ver las protuberancias de su columna. Su cuerpo estaba entrecruzado de rasguños y cicatrices.

Al ver a la pobre criatura, a Cinder se le llenaron los ojos de lágrimas. En cambio, Helene tomó el vestido jubilosa. Cinder levantó una de las cobijas que había en el suelo y cubrió a Lalyn.

—No tenemos nada que ponernos —le dijo Cinder a su madrastra. Ella sólo tenía dos vestidos viejos, y los dos se habían esfumado—. ¿Podemos usar un par de tus viejos vestidos?

Helene hizo una pausa en su gozo y las miró.

—Aunque podría obligarlas a usar costales de papas, hoy me siento generosa. Niñas, denles sus vestidos más viejos.

—¿El hada podrá peinarnos, mamá?

—¿Y darnos joyas y zapatillas?

—Por supuesto que puede, mis amores. Por eso mamá la compró para ustedes —y volviéndose hacia Cinder ordenó—: Encárgate de que se vista y vaya a nuestros aposentos. Queremos ver qué más puede hacer.

CAPÍTULO 24



El resto de ese día y todo el siguiente, la madrastra y las hermanastras de Cinder continuaron pidiendo cosas al hada. Cada una probó innumerables estilos de peinado, joyas de diferentes tonalidades y cientos de zapatillas: todas ellas tenían una manía competitiva por el calzado y lo único que lamentaban era no poder usar más que un par para el baile.

Todo aquello le permitió a Cinder escabullirse por la tarde para entrenar con Silver, que continuaba abatida por la pérdida de su nieta, pero seguía vendiendo flores en el mercado y entrenando a Cinder.

—¿Quieres ir al baile? —le preguntó Silver mientras le asestaba un golpe con una vara larga.

Cinder bloqueó el lance con su propia vara.

—Es como si me preguntaras si quiero cenar un banquete. No va a pasar ni de casualidad, así que ¿para qué pensar en eso?

Cinder acometió a Silver con su arma.

Silver la esquivó con un golpe y brincó hacia ella.

—¿Tan lógica eres? ¿Tú no sueñas con un príncipe que te aleje de tu miseria?

Cinder se hizo a un lado, eludiendo apenas a Silver, pero al hacerlo perdió su vara.

—Supongo que una chica puede soñar un poco.

Pateó a Silver, quien la pateó de vuelta. Ambas conectaron un golpe sólido y ambas se recobraron rápidamente.

—A mí no me engañas, muchacha. Veo el anhelo en tu rostro, oigo los nostálgicos suspiros. Eres igual que todas esas bobas muchachas.

Silver recogió el arma de Cinder y se la entregó.

—¿Con qué sueñas tú, Silver?

Una mirada fría cruzó los ojos de la mujer.

—Mis sueños son secretos oscuros —respondió con mirada fría y una voz que sugería muerte.

—No puedes traerla de regreso, Silver, aunque mates a muchos.

—Lo sé mucho mejor de lo que puedas saberlo tú.

Entró a la casa a grandes zancadas y volvió con un atado de flores.

—Hoy no puedo ir contigo al mercado —anunció Cinder—. Tengo que ver a mi hada.

—Cuidado. Nunca confíes en un hada.

—No confío en ella. La tendré por un día más y luego regresará con su esclavista.

—No será fácil devolverla. Si hay algo que las hadas detesten, es el cautiverio.

—No tiene opción, igual que yo.

—Todos tenemos opciones, aunque no sean evidentes —Silver puso su atado de flores en la carreta y regresó por más.

Cinder ayudó a Silver a cargar la carreta para una entrega especial que tenía que hacer en casa de un acaudalado mercader. Luego se despidió y emprendió el camino a casa.

El sol se ocultó muy pronto, como ya iba siendo costumbre, tanto que hizo a la gente preguntarse con preocupación si el siguiente año habría siquiera algo de día. El camino no estaba iluminado más que por las estrellas, pues la luna todavía no era visible.

Un jinete se aproximó. Cinder se puso tensa, a pesar de que no había razón para temer a los jinetes ni en ese camino ni en ningún otro. Fuera de la cacería, casi nunca había asaltos.

Si dos personas tenían un conflicto, podían resolverlo en el bosque durante la cacería, donde no había reglas y podía hacerse lo que fuera. Sin reparos, sin consecuencias.

Lo mismo pasaba con la gente violenta que buscaba presas. Siempre podían esperar a la cacería, momento en el que podían hacer lo que quisieran con quien atraparan, siempre y cuando la presa se hubiera inscrito a la cacería. Y el Rey Oscuro se aseguraba de que hubiera suficientes incentivos para garantizar presas en abundancia.

Todo el tiempo que pudo, Silver pagó para que Cinder evitara las cacerías. Sin embargo, el Rey Oscuro subía las cuotas cada año, con lo que hasta los tutores de los niños con la edad para participar se veían tentados. Silver tenía que igualar ese precio para convencer a Helene de que no inscribiera a Cinder, hasta que llegó el día en que ya no pudo pagar.

Desde entonces, Helene había inscrito a Cinder a la cacería con cada luna llena.

Fue entonces cuando Silver le confió a Cinder un secreto. Cada noche de cacería, la abuela guerrera había estado vigilando un sitio en los confines del bosque. A quien merodeara por ahí lo rescataba y lo encaminaba hasta un lugar seguro. A veces, tenía que pelear para hacerlo, pero casi siempre se limitaba a ayudar a quienes estaban solos. Podía rescatar a dos aldeanos por la misma energía y el riesgo de pelear para salvar a una víctima de las garras de los cazadores. Entonces, tenía que hacer el duro balance y optar salvar a los aldeanos.

Pero ahora que Silver no podía evitar que Cinder fuera a las cacerías, ésta podía ayudar. Así pues, Silver le mostró el lugar donde se escondía. Ahora, con cada luna llena, Cinder corría directo a su escondite y ayudaba a Silver a rescatar a aldeanos. Siempre usaban máscaras para que nadie las reconociera.

—Mientras más gente conozca un secreto, es más probable que deje de serlo —dijo Silver—. Gente buena, gente mala, gente agradecida, hay de todo... Así pasa.

El Rey Oscuro conseguía a muchas presas para la cacería perdonando deudas. Cada año subía

los impuestos, y cada año había más y más familias que no podían pagarlos. Esa gente no tenía alternativas: ir a los calabozos y a los campos de trabajo, o inscribir cada mes a una familiar a la cacería hasta que se terminaran de liquidar sus deudas.

Sin embargo, esas deudas nunca se saldaban, porque los intereses subían cada año.

Era un círculo vicioso que esclavizaba a los pobres y los obligaba a inscribirse a la cacería, ya fuera a sí mismos o a algún familiar. La única ventaja era que la gente estaba relativamente segura el resto del tiempo. Los impulsos más violentos de los hombres se postergaban hasta la cacería.

Así que Cinder no estaba demasiado preocupada por el jinete solitario que se aproximaba. Sin embargo, tuvo una sensación extraña cuando de frente lo miró.

CAPÍTULO 25



El jinete oscuro trotó hacia ella. Se confundía con la noche. Sólo la sombra de su figura taciturna destacaba contra el tenue resplandor de la luna, que acentuaba las colinas detrás.

Vestía una capa oscura con capucha, como la mayoría de los soldados. Silver decía que a los plebeyos les intimidaba no poder ver sus rostros.

Tenía hombros anchos y piernas largas. Por los bordados de oro en la capa y en la brida del caballo, supo que se trataba de un rico mercader o, tal vez, un noble de alta cuna.

Lo extraño era que cabalgara solo. Casi todos los de su clase viajaban con guardias y servidumbre.

Cinder salió del camino para dejarlo pasar, pero el jinete redujo la velocidad y se detuvo frente a ella.

—¿No deberías estar preparándote para el baile? —su voz resonó profunda y masculina.

—Eso es para las *damas*, mi señor.

—Es para toda mujer que desee acudir.

El hombre se retiró la capucha. Era guapo, con ojos que no la evaluaban, sino sólo la miraban. Por lo general, a los nobles se les dificultaba notar a los plebeyos.

Incluso a la tenue luz, le resultó familiar.

—Me parece conocida —dijo él.

Escudriñó su rostro, su cabello, su vestido nuevo. Podía ser el vestido más viejo de su hermanastra, pero era el más bonito que Cinder hubiera usado desde que era pequeña.

—¿Dónde te he visto antes? —preguntó el jinete, ladeando la cabeza.

—No creo que nos hayamos conocido, mi señor.

Odiaba tener que llamarlo “mi señor”. Después de las cacerías a las que había sido sometida, detestaba a todos los Señores.

Pero ella también parecía segura de haberlo visto antes:

—¿Quizá fue el día de mercado?

—Quizá —respondió él, pero no sonaba muy convencido.

Atrás, otro jinete se acercaba a suave galope.

—¿Qué tienes ahí, Dante? —preguntó el nuevo jinete—. ¿No te parece que estás acaparando suficientes mujeres?

Dante.

Los recuerdos acudieron a Cinder en tropel. Los tres hermanos, que ahora eran dos.

El nuevo jinete debía ser Gallant. Ahora que sabía quién era, vio los rastros del muchacho que había sido. Tanto Dante como él estaban ahora más altos y guapos.

Cinder inclinó la cabeza, esperando que no la reconocieran. Había cambiado tanto como ellos desde la última vez que se habían visto.

—Levanta la cabeza —pidió Dante—. Quiero echarte un buen vistazo.

Ella levantó los ojos con una ligera inclinación de la barbilla.

—Testaruda —dijo Gallant—. Eso me gusta. No la has reclamado como tuya, ¿o sí, Dante?

—Yo no reclamo a mujeres hermosas, Gallant. Ellas vienen libremente a mí. También tú deberías intentarlo alguna vez así. Estoy seguro de que lo encontrarás refrescante.

—Que tú la hayas visto primero, no significa que no sea yo quien al final la capture.

Esa frase provenía de la cacería. Los hombres hablaban de “capturar” o “reclamar” a tal o cual muchacha. Cinder cerró los puños, irritada.

—No le interesa ser capturada —dijo Dante, al parecer desprovisto ya de su curiosidad inicial—. Vamos —y volteó hacia ella para despedirse—: ¿Quizá te veremos en el baile?

—Como le dije, mi señor, los bailes son para las damas —respondió Cinder.

—Todavía no estoy listo para seguir —dijo Gallant mirándola, pues la duda lo había picado más intensamente—. ¿Dónde te he visto antes?

Cinder sintió un escalofrío. Casi pudo sentir la soga del verdugo alrededor de su cuello.

Estaba a punto de inventar alguna excusa y salir corriendo cuando Dante volteó a su caballo para que Gallant ya no pudiera verla.

—Bueno, hermano, avancemos —pidió Dante—. Hay cosas que hacer y estás incomodando a la dama.

Gallant movió a su caballo para observar a Cinder.

—Sé que la he visto antes, quiero recordar dónde.

—Recuérdalo en algún otro momento, cuando no nos cause problemas. Adelante.

Gallant echó otro vistazo a Cinder y pareció considerar sus opciones. Al fin, sacudió la cabeza.

—No, mejor me quedo, al menos hasta que averigüe por qué me parece conocida.

Dante lo miró también, había algo en sus ojos. Cinder se preguntó si comenzarían a pelear, porque ésa sería buena ocasión para correr.

Pero no sucedió: Dante se apartó de su hermano y miró por encima del hombro a Cinder. Ella se sintió como conejo en una trampa. A la gente la colgaban por delitos menos graves que matar al hijo de un noble.

—Mi hermano es un tonto —añadió Gallant—, pero creo que ahora tiene razón. Los dos te

hemos visto, por improbable que parezca. Por lo general, las muchachas que veo me tienen sin cuidado, pero por alguna razón ahora me fastidia no recordar. Debe ser importante.

—A veces vendo flores en el mercado —dijo Cinder.

Gallant negó con la cabeza, se apeó del caballo y la barrió de arriba abajo.

Había crecido desde la última vez que la vio. Su cuerpo se había estirado y transformado; había cambiado de forma al convertirse en mujer, y en una mujer atlética.

—No es por las flores —dijo Gallant—, y no fue en los bailes. Si te hubiera visto en uno, habría reparado en ti. Y si Dante te hubiera visto antes, como ahora, ya te habría robado.

—Entonces, estoy segura de no saber dónde me vio. ¿Tiene alguna importancia?

No dijo “mi señor” entonces, y de inmediato supo que podía meterse en problemas por aquella falta, pero en ese momento no le preocupó.

Dio un paso atrás.

Gallant estiró la mano y la tomó del brazo para jalarla hacia él.

—¿Qué haces? —preguntó Dante a su hermano, montado en su caballo.

Gallant olfateó el cabello de Cinder.

—Por lo menos recordaría tu olor. El perfume del jazmín a medianoche. Eres una criatura enigmática.

El corazón le latía con fuerza en el pecho a Cinder. La última vez que un hombre la había sujetado había sido en aquella primera cacería en lo profundo del bosque.

La invadió el pánico y le costaba respirar. Lo apartó de un empujón con tanto brío que él la soltó e incluso se tambaleó.

Gallant la miró impactado.

—Bravo —exclamó Dante hacia su hermano.

Ella dio media vuelta y corrió hacia el bosque.

CAPÍTULO 26



Gallant la persiguió. Cinder alcanzaba a oír cómo crujían los arbustos cuando él los saltaba detrás de ella.

No conseguía aventajarlo demasiado: él tenía piernas más largas y mejor calzado.

Entonces se detuvo, se volvió y le lanzó un puñetazo.

Era obvio que él no lo esperaba, porque éste le conectó directo en el rostro.

Tras la conmoción inicial, enfureció. Levantó los brazos para devolverle el golpe con una mano y, con la otra, sostenerla.

Ella se agachó.

Ninguno de los puñetazos que él lanzaba la alcanzaron.

Gallant luchó entonces contra Dante, quien quiso contenerlo.

—¿Qué haces? —preguntó éste—. ¿Para qué desperdiciar energía en ella cuando podrías mejor estar peleando conmigo?

—¡Suéltame! —Gallant empujó a Dante—. Sólo la quieres porque yo la quiero. Si yo no hubiera mostrado interés, la habrías dejado en el barro.

Gallant, molesto, se acomodó el abrigo.

—No te voy a quitar a nadie, hermano —dijo Dante. Sólo creo que podrías desahogar tus frustraciones en alguien de tu tamaño.

—Quédatela si quieres —respondió entonces Gallant, despectivo—. Mientras tú pierdes el tiempo con una plebeya, yo buscaré compañía apropiada.

Al pasar junto a Dante, le dio un empujón. Éste no se molestó en responder la agresión.

Tanto Cinder como Dante exhalaban de alivio cuando Gallant se montó en su caballo y salió galopando hacia la noche.

—Está pasando por días tensos —lo disculpó Dante—. Por lo general, no es tan grosero.

El corazón de Cinder seguía acelerado y lo único que quería ella era salir corriendo. No

deseaba quedarse ahí escuchando cómo Dante justificaba a su hermano.

Retrocedió un paso, lista para correr y seguir adentrándose en el bosque.

—Si fuera tú, no haría eso —recomendó Dante—. Allá dentro no es un lugar seguro.

—Aquí tampoco.

—Tienes razón. ¿Regresamos al camino?

Ella vaciló.

—Mi señor, primero.

Él esbozó una sonrisa.

—¿Y si vamos juntos, codo con codo? ¿Como iguales?

Era inaudito que un noble considerara a una plebeya como su igual. Quizá la había tomado por una igual por su bello vestido y la luz tenue, o tal vez sólo estaba burlándose de ella.

—Vamos —dijo él—. Me sentiría fatal si un hada salvaje te llevara.

Cinder caminó, pues, a su lado, aliviada de no tener que adentrarse en el bosque.

—Pensaba que el rey ya había atrapado a todas las hadas salvajes —dijo ella.

—Siempre hay más. Mi padre dice que nunca hay que confiar en las hadas. Para ellas, engañar es como comer y beber.

—Si me trataran como a ellas, yo también engañaría.

En cuanto salieron las palabras, lo lamentó. Decir lo que fuera a favor de las hadas rayaba en traición.

—Debes tener cuidado con lo que dices.

—Eh... Me refiero a que...

—Por mí no tienes que preocuparte.

—¿Por qué no?

Ya estaban en el camino, el mismo que había recorrido con él años antes, cuando lo conoció. Aún recordaba aquella noche, cuando rio y le arrojó lodo a un muchacho noble. No se había vuelto a sentir tan libre desde entonces.

Él se acercó a su caballo y tomó las riendas. Luego caminó hacia ella guiando su montura.

—Te acompañaré hasta tu casa.

—¿Por qué?

—Deseo compañía.

Dante parecía atento mientras la observaba a la luz de la luna que estaba por desaparecer.

—Por mí no tienes que preocuparte —repitió—. No te denuncié por lo que pasó la última vez que estuvimos juntos.

Cinder estuvo a punto de tropezar. La recordaba.

¿Y ahora la detendría? ¿La mandarían colgar por matar a su hermano? La horca era tal vez un castigo demasiado misericordioso por matar a un noble. Quizás sufriría días de tortura previos a la ejecución pública.

Cinder lanzó una mirada al bosque. ¿Podría correr más rápido que él? Si no era así, ¿podría derrotarlo en un combate?

Dante la superaba al menos por una cabeza de estatura. También se había fortalecido desde la última vez que lo había visto, así que, de llegar a eso, el pleito no sería cosa fácil.

—No huyas —dijo él—. No voy a entregarte.

Ella quería creerle, pero prácticamente oyó a Silver susurrarle si valía la pena arriesgar su vida.

Cinder siguió alejándose cuando pensó en eso, pues quería estar fuera de su alcance por si necesitaba correr, así que poco a poco continuó apartándose de él y acercándose al límite del bosque.

—Tendrá que perdonarme, mi señor, por no estar dispuesta a arriesgar la vida por su palabra —le dijo.

—¿Me estás llamando mentiroso?

Cinder se quedó sin aliento. Había entrado en un juego peligroso.

—No, mi señor, por supuesto que no. No me atrevería a insultarlo.

—Ay, por favor, no hagas eso.

—¿Que no haga qué, mi señor?

Dante suspiró.

—Me gustaba más cuando eras sincera y pensabas que yo era el bastardo de un noble. Me hacía sentir como un aventurero o un pirata.

—¿Aventurero? —dijo Cinder arqueando la ceja.

—Justo de eso estoy hablando —respondió alzando una ceja—. ¿Sabes cuándo fue la última vez que oí a alguien hablar libremente a mi alrededor?

Cinder tuvo que esforzarse para no soltar un “¿Debería importarme?”.

—La respuesta es nunca —dijo él—. Es asombrosamente refrescante. Anda, dime lo que en verdad piensas, sin llamarme “mi señor” ni rebajarte ante mi talla.

—¿*Rebajarme*? La última vez que lo vi, era más bajo que yo.

—Ajá, a eso me refiero: un poco de honestidad. Y habrás podido observar que ahora soy bastante más alto que tú. Y más grande, también.

—No *bastante*.

—Bastante. Y más grande, no lo olvides. También más fuerte, claro está.

—¿Estas cosas en verdad le importan? ¿Así es la vida de un noble? Porque puede ser que no le resulte fácil obtener compasión de las víctimas a las que los suyos cazan con la luna llena.

Dante palideció y dijo:

—Tienes razón, no puedo comparar mis problemas con los de la mayoría de la gente de Medianoche.

—¿Qué clase de problemas tiene una persona con sus privilegios?

—Bueno, nunca paso hambre ni tengo que dormir bajo la lluvia, pero por un comentario desatinado podría morir. Es agradable tener un momento en el que no tengo que jugar a la política ni considerar la posición de otras personas.

—Su hermano parece haberse librado de esa *carga*.

—Gallant tiene que lidiar con la política y vivir de los planes de la gente tanto como yo. Por eso, a veces estalla. Pero no es una mala persona, no en realidad.

—Sin embargo, no confía en él.

Dante suspiró.

—No. Ni siquiera en mi propio hermano puedo confiar.

—¿Por qué?

—Hay demasiado en juego.

Cinder no tenía idea de qué estaba hablando, pero sentía curiosidad. ¿Quiénes eran estos muchachos ya convertidos en hombres? ¿Qué había pasado después de que los dejó mirando el cadáver de su hermano en el bosque?

—Si quiere, puede hablar conmigo —dijo Cinder—. No soy nadie. No tengo dinero ni una familia con un nombre. De mí nunca saldrá una habladuría que pueda afectar su círculo social.

Dante levantó la mirada hacia el cielo estrellado, donde las dos lunas crecientes empezaban a posicionarse, entonces preguntó:

—¿Crees que la noche adelante al día para que el sol no vuelva a salir?

—Espero que no. No podemos vivir en la perpetua oscuridad. Tiene que saberlo el rey, que pronto igualará el día y la noche.

—Qué ingenua eres. ¿Los plebeyos siguen creyendo que el rey controla las lunas y las estrellas?

—Claro. Él soltó a las lunas crecientes, ¿o no?

Durante unos pasos, Dante permaneció en silencio, como si debatiera consigo mismo.

—No, él no lo hizo —respondió en voz baja.

—Pero...

—A esas lunas crecientes las llamó alguien más, algo más.

—¿Qué podría tener suficiente poder para llamar a las lunas? Sólo el rey tiene... —entonces miró a Dante, con los ojos muy abiertos, cuando al fin lo comprendió.

Las hadas.

No pudo evitar mirar alrededor, a los árboles que flanqueaban el camino.

—¿Por qué me dice todo esto? —preguntó Cinder.

—No lo sé. Porque no puedo decirlo a alguien más. Porque mi hermano sigue creyendo en el poder del rey, y no quiere, o no puede, abrirse al hecho de que la guerra continúa.

—¿Qué? ¿Usted también? No parece tan viejo para creer eso.

—¿De qué hablas?

—Sólo los abuelos dicen que las Guerras Salvajes continúan. Es como si no pudieran dejar la guerra atrás.

—Tienen razón. Las hadas sólo han estado tomando un descanso. Para ellas, éste podría durar unos cuantos días o todo un siglo, pero cada mes la luna se alarga más y el rey se torna más...

Miró alrededor para asegurarse de que nadie estuviera escuchando, a pesar de que eran los únicos en el camino.

—¿Más qué?

—Olvidalo, no debí decir eso.

Ya la luna en cuarto creciente estaba arriba, en el horizonte. Detrás de ella, las puntas de las lunas crecientes se asomaban por encima de las colinas.

—Puede hablar conmigo —dijo Cinder—. No soy más que una extraña. Soy yo quien debería temerle. Es evidente que mi señor es alguien de alcurnia que podría ordenar mi ejecución cuando

le plazca.

—Sin embargo, no me temes —añadió Dante—. Haces preguntas. No me agobias con falsas adulaciones. Me rebates como si fueras mi igual.

Por unos instantes, Cinder sintió miedo. Estaba con alguien acostumbrado al poder, quizá más de lo que ella había pensado. Respiró hondo e hizo acopio de valor.

—Está oscuro y nunca nos volveremos a ver —aventuró—; entonces, ¿qué importa que hablemos con libertad? Incluso si un día volviéramos a vernos, yo seré una plebeya y usted nunca reparará en mí.

—Quizá, pero lo dudo. Tienes la habilidad de atrapar mi atención.

Estaban por llegar a las primeras casas de Medianoche, donde había tantas luces titilando en las ventanas que pronto podría contemplar el rostro de Cinder.

Sería una tontería mayúscula dejarlo verla. Él quizá creía no pasarla por alto entre la multitud, pero ella estaba segura de que él haría justo eso siempre y cuando no la recordara bien.

De pronto, Cinder dio media vuelta y corrió hacia el bosque. Era un lugar que siempre evitaba, pero estaban ya casi en el pueblo, donde menos macabro era el bosque. Parecía valer la pena el riesgo en comparación con la alternativa.

Cuando ella se volvió para mirar atrás, Dante estaba en pie, apenas iluminado por las luces del pueblo, viéndola huir de él.

CAPÍTULO 27



Cinder corrió, pero no se adentró lejos. Todo mundo sabía que con el bosque no se juega, ni siquiera cerca del pueblo. Si las hadas salvajes no te atrapaban, había muchas otras criaturas que sí lo harían, incluso en una noche sin cacería de luna llena.

Así que se quedó en el lindero del bosque y desde ahí vio a Dante, parado bajo la luz de la luna, con los amplios hombros proyectando una sombra oscura. Parecía estar mirando los árboles entre los que ella había desaparecido.

—¿Quién eres? —lo escuchó preguntar. La luna iluminaba el vaho que salía de su boca al hablar.

El viento llevó el susurro de su voz hasta los oídos de Cinder. Pero ella no respondió, y no se movió.

Dante finalmente dio media vuelta y regresó a su montura. Ella vio su figura desaparecer cabalgando a lo lejos.

Su corazón se aceleró en su carrera de regreso a casa. Intentó pensar en lo que fuera excepto en aquellos dos muchachos, pero, por supuesto, era lo único en lo que reparaba su mente.

Se habían convertido en dos hombres bien parecidos. Era más fácil pensar en Gallant, porque hacia él no albergaba sentimientos encontrados. Y era más difícil sacar a Dante de su cabeza.

Él la recordaba bien.

Y se había negado a entregarla a la horca. Al menos por ahora. Haría bien en recordar que los nobles jugaban partidas que ella no podría comprender.

El rey, por ejemplo, había dicho a sus hijos que si alguno de ellos era tan descuidado para ser engañado por el encanto de las hadas no merecería heredar el reino; por eso permitió que las hadas capturadas complacieran a cualquier mujer que pudiera pagar por sus servicios.

Ahora había incluso la posibilidad de que una de las hermanastras de Cinder terminara casada con uno de ellos a pesar de ser plebeya. Y si el hada era lo bastante poderosa, un príncipe podría

casarse hasta con su madrastra.

¿No se enojaría el príncipe cuando descubriera que había sido engañado por la magia de las hadas? Así era como el Rey Oscuro quería que uno de sus hijos fallara, para poder elegir al otro como heredero. ¿Qué clase de persona juega así con sus propios hijos?

Los nobles y la realeza: esa clase de personas.

Por supuesto, también se decía que el Rey Oscuro no tenía intenciones de morir nunca. Ese rumor era más verosímil. La gente decía que esa era la raíz de su obsesión con capturar a las hadas. Se necesitaría una muy poderosa para evitar la muerte, un hada más inusual que un alma pura criada en un reino oscuro.

Esa noche, Cinder se quedó dormida con el rostro de Dante en la mente. La había reconocido. Después de años de intentar olvidar lo que había ocurrido, su pasado venía a perseguirla.

Soñó con asesinato y cacería y luna llena. Con sangre escurriendo por sus manos, sin saber si era suya o de alguien más. Soñó con Ruby, la nieta de Silver, pidiendo ayuda, y soñó que no conseguía encontrarla en el profundo y oscuro bosque.

Al día siguiente, Cinder bajó corriendo las escaleras antes de que saliera el sol. Exhausta, como de costumbre, y desgastada por tanto trabajar, se le hacía tarde para el entrenamiento en casa de Silver.

—¿Por qué te quedas aquí? —preguntó el hada.

A Cinder prácticamente se le había olvidado su presencia. Lalyn llevaba un vestido rosa de gasa con demasiados moños. Cinder lo reconoció: era uno de los vestidos viejos de Tammy. La parte inferior apenas cubría las rodillas del hada. Sus pantorrillas y tobillos rasguñados se veían por debajo del dobladillo.

—¡Ay, pobre criatura! —dijo Cinder—. ¿Qué hacemos con ese vestido? Podemos quitar los moños y tal vez cortar la gasa. Con el uso diario, seguro se va a rasgar.

—¿Por qué no las asesinas mientras duermen? —preguntó Lalyn—. ¿O si les pones veneno en el desayuno? ¿O las apuñalas muchas veces con los cuchillos de la cocina? —parecía una auténtica curiosidad en voz del hada salvaje.

Lalyn tomó con indiferencia un cuchillo y pasó un dedo por el filo.

—Eres mucho más fuerte que ellas, con todo el trabajo que haces —los ojos etéreos de Lalyn parecían hipnotizados por la hoja.

—Corres y levantas pesados calderos mientras ellas holgazanean todo el día. Sabes blandir un cuchillo, yo te he visto. ¿Por qué dejas que sean tus amas si puedes dominarlas por la fuerza?

Cinder se quedó pensando en eso. En sus peores días, fantaseaba con hacerles cosas malas a su madrastra y sus hermanastras, pero nunca se lo tomaba en serio. No tenía duda de que los actos verdaderamente atroces perseguirían a una persona por el resto de su vida.

—El mundo está lleno de horrores, no necesito aportar más.

Lalyn se encogió de hombros y dejó el cuchillo.

—Es horrible por menos de una hora; después, el resto de tu vida queda libre de horrores. Vale la pena.

—No voy a asesinar a mi familia.

—No son tu familia. Sólo viven en la misma casa.

—Es mi familia adoptiva —al menos eso le había dicho Helene cuando murió su padre. Y eso era lo más cercano a una familia que tenía, ¿cierto?

—Sólo en el sentido en que los sirvientes y los esclavos son parte de la casa.

—No siempre fue así. Mi padre me consentía —dijo Cinder con una sonrisa nostálgica.

—¿Dónde está tu padre ahora?

La sonrisa se esfumó. Eso no quería responderlo. Helene había dicho que su padre se había casado con ella para que Cinder no estuviera sola cuando él se hubiera ido.

—¿Nunca se te ha ocurrido que pueden haberlo matado por cualquier razón que la gente tenga para cometer ese acto?

No, nunca se le había ocurrido, pero no porque no supiera que esas cosas ocurren. En tierras del Rey Oscuro, esas cosas ocurrían con alarmante regularidad.

Pero su madrastra no haría algo así. Era buena para acosar e intimidar, claro, pero no era una asesina. ¿O acaso Cinder no sabría si había una asesina viviendo bajo su propio techo?

Una pequeña voz le dijo que su madrastra no sabía que vivía con la asesina de un noble. Porque eso era Cinder, ¿o no? Una asesina. Quizá se justificaba porque había sido para salvar a su amiga, pero eso no cambiaba el hecho de que había matado. Y además, frente a testigos, frente a aquellos dos hermanos.

El rostro de Dante volvió a aparecer en su cabeza. Quiso apartarlo, pero en su mente quedó un residuo borroso.

—Deja de sugerir maldades —dijo Cinder dirigiéndose a la puerta—. Todos tenemos razones para permanecer donde estamos. Eso no significa que estaremos ahí para siempre.

Lalyn torció la boca, divertida, y miró a Cinder salir de la casa. Incluso con ese vestido heredado, el hada lucía majestuosa.

CAPÍTULO 28



Cinder y el hada estuvieron ocupadas por el resto del día. Cocinaron, fregaron, hicieron vestidos y accesorios, oyeron a las hermanas hablar sin parar sobre el baile venidero. Había mucha especulación entre las mujeres del pueblo acerca de cuándo exactamente tendría lugar el trascendental acontecimiento.

—No puedo creer que todavía no hayan anunciado el día —dijo Darlene poniéndose otro collar hecho por Lalyn.

—Es parte de la diversión —dijo Tammy probándose el enésimo par de zapatillas.

Cinder no prestaba mucha atención a los rumores y suposiciones. La mitad del tiempo se maravillaba de la habilidad que tan desaliñada hada poseía para la confección de ropa. Era evidente que Lalyn había visto muchos bailes en su momento, porque su sentido del gusto era impresionante. Las jóvenes ya estaban hablando de comprarla para siempre cuando se hubieran convertido en reinas y damas de alcurnia.

La otra mitad del tiempo, Cinder se preocupaba por la cacería de luna llena, ya cercana. Era la mayor de todo el año y la gente se preguntaba si el baile tendría lugar un día antes o uno después de la cacería real. Del Rey Oscuro bien podía esperarse que juntara semejante espectáculo sangriento con el mayor acontecimiento romántico de una generación.

A la mañana siguiente, por fin se anunció la fecha: el baile de los príncipes tendría lugar justo la noche de la cacería.

—¿Cómo es posible? —preguntó Tammy mientras intentaba salir del mercado a empujones.

La familia entera había ido con Cinder al mercado para escuchar el anuncio que todo mundo sospechaba. Ese día, podían verse incluso las ricas hijas de los mercaderes entre la multitud. Todo mundo hablaba del baile mientras caminaba entre los puestos.

—El baile empezará a última hora de la tarde —dijo una mujer robusta a sus hijas. Estaba enjoyada y empolvada como corresponde a una verdadera dama. Comparadas con ella y sus hijas,

la madrastra y las hermanastras de Cinder parecían simples campesinas.

—Sé de buena fuente que el baile empezará con tiempo suficiente para que se hagan las presentaciones y se sirva la cena antes de la medianoche —dijo la mujer—. Este año, la cacería real dará inicio hasta entonces. Los hombres saldrán a la hora marcada y pondrán todo su empeño en hacer lo que sea que ellos hacen en el bosque cuando hay luna llena.

—Pero entonces sería un baile muy corto, mamá —dijo una de sus hijas; llevaba un conjunto en tonos azules y amarillos claros—. Es el acontecimiento más importante de mi vida, ¿y terminará en unas cuantas horas?

—¿Cómo vamos a impresionar a los príncipes si apenas habrá tiempo de que nos presenten? —preguntó la otra hija; su vestuario combinaba tonos verdes y plateados.

—No hay de qué preocuparse, dulzuras —la espléndida dama les dio unas palmaditas a sus hijas—. Nos aseguraremos de que ustedes sean las primeras en la fila para las presentaciones con los príncipes. Después de eso, pueden estar tranquilas de que el baile continuará tras la cacería. Los hombres regresarán, ya lo verán. Siempre regresan con sus damas, y ahora no será la excepción.

Las chicas se veían preocupadas; las hermanastras de Cinder, también.

—¡Ánimo, jovencitas! —dijo la gran señora—. Es la oportunidad que todas hemos estado esperando y tenemos la ventaja de contar con la mejor hada de modas del reino. Su padre se aseguró de que así fuera.

—¿Cómo sabemos que eso es cierto siquiera? Papá carece por completo de cualquier sentido del gusto.

—Porque tu padre y yo movimos algunas influencias, primor, y adquirimos a nuestra hada de la cacería más reciente, pues tienen más poder así. Para nosotras, nada de esclavas sucias e inservibles. Ésas son para las campesinas y las novatas.

Las damas se alejaron lentamente entre los puestos del mercado.

Las hermanastras de Cinder parecían alicaídas.

—¿Es cierto eso? —preguntó Darlene—. ¿Tenemos un hada de segunda categoría?

—Estoy cansada de que todas nuestras cosas sean de segunda categoría —dijo Tammy—. ¿Por qué mamá no se casó con un hombre más rico?

—Tal vez mamá lo haga ahora —dijo Helene, que se mostró irritada con sus hijas. Su rostro tenía menos arrugas que un par de días atrás. Su cuello flácido empezaba a reafirmarse y Cinder no había visto sus labios tan carnosos en años.

—Ay, mamá —dijo Darlene—, quizás encuentres en el baile a un gordo mercader que te colme de regalos.

—Y que pueda darse el lujo de colmarnos a todas de regalos —dijo Tammy viendo a Cinder con mirada maliciosa. A ella nunca le había agradado el padre de Cinder y siempre se aseguraba de hacérselo saber.

—Quizá logre algo incluso mejor —dijo Helene—. Vamos, niñas.

Cinder sabía por Laly que Helene albergaba mayores ambiciones que conseguirse un simple mercader. En todo momento presionaba al hada para que la hiciera ver más joven, más juvenil en todo sentido: piel, cabello, tono muscular. Su madrastra estaba recuperando su figura de antaño.

Para cuando saliera la luna llena, Helene se vería tan jovial como sus hijas.

Pero todo mundo sabía que el encanto de un hada sólo duraba un día. Las viejas historias decían que incluso si la mejor de las hadas empleaba poderosos hechizos de magia a lo largo de un tiempo, el encanto final sólo duraría un día, a menos que éste se renovara. Se habían escrito canciones infantiles sobre eso desde antaño, en los tiempos en que la gente y las hadas tenían justo trato entre sí.

Pero a Helene no parecía importarle que el encanto fuera temporal. Continuaba haciendo que Laly lo volviera a aplicar cada día. En cuanto regresaron del mercado, Helene llamó al hada a sus aposentos.

Mientras Laly aplicaba la magia, Cinder terminó con sus quehaceres tan rápido como pudo y corrió a casa de Silver. Con el baile tan próximo, nadie la vio salir.

Entrenó en el jardín a pesar de que Silver no estaba. Se avecinaba la luna llena. Cinder ya llevaba años de duro entrenamiento, pero nunca se sentía satisfecha. Había aumentado la probabilidad de vencer a un cazador, su cabeza lo entendía, pero su corazón sabía que ellos se movían en grupo.

Silver había seguido entrenándola y protegiéndola en el bosque, pero nunca había garantía. Cada mes, la luna llena impulsaba a Cinder a entrenar más arduo.

La luna iba creciendo y llenándose; junto con ella, los temores de Cinder también crecían.

CAPÍTULO 29



Cinder entrenó arduamente, pero aún sentía esa energía nerviosa cuando llegó el momento de volver a casa. Esperaba que su carrera de regreso en el frío aire nocturno la ayudara a relajarse para conseguir dormir esa noche. La cercanía de la luna llena volvía el sueño algo más necesario.

El sonido de los grillos y las ranas en el fondo la acompañaron en su carrera de regreso a casa bajo las estrellas.

Estaba a mitad de camino cuando alguien salió de entre las sombras, cerca de los lindes del bosque.

Era un hombre, y se dirigió al sendero antes de que ella tuviera tiempo de asimilar lo que veía.

—Ya era hora —dijo Dante bloqueándole el paso.

Ella bajó la velocidad y Dante se unió a su carrera.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Cinder, que ya se había cansado de hablarle apropiadamente.

—Te esperaba. ¿Qué más estaría haciendo aquí de noche?

—¿Por qué?

—Porque te fuiste de manera muy grosera en medio de nuestra conversación.

—Ya era hora de irme.

—¿Por qué huiste de mí?

—¿Qué no es obvio?

—Te dije que no te entregaría. Yo tendría que dar tantas explicaciones como tú, y Gallant también. Todos estaríamos en problemas si contáramos lo que pasó.

—Tú y tu noble hermano estarían en problemas, pero a mí me torturarían y colgarían.

—Nadie te va a torturar o colgar.

—¿Cómo lo sabes?

—De eso, me encargo yo.

Cinder soltó una carcajada.

—Sólo el rey puede hacer semejante promesa, e incluso a él no le creería.

—Tal vez tengo más influencia de la que imaginas.

—Eso es todavía peor. Nadie debería creerle a alguien que alardea de su poder e influencia.

Ella pensó en Helene, quien había convencido a Cinder de que le dijera madrastra, sobre todo frente a otras personas, y prometido cuidarla. Había dicho que amaba al padre de Cinder y que no imaginaba a su pequeña hijastra valiéndose por sí misma en el mundo cruel.

Helene prometió ser la madre que Cinder nunca conoció. Pero sólo podía hacerlo si el mundo creía que había estado casada con el padre de Cinder. Y Cinder le creyó. Sólo por dos semanas, mientras Helene convencía al mundo de que se había casado con el padre de Cinder justo antes de que éste muriera, Cinder había creído que no estaría sola.

—Suena a que tienes algo de experiencia con gente poderosa —dijo Dante.

—No alguien con verdadero poder en la sociedad, sólo sobre mí.

—Lamento oír eso.

Caminaron juntos en silencio.

—Quizá deberíamos hablar de cosas menos oscuras —dijo Dante.

—¿En Medianoche hay cosas que no sean oscuras? —respondió Cinder en tono burlón.

Él se encogió de hombros:

—Aquí sigue habiendo vida. Tanto los temas oscuros como los más luminosos forman parte de ella.

—¿Vives aquí o sólo vienes de visita? —lo interrumpió Cinder—. Porque cualquiera que viva aquí sabe que eso no es así.

—Oh, yo sé muchas cosas, pero me siento obligado a decir la verdad, y la verdad es que incluso en Medianoche hay temas agradables.

—¿Qué tema agradable tienes en mente?

—Mmmm —Dante lo pensó por un momento, con lo cual demostraba que en Medianoche no era tan fácil pensar en temas agradables—. Ah, ya sé. Cuéntame si alguien te está cortejando.

Ella lo miró como si fuera un tonto.

—¿Cortejando? ¿A mí?

—Claro. No eres de tan mal ver, o al menos no a la tenue luz de la noche, que es como siempre te he visto. Que yo sepa, podrías tener dientes torcidos y nariz con granos, pero estoy seguro de que hay caras aún peores.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Pues, para que lo sepas, tengo los dientes rectos y mi nariz... bueno, grumosa no es.

—¿En verdad? La próxima vez me vas a decir que eres hermosa a la luz de las estrellas.

—Nunca diría algo así —respondió viéndolo de reojo.

—¿Pero otros sí lo hacen? ¿No le dicen que sus corazones palpitan por usted, bella dama? —dijo esto con una vistosa reverencia, evidentemente haciéndose el gracioso—. ¿Le cantan versos y le dicen que serán sus héroes bajo las estrellas? ¿Le dicen que debería permitirles cortejarla porque rescatan a las damiselas, defienden a los pequeños cachorros y son amigos de los mininos? —dijo moviendo los brazos en grandilocuentes aspavientos.

Cinder esbozó una tímida sonrisa.

—No, no lo hacen. Pero tienes razón: deberían. No sé qué esperan.

—Definitivamente. Estoy seguro de que una Reina de las Hadas envidiaría su rostro. Un buen día lo veré a la luz y lo comprobaré con mis propios ojos. Su voz, sin embargo, ya la atesoro. Es una voz de pájaro cantor, y tiene una cabellera que resplandece más que la luna. Usted, bella dama, merece ser reina. Eso es lo que todos los muchachos que la conocen deberían decirle.

Cinder puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, pero no pudo evitar sonreír con su florido discurso.

—¿Reina?

—¿Mi señora?

—¿De que reino podría ser yo la reina?

—Mmmm —se llevó la mano a la barbilla—. Es verdad que Medianoche no merece tanta belleza. ¿Qué le parece el reino de Para Siempre?

—¿La tierra del oro y del sol eterno? ¿Donde todo mundo disfruta del amor y vive entre hermosos prados y todas las noches se festejan banquetes?

—Así es. Ninguna otra tierra es digna de tan magnífica criatura como mi bella dama.

—¿Estamos hablando seriamente?

—Por supuesto. No hay algo más auténtico que el reino de Para Siempre. ¿Quién no cree en los rayos de sol que lo bañan cada día y en unicornios que hacen cabriolas por sus campos?

—¿Hay unicornios en Para Siempre?

—¿Por qué no? —dijo Dante encogiéndose de hombros.

—Conozco una verdad.

—¿Cuál?

—Usted, caballero, no puede seguirme el paso —sugirió Cinder.

—¿Qué dice?

La muchacha se lanzó a la carrera en el sendero pedregoso sin previo aviso.

—¡Hey! —dijo Dante, divertido, mientras corría para alcanzarla.

Cinder tenía mejor condición física que la última vez que los dos habían corrido ese sendero. No supo por qué había hecho eso, sólo que se sentía vigorosa y libre en ese preciso momento.

A Dante casi no le costó esfuerzo alcanzarla. Luego la rebasó por una cabeza, lo suficiente para voltear y burlarse fingiendo un bostezo.

Ella corrió hacia un charco, chapoteó para enfangarlo y salió corriendo. En el siguiente charco, él brincó con tanto entusiasmo que la suciedad la cubrió por completo.

Cinder soltó un chillido femenino y se lanzó a perseguirlo amenazándolo con hacerle daño.

Cuando llegaron al pueblo, todos enlodados, seguían carcajeándose, igual que cuando se conocieron.

E igual que esa primera vez, años atrás, la gente se asomó por los postigos de las ventanas y detrás de puertas cerradas.

Ahora era todavía más extraño oír risas, tanto que mucha de esa gente no había escuchado a alguien reír desde la última vez que aquellos dos habían estado afuera de sus casas.

Esta vez, nadie arqueó las cejas en señal de desaprobación. Esta vez, todos se sintieron un

poco sobrecogidos. Esta vez, algunas personas incluso estaban un poco asustadas, porque la situación les resultaba de lo más ajena.

No pudieron evitar asomarse y mirar a la pareja mientras jugaban en el lodo, riendo tanto que parecían haber olvidado por completo que se encontraban en el reino de Medianoche.

Después de verlos un minuto, algunos cerraron los postigos de sus ventanas, tal vez temerosos de lo que podría pasar si los sorprendían disfrutando unas risas, aunque fueran de alguien más.

El joven en la calle levantó la mirada, sonriente, cuando oyó las ventanas cerrarse. Quienes estaban asomados vieron a la muchacha escabullirse entre las sombras de un callejón mientras él volteaba para otro lado.

Cuando él se giró para decirle algo, ella ya no estaba.

El hombre miró alrededor, pero nada se movía entre las sombras de las casas.

Cuando lo vieron buscando a la muchacha, las sonrisas secretas de los espectadores se apagaron. Algunos siguieron observando hasta que él se rindió. Se encorvó y se marchó solitario por la calzada.

Quienes observaron hasta perderlo, recordaron por qué ellos mismos ya no reían.

Era demasiado duro cuando la diversión terminaba.

CAPÍTULO 30



Cinder no había visto en el reino una noche con semejante ajetreo. A las mujeres les preocupaba más el baile que la luna llena.

Todas las habitantes de Medianoche estaban preparándose. Los precios del listón y de la joyería alcanzaron niveles absurdos, dado que no todas habían conseguido poderosas hadas.

Las zapatillas eran especialmente difíciles de hallar, pues toda mujer quería impresionar a los príncipes con su calzado. Se rumoraba que a ellos les gustaban esas cosas.

Cinder, harapienta, corría de un lado a otro tratando de hacer todo lo que sus hermanastras le pedían. Por suerte, Helene se había encerrado en sus aposentos con Lalyn casi todo el día.

A las cinco de la tarde, las hermanastras estaban abajo, listas para partir. Inquietas e impacientes, esperaban a que su madre bajara. Cuando al fin apareció, las muchachas emitieron un grito ahogado al unísono.

Helene se veía como si estuviera en la flor de la edad. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios carnosos; su cabellera caía en cascada y la rodeaba en una intrincada cortina de rizos.

—¡Mamá, no es justo! —reclamó Darlene—. ¿Y si eres tú la que atrapa a un príncipe esta noche? Eso me quitaría a mí una oportunidad.

—Sería una ironía —comentó Tammy—. El príncipe estaría muy molesto por la mañana, cuando se hubiera perdido el encanto.

La madrastra apretó los brillantes labios.

—¿Qué les hace pensar que no me veré así para siempre?

—Que el hada no es nuestra —dijo Tammy; por su tono, parecía estarle hablando a una niña boba—. Tenemos que devolverla después del baile, mamá.

Helene esbozó una sonrisa cómplice.

—Bueno, pues todas nos vemos preciosas. Habrá muchos solteros adinerados en el baile, y comprometerse es el objetivo de esta noche. Si los príncipes lo hacen, el resto de la nobleza lo

hará. Así, pues, jovencitas, príncipe o no, quizá todas volvamos con un anillo en el dedo esta noche.

—¡Oh, mamá! —Darlene aplaudía con ojos centelleantes.

—Qué lista eres —exclamó Tammy con admiración.

Cinder se preguntó si Dante estaría en el baile. Helene tenía razón. Allí estarían todas las familias nobles, e hiciera lo que hiciera la familia real, los nobles la imitaban.

Dejar a Dante había sido más difícil de lo que sospechó. No sabía si volvería a verlo, y ni siquiera le había dicho adiós. Pero había estado peligrosamente cerca de pararse bajo la luz que le habría permitido verla muy bien. Él podía asegurarle que no la entregaría, pero ella no podía permitirse el riesgo.

¿Dante y su hermano elegirían también a sus respectivas esposas en el baile?

No importaba. De cualquier manera, nunca volvería a verlos si corría con suerte.

Pero, sin importar lo que se dijera, no podía evitar sentirse excluida. Todos irían. Era un baile único e irreplicable: una invitación para entrar por las puertas principales del castillo real con los atuendos más finos que pudieran usarse. Por una noche sería como si perteneciera a otro lugar que no fuera junto a la ceniza de la chimenea.

Un día, quizá, conocería a un buen granjero que la alejara de todo aquello. Silver decía que esperar a que un muchacho te rescatara era una triste e inútil ocupación. De todas maneras, Cinder secretamente deseaba a su propio amor, aunque fuera pobre y estuviera tan atrapado como ella. ¿Cómo sería tener a alguien que la amara?

La embargó el recuerdo de Dante en pie a la luz de la luna. Estuvo a punto de reír. Él estaba lejos de ser un pobre granjero.

Suspiró y volvió a sus quehaceres. La autocompasión no tenía utilidad.

Cuando sus hermanastras y su madrastra se fueron en su excesivamente costoso carruaje, Cinder estaba agotada. Había estado tan atareada que ni siquiera había tenido tiempo de temer a la luna llena.

Ya todo está bien, se dijo. Nadie había ido a buscarla para la cacería. Otro mes a salvo.

—Libérame, pequeña —pidió Lalyn.

Los finos dedos del hada se aferraban a los barrotes de la jaula. Helene había insistido en encerrarla cuando salieron al baile. Había dejado instrucciones estrictas de que Cinder no debía devolver al hada hasta que ella lo indicara, aunque sabían que todo mundo debía devolver sus hadas a los legítimos dueños por la mañana.

—Oíste a mi madrastra. Me matará si te permito salir. Pero puedo traer lo que quieras para ayudarte a estar más cómoda.

—No me refiero a que me saques de la jaula, lo que quiero es que me dejes en libertad.

—Sabes que no puedo hacerlo.

Cinder recogió distraídamente los platos de la mesa de la cocina. La cocina era un desorden. Todavía no había podido lavar la vajilla del desayuno.

—Sí puedes —dijo Lalyn—. Las hadas debemos obedecer nuestro propio juramento. Cuando nos atrapan, tu Rey Oscuro da a elegir entre morir torturadas o comprometernos con nuestros dueños.

—Yo no soy tu dueña: te arrendamos con el esclavista.

—Mi juramento se transfirió a ti cuando ese mugriento canalla aceptó que me fuera contigo. Hasta el momento en que me devuelvas, estoy comprometida contigo y sólo tú puedes dejarme en libertad.

Cinder dejó los platos en el lavabo y volteó a mirar a Lalyn. La pobre criatura había subido un poco de peso desde que llegó, pero no mucho. Cinder aborrecía la idea de obligarla a regresar con ese horrible comerciante de esclavos.

—Eres propiedad del Rey Oscuro —dijo Cinder con tristeza—. Si te libero, seré colgada.

—No, si eres novia del príncipe. Serías parte de la familia real. En ese caso, podrías poner en libertad a una simple hada, ¿cierto?

—Pero no soy la novia del príncipe —Cinder tomó la escoba y se puso a barrer—. Ni siquiera asistiré al baile.

—Podrías serlo. Yo podría arreglarte y allanarte el camino, tal como hice con tus hermanas.

Cinder dejó de barrer y miró a Lalyn.

—Te verías preciosa —susurró el hada—. Reservé lo mejor para ti, Cinder.

—El príncipe nunca me escogería. Ni siquiera me voltearía a ver. Hay cien familias nobles con hijas preciosas que saben qué tenedor usar y cómo hablar con un príncipe.

—¿Y qué más da? Podrías disfrutar una noche de ensueño en el baile. Tus hermanastras dijeron que habría bailarines con espectáculos de fuego, magos, malabaristas y acróbatas. Es el baile de una vida. Todo mundo estará allí, excepto tú. ¿Qué importa si los príncipes no te miran? De cualquier manera, pasarás una noche mágica. Y si da la casualidad de que atrapas a un príncipe... pues bien, en ese caso, dejarme en libertad no será una dificultad.

Cinder notó que estaba estrechando la escoba contra su pecho. Se obligó a relajarse y la dejó a un lado.

Tenía que reconocer que sería divertido. Sólo una noche. Podría incluso ver a Dante, vestido con sus mejores galas.

Si se disfrazaba y era muy cuidadosa, incluso era posible que bailara con él sin que lo notara. Verlo una última vez.

Lalyn tenía razón. Cinder no tendría otra oportunidad de vivir algo semejante.

CAPÍTULO 31



Cinder aceptó el trato. Si era elegida para casarse con uno de los príncipes, dejaría en libertad al hada.

Lalyn sonrió satisfecha. Se puso a trabajar de inmediato y transformó el viejo vestido de Cinder.

El nuevo era de un tono violeta oscuro con relucientes ribetes dorados, y el más lindo que Cinder hubiera visto jamás. Lalyn le rizó el cabello y se lo recogió en alto. Luego, acomodó sargas de perlas como las que usaría una princesa.

—Quiero llevar una máscara —dijo Cinder.

—No es ese tipo de baile —observó Lalyn con el ceño fruncido.

—Ya lo sé. ¿Tal vez algo sutil?

Ni Dante ni Gallant habían visto su rostro a plena luz. Sin embargo, Dante ya la había reconocido al reflejo de la luna. Además, su madrastra y sus hermanastras podrían reconocerla.

—No asistiré a menos que vaya un poco oculta tras una máscara.

—¿Cómo se sentirán atraídos hacia ti los príncipes si no pueden ver tu rostro? Por lo menos, haz el intento de llamar su atención. Es parte de nuestro trato.

—Lo haré.

Cinder tenía confianza en que los príncipes no repararían en ella entre los cientos de damas en el salón, ni aunque se arrojara a sus pies.

—Pero no iré a menos que tenga una máscara. Si mi madrastra o mis hermanas me ven ahí, ni siquiera podré acercarme a un príncipe.

Lalyn suspiró de una manera particularmente humana. Luego, puso manos a la obra.

Confecionó una intrincada máscara de diamantina que centelleaba en la piel de Cinder. Los labios se volvieron carnosos y rojos y sus mejillas radiantes.

Cuando Cinder se miró en el espejo, no podía creer que fuera ella. Tocó la máscara con la

mano.

—Reconozco que esto te hace doblemente enigmática —dijo Lalyn—, y tu familia adoptiva no te reconocerá.

Lalyn examinó los últimos detalles en el vestido de Cinder, apretando aquí y esponjando allá.

—Recuerda: trata de atraer la atención de un príncipe lo más pronto posible. El rey ha decretado que sólo tienen esta noche para elegir esposa, así que el tiempo es crucial.

—Será imposible que pasen tiempo de calidad con toda la gente a la que van a conocer. Tendrán que elegir a una extraña o a alguien ya conocida.

Lalyn esbozó una sonrisa secreta.

—Si no odiara al rey, casi lo admiraría.

Lalyn esponjó una última parte del vestido de Cinder.

—¿Lista?

Cinder asintió. La recorrió entonces una oleada de nerviosismo.

—¿Y cómo llegaré al castillo? Ya no queda un solo carruaje en todo el reino.

El hada arqueó la ceja como si no pudiera creer que Cinder dudara de sus habilidades. Miró hacia la pared y susurró.

Siete ratones salieron del muro y por la puerta de la cocina correataron.

—Ven, bella dama —dijo Lalyn—. Un príncipe te espera.

Afuera, el hada transformó a los ratones en un conjunto de seis caballos. El séptimo ratón se convirtió en un cochero de aspecto extraño.

Cinder miró al hada de soslayo, preguntándose si entendería cómo funcionaba el transporte fuera del bosque.

—Tienes dudas —exclamó Lalyn, y agitó los brazos. Una calabaza del jardín creció hasta convertirse en una carroza con forma de calabaza.

El cochero condujo a sus amigos ratones convertidos en caballos al frente y los sujetó al vehículo. Luego abrió la puerta para que Cinder subiera.

Cuando puso el pie en el escalón de la carroza, sus viejas botas se asomaron por debajo del brillante dobladillo. Maltratado y lleno de polvo, ese cuero no iba a juego con el vestido.

—Así no puedes partir. Los príncipes tienen fama de saber apreciar un buen par de zapatillas —dijo Lalyn agitando las manos.

—Espera. ¿No puedo llevar mis botas transformadas en una especie de abanico o algo así?

Cinder no necesitaba sus botas en ese momento, pero la luna llena empezaba a asomar en el horizonte, y con ella se iba acumulando la tensión habitual. Ya era un hábito arraigado traer siempre con ella sus botas de cuero en las ahora raras noches que salía de casa con luna llena. Pero la idea de estar sin ellas la hacía sentir vulnerable.

El hada asintió.

Cinder se las quitó y éstas se convirtieron en un abanico y un pequeño carné de baile.

Luego, el hada se retiró su propio calzado. Eran zapatillas de un cristal tan transparente que Cinder no las había siquiera notado.

—Ésas no puedo usarlas —un nudo en el estómago le advirtió a Cinder que no debía aceptar algo que fuera propiedad de Lalyn.

—Son más cómodas de lo que parecen.

Cinder vaciló, sin saber si era sensato calzarse las zapatillas de un hada. Lo más probable era que se tratara de un par de viejos zapatos de Darlene a los que Lalyn les había conferido su encanto ese mismo día.

Cinder se sobrepuso al desasosiego. Probablemente, la luna llena y toda la emoción del baile explicaban que estuviera tan asustadiza. De cualquier forma, era una noche para explorar posibilidades.

Se calzó la zapatilla de cristal, anticipando que sería dura y tosca. Al principio era como si ésta no supiera cómo ceñirse al pie, pero entonces, en cuanto deslizó el tobillo, la zapatilla se moldeó alrededor de su pie como haría una media. Le quedó perfecta.

Antes de sopesar lo ocurrido, Lalyn deslizó la otra zapatilla en el pie de Cinder. La segunda zapatilla se moldeó también de inmediato.

El hada le dedicó una gran sonrisa a Cinder. Parecía realmente satisfecha.

—¡Diviértete!

Lalyn cerró la puerta del carruaje con Cinder dentro e hizo un gesto de despedida con la mano. Mientras el coche arrancaba, Cinder vio al hada en pie bajo la luz de la luna que empezaba a proyectarse más allá del oscuro bosque.

CAPÍTULO 32



La luna dominaba la noche. A Cinder siempre le había encantado la luna llena, hasta la noche de su primera cacería. Después de eso, no soportaba mirarla.

Ahora estaba más grande que nunca. Era una luna de otoño, baja y pesada, con un cariz escarlata. Lucía demasiado grande para surgir del horizonte. El castillo oscuro se recortaba frente a la luna, lo que le daba un suave brillo rosa. Esa noche, un desprevenido visitante foráneo podría confundirlo con un castillo de cuento de hadas.

Cinder respiró hondo y contuvo el aire por un momento antes de exhalarlo. La cacería empezaría a medianoche. Esta vez, se había hablado muy poco de ella porque todo mundo estaba más interesado en el baile real. No había duda de que sería una cacería modesta, aunque asistieran los cazadores más temibles y avezados.

Esa noche, Silver estaría apostada en su lugar habitual, en busca de gente que rescatar. Cinder intentó decirse que no le pasaría nada por estar sola esa noche, pero el nerviosismo que sentía en el fondo del estómago se negaba a desaparecer.

Su dorado carruaje arribó al patio del castillo. Cinder se sorprendió al saberse expectante ante la idea de acudir a un baile real, lleno de gente que podría descubrir que ella no pertenecía a ese lugar. Silver se habría burlado de ella, pero eso no cambiaba su realidad.

Había tanta gente que le tomó más de una hora bajar de su carruaje. Podría haberse apeado simplemente de un brinco y caminado el kilómetro y medio que faltaba hasta la entrada del castillo, pero eso no habría sido propio de una dama y, por lo menos esa noche, Cinder era una.

Su estómago revoloteó al preguntarse si estaría haciendo lo correcto. Tal vez era el momento de regresar. Estaba segura de que todo mundo la llamaría impostora.

Cuando por fin fue hora de bajarse del coche, su mano temblaba. Estuvo a punto de reír. Podía enfrentar todos los escenarios difíciles que Silver le lanzaba durante el entrenamiento y, sin embargo, temblaba ante la idea de entrar en un extravagante baile ataviada con un frívolo vestido.

Un lacayo bien acicalado le tendió una mano enguantada. Ella respiró hondo y, grácil, bajó del coche para enseguida entrar al castillo con toda la majestuosidad que fue capaz de proyectar.

Adentro, el pasillo relumbraba con incrustaciones de oro a lo largo de las paredes, el techo y el suelo, incluso. Sus zapatillas de dama taconeaban el mármol bajo sus pies, mientras cientos de mujeres se reunían para ser anunciadas. Uno por uno, con un sonsonete continuo, sus nombres eran pronunciados desde la parte superior de una escalera imperial. Los invitados reunidos en el salón de baile prestaban atención ocasionalmente, pero casi todo el tiempo parecían absortos en su propio regocijo.

Cinder no podía revelar su verdadero nombre, claro, así que pidió que la anunciaran como *lady Fleur*, de la familia Épine.

Colorada por la mentira que se había visto obligada a decir, bajó lentamente por los escalones dorados hasta el salón de baile. Encontró que se trataba de una posición estratégica para observar a la multitud.

El gran salón estaba pleno de pelucas altas, interminables metros de seda y todos los colores del arcoíris. Hombres, mujeres, niñas y matronas entraban en tropel, intentando obtener el favor de los príncipes. Todos parecían conocerse unos a otros, o al menos esa impresión le dio a Cinder.

Se sintió muy sola descendiendo esos escalones. Sus pies redujeron la velocidad, como si ellos también tuvieran dudas.

En la parte frontal del salón había un gran trono sobre un estrado carmín. Estaba vacío, pero había dos lanceros erguidos a los lados. Junto a ellos, ondeaban unas banderas rojas. Lo único que faltaba era el Rey Oscuro.

Abajo del estrado se veían dos grandes grupos de gente ataviada con grandilocuencia. Cada grupo rodeaba a dos hombres jóvenes que llevaban finas bandas de oro alrededor de la cabeza. Las damas, embelesadas, los observaban con adoración.

En el grupo más numeroso, una dama hablaba con el príncipe, que asintió distraído y se volteó para escuchar a otra mujer. En el momento de girarse, vio su rostro.

Los pies de Cinder se detuvieron a medio paso en la escalera imperial.

Era Dante.

Podía jurarlo. Parpadeó algunas veces para asegurarse, pero él no cambió.

Y el otro era Gallant. Las damas le hablaban mientras él escudriñaba el salón con apenas un movimiento de cabeza hacia las mujeres que lo rodeaban.

Dante y Gallant eran los príncipes.

Ella había enlodado a la realeza. Había peleado...

Si esos dos eran... entonces el hermano al que mató en el bosque debió ser...

El príncipe heredero.

El salón pareció quedarse sin aire. Un hilo de sudor escurrió por su rostro.

CAPÍTULO 33



Alguien la empujó al pasar junto a ella. Cinder parpadeó e hizo algunas inhalaciones profundas para orientarse.

Había matado al sucesor al trono.

La implicación de eso era pasmosa. Se sostuvo del barandal de las escaleras intentando no llamar la atención.

Necesitaba salir de ahí.

Tal vez todo este baile no era sino una complicada trama para atraer a la asesina del príncipe heredero. Si la reconocían...

Dio media vuelta e intentó abrirse paso en sentido contrario al torrente de vestidos, pero sólo consiguió dar dos o tres pasos antes de que las trompetas hicieran sonar una tonada majestuosa.

La música empezó a sonar y todo mundo retrocedió para crear un espacio en el centro del salón.

Se cerraron frente a Cinder las grandes puertas del salón de baile en la parte superior de la escalera. Dos guardias se pararon al frente, impidiéndole salir.

La multitud de invitados hizo una reverencia a los príncipes cuando eligieron cada uno a una pareja de baile y abrieron la pista.

Cinder tuvo que voltear y hacer una reverencia, o de lo contrario habría destacado y eso era lo último que quería.

En la pista de baile, los príncipes sonreían a sus parejas, haciendo sentir cómoda a la concurrencia. Para alivio de todos, sólo había unas pocas historias desconcertantes sobre ellos. La gente decía que ambos eran encantadores y guapos, además de guardar finos modales. También se murmuraba que eran personas... centradas, o al menos uno lo era. Y el otro... era una persona tan *centrada* como podría esperarse de un hijo del Rey Oscuro.

Las parejas de baile de los príncipes eran hermosas de una manera completamente nueva para

Cinder. No reconocía el estilo que portaban y suponía que provenían de algún sitio lejano. Sus vestidos eran deslumbrantes, y también sus sonrisas.

—Hechizos —susurró una matrona detrás—. No te preocupes, Millie: los príncipes deben estar hastiados de los trucos baratos, ya deben resultarles muy conocidos. Ellos verán cómo tu belleza natural resplandece entre todo este *encanto*.

Daba la impresión de que Millie tendría también unos cuantos hechizos encima, pero quizá su madre no era consciente de ellos.

Cinder no tuvo más remedio que descender por la escalera imperial, lejos del portón principal. No podía quedarse ahí parada hasta ser la única en los escalones. El problema es que no conseguía convencer a sus pies, metidos en las zapatillas de cristal, de moverse más aprisa, así que terminó detrás de las otras damas que entraban al salón de baile.

A todas las otras damas las acompañaban sus madres o tías, que parecían casi tan jóvenes como las muchachas a su cargo. Cinder caminó presurosa para alcanzarlas y no resultar tan notoria.

Muchos hombres habían acudido también al baile. Todo mundo sabía que ése era el lugar indicado para conversar con una dama posiblemente decepcionada por la falta de atención real: la mayoría de las mujeres ahí presentes.

Un extremo del salón de baile estaba cubierto de arcos que conducían a un amplio jardín. Tendría que atravesar gran parte de la sala y de la pista de baile para llegar a ellos, pero ofrecían la única posibilidad de salir de ahí.

Cinder se detuvo al ver a su madrastra. Casi no reconoció a Helene, a pesar de que la había visto apenas un par de horas antes. Parecía tan joven como sus hijas. Las tres estaban radiantes. Lallyn se había superado a sí misma.

Los hombres a su alrededor también lo notaron. Constantemente las tres mujeres eran detenidas por algún caballero. Al principio, rechazaron todas las invitaciones a bailar, pero cuando vieron que los príncipes estaban bailando, accedieron.

Estar en la pista de baile les daría a todas la oportunidad de sonreír a los príncipes, al menos por un instante, cuando les tocara bailar con ellos en las partes que la misma danza establecía para ello.

—¿Aceptaría bailar conmigo? —preguntó un joven.

Cinder miró alrededor para estar segura de que le hablaba a ella.

Él sonrió.

—Le sentaría bien un baile, eso es evidente. Mi hermana es igual de tímida. Prácticamente tuve que empujarla a la pista.

Enganchó su brazo al de ella y se dirigió a la zona del baile.

Cinder echó un vistazo al portón principal del salón. Seguía cerrado y bien vigilado. Y los arcos al jardín estaban del otro extremo de la zona de baile.

El joven se detuvo.

—Disculpe, ¿acaso tiene este baile prometido a otro caballero?

—No. Me dará gusto bailar con usted —Cinder sonrió un poco e intentó relajarse.

Al entrar al salón de baile, le había preocupado estar sola en el rincón toda la noche y pasar

desapercibida. Ahora no deseaba otra cosa hasta que pudiera marcharse.

Él se dirigió a la pista de baile, conduciéndola consigo gentilmente.

—Magnífico —se inclinó y le susurró con complicidad—: le prometí a mamá, que está muy enferma y no pudo venir, que cuidaría a su pequeña hija, pero me temo que algún bribón se la ha llevado. Tengo que buscarla en la pista para ver si necesita que la rescate. Ayudará a un pobre tipo necesitado, ¿cierto?

Ella miró alrededor. Ambos príncipes estaban saliendo de la zona de baile, rodeados de damiselas y, al parecer, demasiado ocupados para percatarse de su presencia. Ahora, la única manera en que se fijaran en ella sería armando un escándalo.

Cinder asintió. Sólo hacía falta esperar el final de esa pieza. Cuando ésta terminara, podría salir al jardín sin que la vieran.

—Mi madre enferma se lo agradece —dijo el hombre sonriendo.

La tomó en sus brazos. Fue una preciosa danza.

Cinder no había bailado desde que era una niña y casi había olvidado cuánto le gustaba. Incluso sonrió y por un instante olvidó sus problemas. En ocasiones, se está más seguro en medio de grupos numerosos. Por el momento, la hizo sentir a salvo el hecho de que ni los príncipes ni su madrastra o sus hermanastras fueran a ubicarla entre la muchedumbre.

Pero entonces, alguien le dio un golpecito en el hombro a su pareja de baile.

La sonrisa de Cinder se esfumó por completo cuando reconoció el rostro de Gallant.

CAPÍTULO 34



Cinder se planteó salir corriendo, pero en esa multitud no lograría avanzar más que unos cuantos pasos antes de que alguien la atrapara.

Los caballeros intercambiaron lugar, y el príncipe se deslizó con donaire hacia la pista de baile con Cinder entre los brazos.

—Tal vez tendría que disculparme por arrebatársela de ese excelente caballero, pero no pude evitarlo. Todas las damas del reino están aquí, pero encuentro que esta noche todas lucen iguales. Es extraordinario, ¿no le parece?

¿La había reconocido? Al tomar su brazo para dar un giro procuró no hacer evidente su tensión.

—Y entonces, ¿para qué tomarse la molestia de elegir a una y no a otra? —preguntó Cinder intentando hablar en un murmullo para que él no reconociera su voz.

—Justo eso me estaba preguntando ahora que estaba con una joven parlanchina y al voltear vi a mi hermano hipnotizado, observándola a usted.

¿Dante la estaba observando?

—Pensé que había dicho que entre todas no hay distinción —le sorprendió que su voz sonara firme.

—Todas, excepto usted. Esta noche usted es la única dama enmascarada.

Sintió que su corazón se detenía. La máscara que según ella le permitiría esconderse, sólo había servido para destacarla entre la multitud.

El príncipe señaló con la barbilla hacia el perímetro de la pista de baile.

—¿Ve? Mi hermano sigue observándola. Tal vez esté molesto por no haber sido el primero en llegar hasta usted. Está pensando en acercarse, según veo. Pero es muy grosero interrumpir a tu hermano mayor durante un baile para robarle a su pareja.

Giraron y el vestido de Cinder danzó en el aire.

—¿Es esto una competencia con su hermano?

—Cuando uno está en la línea de sucesión para convertirse en rey, todo es una competencia. El hermano que elija a una esposa que cautive al rey heredará el reino. ¿Hay algo más competitivo que eso?

—¿Cómo elegirán esposa si no pueden distinguir a una de otra? —Cinder tenía la boca seca pero debía fingir.

—Quizás estoy preguntándome eso mismo mientras veo a quien es a todas luces distinta del resto.

Cinder se sonrojó. Estaba segura de que él la había reconocido y estaba jugando con ella, o que le resultaba lo bastante familiar para llamar su atención. Quizás estaba confundiendo reconocimiento con atracción.

—Su máscara es muy misteriosa —le susurró al oído.

¿Cómo iba a liberarse ahora? Todo mundo advertiría conducta grosera o inesperada alguna, incluidas su madrastra y sus hermanastras.

—También sus extrañas zapatillas de cristal —dijo Gallant admirándolas—. No creo haber visto algo parecido.

Cinder alcanzó a ver cómo su madrastra los fulminaba con la mirada mientras bailaban. No había indicios de reconocimiento, por fortuna, pero unos celos manifiestos relucían en su rostro.

La música se detuvo y los bailarines tomaron un descanso. Cinder respiraba con pesadez. Había logrado bailar sin ser arrestada.

Ahora, lo único que debía hacer era perderse entre la multitud mientras las damas se acercaban en desbandada a los príncipes para ganar su atención.

Hizo una reverencia al príncipe, lista para escabullirse hacia el gentío.

—¿Me concede otro baile?

Cinder lo miró como conejo en una trampa. La multitud de damas esperando en la orilla de la zona de baile, la mayoría de las cuales aún no había bailado con un príncipe, también miraban fijamente. En vez de conducir a Cinder fuera de la zona de baile, Gallant hizo una pausa y la tensión creció.

El príncipe soltó una risita.

—¡Por favor!, ¿soy un ogro para que le aflija tanto pensar en bailar conmigo otra vez?

—Sí das un poco de miedo, hermano.

Para horror de Cinder, Dante hizo su entrada en la pista a grandes zancadas y se dirigió a ellos sin pareja. Estaba viendo directamente a Cinder.

Ella volvió a hacer una reverencia e inclinó la cabeza para ocultar su rostro.

—Dante, encuentra a tu propia pareja de baile.

—Pero, querido hermano, si bailas dos veces seguidas con la misma dama, las otras te darán por perdido, y en tal caso, tendré que arreglármelas yo solo entre todas estas hermosas mujeres. ¿Cómo voy a poder elegir si son tantas?

—Estoy seguro de que lo conseguirás —dijo Gallant.

—¿En verdad, ya estás listo para soltar todas las posibilidades? —preguntó Dante.

—No voy a dejar que te lleves a... —Gallant se volvió hacia Cinder—: me quedé tan

hechizado con sus encantos que no pregunté su nombre.

Por un instante, Cinder no pudo recordar qué nombre había usado cuando la anunciaron en lo alto de las escaleras.

—Fleur —dijo—, *lady Fleur*, de la familia Épine.

Dante la miró con dureza. Estudió su rostro, como si estuviera tratando de entender.

El corazón de Cinder se aceleró. Cruzó las manos para evitar que temblaran.

—Intrigante —exclamó Gallant—. Tiene usted que contarme todo sobre los Épine. No estoy seguro de conocerlos.

—Después, hermano —Dante apartó de ella la mirada y bajó la voz hasta que no fue sino un susurro—: Recuerda: tienes una larga lista de damas cuyos padres hablan con regularidad en los oídos del rey. No son hombres que podamos darnos el lujo de ofender. Puedes volver más tarde, una vez que hayas bailado con sus hijas.

—¿Y tú, qué harás? —preguntó Gallant.

—Yo ya bailé con ellas. No puedo concederles otra pieza sin despertar expectativas.

—No estoy seguro de querer conceder que *lady Fleur* baile contigo. Siempre te las arreglas para echar mano en lo mío.

—Gallant —la irritación de Dante era evidente bajo una máscara de cortesía—, ¿quién sino yo podría interrumpir tu segundo baile? Te estoy haciendo un favor, hermano.

Gallant respiró hondo.

—Está bien. Cuídala *por mí*.

Gallant levantó la mano de Cinder y la besó cortesmente antes de retirarse para elegir otra pareja de baile.

—¿Bailamos? —Dante extendió los brazos.

Él nunca la había visto a plena luz. Cinder deseaba desesperadamente tener algo más que una máscara tras la cual esconderse. Quería correr y ocultarse.

En vez de eso, se colocó en posición y comenzó a bailar. Todos la miraban fijamente, curiosos por la chica que se las había arreglado para ganar la atención de ambos príncipes.

Una cosa era estar cerca de Dante en un camino de tierra pensando que era el hijo de algún noble, pero otra muy distinta era conducirse en sus brazos ahora que lo sabía un príncipe, e hijo del Rey Oscuro.

¿Cómo había podido Cinder no darse cuenta? Ahora que lo observaba en su elemento, no podía verlo como algo que no fuera un príncipe. Su porte, su autoestima, su deseo de no tener que lidiar con compromisos políticos. Ahora, todo tenía sentido.

CAPÍTULO 35



—Mi hermano seguramente creerá que mi damisela es la más enigmática de las damas aquí reunidas ahora que no pudo bailar esta pieza con usted —dijo Dante guiándola en el baile—. Apuesto a que la vigilará como un halcón y esta noche no permitirá que se vaya.

A Cinder se le encogió el estómago.

—Claro que no necesita más que su encantadora persona y esa máscara misteriosa —añadió él.

Sonaba, en un sentido, más principesco que antes. Era como si él mismo se hubiera puesto una máscara política.

Era una versión de Dante diferente de la que había visto antes. Este Dante tenía el dominio del lugar. Podía con toda habilidad darle un ligero codazo a otro príncipe y, literalmente, cruzar bailando un lodazal político.

—Usted no es muy conversadora, ¿verdad, *lady*... Épine?

Cinder asintió, mirando al suelo. Si hubiera podido, habría bailado con la cabeza completamente inclinada todo el tiempo para que él no viera su rostro. Estaba segura de que él podría leer las mentiras en sus ojos.

—*Lady* Épine, le aseguro que no soy un monstruo. Puede bailar relajadamente sin preocuparse de que vaya a arrojarla a la mazmorra a causa de un pisotón.

Eso no la hizo sentir mejor. La mano tibia de Dante estaba posada en la de Cinder; la otra, en su espalda baja, producía en ella una extraña sensación reconfortante. De cualquier manera, el baile fue interminablemente largo.

—Tengo tanta curiosidad como mi hermano sobre su familia. Cuénteme, no creo haber tenido el gusto de conocerla.

Tragó saliva. No tenía más remedio que responder a un capricho del príncipe.

—Mi padre era... es... un buen hombre.

Intentó que su voz no sonara entrecortada para que él no volviera a mirarla como lo había hecho.

—Prosiga.

—Le encanta reír y leer cuentos a... mi hermana pequeña. La lleva a montar en poni y, en ocasiones, si ella se comporta, deja que se suba en sus hombros y juegan al caballito. Mi hermana no tiene niños de su edad con quienes jugar, así que la lleva de paseo al estanque, aunque la mayor parte del tiempo terminan en una lucha de cosquillas en el césped.

Tuvo que carraspear para evitar las lágrimas y el nudo que se había alojado en su garganta. Hacía años que no hablaba de su padre.

—Suenan maravilloso. No puedo imaginar siquiera cómo sería jugar con mi padre. La sola idea de jugar al caballito en los hombros del Rey Oscuro bastaría para darle pesadillas a un niño —lo dijo con tono despreocupado, pero ella percibió algo de añoranza.

—Aunque debo reconocer —prosiguió— que habría valido la pena sólo para ver la reacción de los nobles. Y en cuanto a las cosquillas, eso sí es inimaginable. Su hermana es una niña muy afortunada.

—Lo es, su majestad.

Dante sonrió y dijo en voz baja:

—Ese título está reservado para el rey. La mayoría de la gente sólo me dice “su alteza”, pero mi damisela puede decirme Dante.

—No podría, su alteza.

—No tiene que ser esta noche, si no quiere, pero tarde o temprano conseguiré que me llame por mi nombre, aunque tenga que salpicarla de lodo...

Cinder lo miró a los ojos como conejo paralizado de terror.

—No te preocupes, te dije que estás a salvo conmigo.

—¿Cómo lo supo?

—Creo que por tu voz. Pero una parte de mí lo sabía incluso antes. Te vi descender las escaleras. Allí estabas, en medio de un mar de damas con sus vestidos más elegantes, y algo en ti llamó mi atención. Quizá fue tu máscara, quizá fue un gesto familiar, no lo sé. Pero una parte de mí supo en ese mismo instante que tenía que hablar contigo.

—Pero esperó.

La arrastró en un círculo al ritmo de la música. El vestido de Cinder se arrastró junto con los de las otras damas en la pista de baile a su alrededor.

—Lo que le dije a Gallant era cierto. Yo tenía que bailar con las hijas de ciertos nobles influyentes. Sabía que si primero atendía los deberes, luego podría tener la libertad de elegir con quién bailar. De haber sabido que la chica misteriosa que llamó mi atención eras tú, bueno, habría venido antes.

—¿Antes que tu hermano?

—Antes que nadie.

Terminó la música. Aunque Cinder había deseado que el baile terminara, ahora se resistía a separarse de Dante.

Los otros bailarines hicieron una reverencia a sus parejas, la gente cambió de lugar y encontró

a sus siguientes parejas de baile.

Pero el príncipe Dante no soltó la mano de Cinder al hacer la reverencia. Cuando la música reinició, la jaló para acercarla a él.

Cinder abrió mucho los ojos cuando acomodó su paso al de Dante para el siguiente baile.

—Su alteza —dijo ella—, todo mundo está mirando.

—Lo sé —repuso, haciéndola girar.

Las damas alrededor del salón de baile murmuraban entre sí detrás de sus abanicos, sin dejar de observarla. Helene y sus hijas fulminaban a Cinder con la mirada, pero no había señales de que la hubieran reconocido.

—Pero todo mundo va a pensar que está considerando elegirme.

—Que lo hagan —y la atrajo de vuelta a sus brazos.

Gallant los veía con cara de pocos amigos mientras guiaba a una dama rubia por la pista de baile.

—Esto no va a ayudar a escabullirme al terminar el baile —susurró Cinder.

—Lo sé —respondió Dante también en voz baja—. Ya me cansé de que te escabullas al final de la noche. Creo que es hora de que te sobrepongas y veas adónde te lleva el destino.

Cinder tragó saliva. Toda clase de nervios hacía ruido en su interior. No sabía lo que se suponía que debía sentir. Había miedo, pero también expectativa y ansiedad y alegría. ¿Sería posible sentir todas esas cosas a la vez?

Dante volvió a girarla y luego hizo una caravana junto con el resto de los hombres en la pista. Sonrió al incorporarse para verla. Había en sus ojos cierta travesura que, Cinder estaba segura, había estado ahí también cuando corrieron juntos en el sendero de tierra. La habría visto si hubieran estado riendo bajo el sol.

No pudo evitar relajarse y sonreír también. Quería capturar el momento para poder atesorarlo y acudir a él cuando estuviera de nuevo fregando el piso la mañana siguiente.

CAPÍTULO 36



Dante y Cinder seguían bailando cuando resonaron las trompetas. Todo mundo se detuvo y volteó al estrado.

—Su majestad, el Rey.

El anunciador dio un paso atrás y el Rey Oscuro entró al salón de baile por una puerta allende al trono. Era un hombre corpulento con anchos hombros y complexión robusta. Tenía la nariz colorada, propia de alguien que bebe a menudo, pero su mirada era nítida y perspicaz.

Todo mundo hacía profundas reverencias al monarca. La gente se miraba de soslayo. El Rey Oscuro tenía el don de desconcertar a la gente.

Se paró ante la multitud con su famosa capa. Confeccionada a partir de pieles lujosas, Cinder podía notar las costuras donde el material se había parchado con grandes pedazos de cuero. Los parches eran de diversos tonos, que iban desde el bronceado tenue hasta el cuero oscuro, pero algunos eran de un apagado verde o azul.

La gente decía que la capa entera estaba hecha con la piel de hadas que él había matado durante las Guerras Salvajes. Los ancianos que habían sobrevivido a las guerras murmuraban que sólo algunos parches eran de piel de hada: el resto había pertenecido a sus enemigos humanos.

—Bienvenidos —exclamó el rey.

Sonaba sincero. Cinder siempre había oído decir que el rey rara vez parecía entusiasmarse con algo que no implicara sangre fresca.

—Qué magnífico grupo de damas —dijo el rey—. Y de caballeros, por supuesto —saludó a los hombres con un movimiento de cabeza—. Como todos saben, esta noche hay luna llena. Tengo una sorpresa para los que participan en la cacería y para las damas que están aquí esta noche.

Sonrió. Todos sabían que cosas malas pasaban cuando el Rey Oscuro sonreía.

—Como en la vida de una persona el tiempo es limitado, incluso en la vida de un rey, combinaremos hoy dos actividades encantadoras. Esta noche, tal como había sospechado, a mis

hijos se les ha dificultado ver más allá del encanto de las hadas. Les he dicho que aquel que haga una elección prudente será mi heredero. Sin embargo, ¿cómo elegir con prudencia si las damas son tan astutas? —volvió a sonreír y miró con menosprecio a sus súbditos—. La respuesta es ésta: combinaremos el gran baile con la gran cacería.

La multitud miró confundida alrededor. Todos sabían que muchos nobles partirían a la cacería a medianoche. La mayoría suponía que regresarían unas horas después, sobre todo porque ninguno de los príncipes había anunciado su elección.

—Todas las hadas esclavas del reino recibieron la orden secreta de que sus encantos duraran sólo hasta medianoche.

La multitud estalló ruidosa y las damas lanzaron chillidos horrorizados. ¿Cómo se verían por debajo del encanto?

—Y entonces veremos cómo son en verdad las damas aquí presentes —agregó el rey—. Espero, señoras, que debajo de esos encajes traigan calzado resistente, porque no quiero embaucadores en mi estirpe. Deseo guerreros, supervivientes, nietos que puedan acabar por completo con el reinado de las hadas.

El Rey Oscuro cerró el puño y golpeó con él la palma de la otra mano.

—Las elegantes damas aquí reunidas tendrán hasta medianoche para correr, esconderse, hacer lo que sea que hagan en el bosque cuando hay luna llena.

El Rey Oscuro sonrió a sus invitados.

—En ese momento, dará inicio la cacería y los príncipes podrán elegir entre las supervivientes.

CAPÍTULO 37



El salón de baile retumbó con el sonido de las puertas.

Las que daban al jardín se cerraron de un portazo, todas al mismo tiempo. Los guardias se pararon frente a cada una, armados con sus espadas.

—Damas, sugiero que salgan por ese portón —el rey señaló el único abierto en el salón—. Si alguien todavía está aquí cuando redoblen las campanadas de la medianoche, será un blanco fácil.

Un grito ahogado colectivo recorrió el salón.

—Cazadores, pónganse sus máscaras y regocíjense, pues es una ocasión festiva.

Se abrió una de las puertas y una procesión de sirvientes con bandejas cargadas de máscaras doradas, con formas de bestias y monstruos, empezó a caminar hacia el rey.

El salón de baile se colmó de gritos y de gente presa del pánico. Las damas empezaron a precipitarse desquiciadamente hasta el portón al otro extremo del salón.

Muchos de los hombres se quedaron parados, confundidos, mientras las mujeres gritaban y se abrían camino a empujones. Varios caballeros miraron aturridos alrededor, como si necesitaran consejo y guía. Estaban tan sorprendidos como las damas.

Cinder pronto entendió que le tomaría demasiado tiempo llegar hasta la salida. Esa parte del salón de baile se había llenado enseguida de gente aterrorizada.

Los sirvientes circularon alrededor del salón de baile con sus bandejas. La mayoría de los hombres rechazaron las máscaras, pero uno de cada cuatro, o cinco, la recibía y colocaba sobre su rostro. El rey hizo un gesto de asentimiento a cada uno de ellos.

La mirada de Cinder se cruzó con la de Dante, que parecía tan estremecido como ella, pero se recuperó rápido.

—Por lo general, mi padre se toma muy en serio su palabra.

Enganchó su brazo al de ella y la hizo girar hacia una de las puertas vigiladas.

—Sugiero que vengas conmigo —dijo—. Nunca lograrás salir a tiempo.

Cinder siguió al príncipe con los pies entumecidos.

Una parte de ella observó que algunas de las parejas se acercaban también a las puertas laterales y hablaban con los guardias. A unas se les pidió firmemente que se alejaran. Otras corrieron de regreso a la multitud saliente, pero otras más hicieron acaloradas exigencias y declararon cuán importantes eran. El resto ofreció bolsas de oro y tentó con ellas a los guardias.

Dante y Cinder se escabulleron por una de las puertas laterales sin que los guardias pusieran objeción alguna. Por lo visto, no tenían el arrojo que se necesita para oponerse a un príncipe real.

Afuera, la noche estaba serena. Por instinto, las damas del reino oscuro sabían comportarse como presas, y se mantenían en silencio. Unas damas en vestido de gala salieron del castillo como un torrente y fueron acorraladas en la arboleda. Algunas intentaron escapar del bosque, pero éste las enganchó cuando trataron de atravesar los confines.

Quienes intentaban fugarse quedaban enredadas en raíces y vides. Se encontraban con enormes telarañas de las que no podían liberarse. Tropezaban y se veían arrastradas por terreno cenegoso.

Era como si el bosque se hubiera unido a la cacería y se negara a dejar que las presas abandonaran sus límites.

Algunas se dieron cuenta de lo que estaba pasando y siguieron a la fila de guardias que se adentraba en el bosque. Varias susurraban acerca de encantamientos y se abrazaban al entrar.

Muchas de las mujeres estaban llorando; vetas oscuras resbalaban por sus mejillas. Varias se habían quitado las pelucas y dejaban al descubierto cabezas descarnadas, como calvos polluelos.

Cinder vio cómo una se torcía el tobillo camino al bosque, pero los guardias la empujaron hacia el matorral de cualquier forma, inmisericordes.

Dante apuró a Cinder hacia las sombras y bordeó la multitud.

—¡Príncipe, ayúdenos! —gritó una joven.

Pero no estaba llamando a Dante. Tenía las manos extendidas en gesto suplicante hacia Gallant.

Gallant caminó entre la multitud en busca de alguien en particular. La muchacha lo miraba esperanzada, pero su madre, a su lado, no parecía esperanzada en cuanto a lo que los príncipes podrían hacer contra su rey.

Gallant apartó la mirada de la joven suplicante. Parecía que estaba evitando mirar a las damas a las que se empujaba al bosque y, al mismo tiempo, recorriendo la multitud en busca de alguien.

—Su alteza —dijo un guardia que se acercó trotando a Dante y Cinder. Era el que los había dejado cruzar las puertas—. El rey llama a los príncipes a su lado durante el inicio de la cacería.

La cacería estaba a punto de comenzar.

Cinder casi podía oler el cambio en el aire. La respiración de toda la gente, incluido Dante, parecía más espesa, más fatigosa. Él le dio un apretón a Cinder en el brazo y le hizo una reverencia.

—Me disculpo, bella dama —dijo Dante—. Me temo que hasta aquí puedo llegar para ayudarla.

La miró fijamente. Por un momento, Cinder creyó ver un cambio en su gesto, algo que cambiaba en sus ojos, una sombra que lo atravesaba.

La gente decía que la cacería llamaba a los cazadores como si fuera una urgencia. Cinder se

estremeció de sólo pensarlo.

Entonces Dante sacudió la cabeza y se volvió. Desapareció junto con el guardia entre las sombras camino al castillo.

Cinder corrió tan rápido como pudo, esperando encontrar un hueco en la cadena de soldados que la tenía presa junto con las otras mujeres. No tuvo suerte. En algún momento, tendría que salir corriendo de las sombras, hacia el campo iluminado por la luna entre el castillo y el bosque.

—¡Hey! ¿Qué haces fuera de la fila? —un soldado gritó desde el campo. Caminaba hacia ella. Cinder se paralizó.

Otro soldado caminaba también hacia ella desde otra dirección. Ahora que se habían percatado de su presencia, varios soldados la inspeccionaban.

Se preparó para la lucha, pero no tenía muchas oportunidades contra el ejército del rey. Así que no se resistió cuando un soldado la tomó del brazo y la empujó hacia el torrente de mujeres que se precipitaban al bosque.

—¿No sabes que tu mejor oportunidad está en el bosque? —susurró el soldado—. No trates de salir hasta que amanezca. Corre y escóndete en el bosque, tan lejos de aquí como puedas.

El guardia estaba tratando de ayudar. Incluso podría haber tenido una hermana en la multitud. El baile había estado abierto a todos: plebeyos y de alta cuna.

Cinder no tuvo más remedio que correr al bosque junto con todas las mujeres.

Cuando estuvo ahí, sin embargo, sintió como si el aire mismo hubiera cambiado. El bosque tenía una iluminación inquietante.

Cinder empezó a temblar. Estaba de regreso en la cacería.

Tuvo que respirar hondo y practicar las técnicas de concentración que Silver le había enseñado para no paralizarse a causa del miedo. Sintió el aire frío llenar sus pulmones y reparó en lo tensos que estaban sus músculos. El solo hecho de advertirlo los relajó lo suficiente para permitirle correr por el bosque sin demasiada torpeza.

Las mujeres se agruparon y corrieron en una dirección, siguiéndose unas a otras. Cinder intentó decirles que se dispersaran, pero nadie la escuchó.

—Seremos presa fácil si permanecemos juntas —gritó Cinder—. Así dejaremos un rastro de kilómetro y medio de ancho. Es mejor que cada quien tome caminos separados.

—Pero entonces estaremos solas —reviró la mujer más cercana. Su reluciente vestido de baile estaba ya roto y sucio—. Si permanecemos juntas, no podrán matarnos.

—Escúchenme: yo ya he pasado por una cacería.

La mujer cerca de Cinder soltó un grito ahogado. Era inverosímil que a una dama se la obligara a pasar por una cacería. Al menos, hasta ese día.

—Me han perseguido y he sobrevivido. Dispersarse confiere la mejor oportunidad de supervivencia. De otro modo, las atraparán en el segundo mismo en que se anuncie su marcha.

En cuanto dijo eso, el reloj de la torre comenzó a sonar.

La primera campanada de la medianoche.

Cinder dejó entonces a las otras hacer con su consejo lo que quisieran y se adentró hacia lo más profundo del bosque, lejos del resto. No sabía si alguien la seguía. Lo único que sabía era que sentía pánico.

Los nobles estarían en el salón de baile, convirtiéndose de nobles caballeros a monstruos enmascarados. Los imaginó despojándose de sus abrigos bordados y saliendo en tropel a la caza de sus presas.

Doce veces sonó la campana y cada tañido se sintió como el último.

Después, lo único que Cinder podía escuchar era el palpitar de su corazón en sus oídos.

CAPÍTULO 38



En el momento de la última campanada, la ropa de Cinder se transformó. Su bello ropaje volvió a ser el viejo vestido de Darlene. El abanico y el carné de baile cayeron en el suelo con un ruido sordo para convertirse en sus viejas botas.

Botas.

Cinder se quitó las zapatillas de Lalyn y se ató las botas a toda velocidad. En el último momento se le ocurrió tomar las zapatillas de cristal y meterlas en los bolsillos de su vestido, pero éstos eran tan pequeños que una cayó. Cinder no tenía tiempo de buscarla.

Corrió tan rápido y tan lejos como pudo: atravesó el arroyo, los troncos caídos, las hojas susurrantes, y se adentró en lo profundo del bosque encantado.

No pasó mucho tiempo antes de que los lobisomes empezaran a aullar.

Escuchó alaridos a su derecha, así que cambió a la dirección opuesta, tratando de no pensar en esas pobres mujeres. No podía ayudarlas. Bastante afortunada sería si lograba sobrevivir ella misma.

Alguien susurró entre los árboles.

Pero cuando miró, a nadie encontró. Las hadas y las bestias del bosque estaban jugando con ella.

Quería golpear algo. Bastante malo era que los cazadores estuvieran tras ella, ¿necesitaba también lidiar con duendecillos rencorosos?

Eso la enojó tanto que pateó una piedra contra un árbol.

—¡Auch!

Cinder se detuvo, tratando de silenciar su respiración para descubrir quién se había quejado.

—Con razón están tras de ti. Yo digo que los dejes atraparte.

—¿Quién dijo eso?

Una criatura gruñona se irguió en dos patas y caminó para alejarse de ella. Tenía hombros

anchos, pero tan encorvados que parecía una roca con patas. Su figura estaba cubierta con una camisa de hombre del color de la tierra y completamente hecha jirones.

Arrastraba una vara ancha, aunque su altura alcanzaba apenas la cintura de Cinder.

—¿Hola? Lamento haberte arrojado una piedra. No sabía que estuvieras aquí.

—Nunca nadie lo sabe —calló pero no volteó a ver a Cinder.

—¿Puedes ayudarme a encontrar un buen lugar donde esconderme esta noche?

Entonces volteó.

—¿Por qué habría de revelarte uno de mis escondites? Quizá regresarás de día y me darás de palos cuando no sea yo mismo.

—¿Cuando no seas tú mismo?

Entonces comprendió. Había oído viejas historias de criaturas como ésta: fábulas infantiles que nunca parecían del todo ciertas, pero que tampoco había podido ignorar como si no lo fueran.

—Claro —dijo Cinder—, la luna llena. Éste es tu cuerpo de luna llena. El resto del tiempo eres... diferente. ¿Tengo razón?

La criatura ladeó la cabeza.

—¿Cómo sabes que no voy a comerte?

—Quiero creer que si fueras a hacerlo, ya lo habrías intentado.

—Tal vez no tengo hambre por el momento, pero pronto tendré, después de haberte llevado a mi guarida.

—Tal vez, pero si fueras a hacerlo, no serías tan descuidado de decírmelo.

—Me molestas —dijo—. Por mí, muérete de hambre en el bosque.

Dio media vuelta y se alejó de Cinder.

—Espera. No moriré de hambre en el bosque: antes me encontrarán los cazadores. ¿Podrías al menos señalar la dirección de una buena zona para esconderme? Lalyn, el hada, hizo por lo menos eso por mí.

La criatura se detuvo y volteó a mirarla.

—¿Lalyn, el hada? —susurró—. ¿Te habló directamente?

Tenía los ojos muy abiertos y miró alrededor, como temeroso de que alguien los escuchara. También Cinder echó un vistazo, pero sólo vio árboles altos con luz de luna filtrándose entre el follaje.

La criatura se dio unos manotazos en la cabeza con su mano nudosa.

—¿Ya es hora? ¿Atraparon a un príncipe?

—¿Atraparon? ¿Te refieres a si ellos ya escogieron a sus futuras esposas? En este momento, eso a nadie le preocupa. ¿Puedes ayudarme, por favor?

—¿Por qué necesitas de mi ayuda? Si puedes matar a los cazadores como has hecho en el pasado, yo no hago falta.

Cinder se quedó muy quieta.

—¿Qué dijiste?

—Oh, tengo ojos. Veo cosas.

Cinder no sabía qué decir. Tuvo que carraspear antes de continuar.

—¿Me has estado siguiendo? —preguntó.

—Sólo porque me lo ordenaron, no porque me interesen. ¿Por qué otra razón haría algo que no fuera comer, dormir y...? Bueno, tú me entiendes.

—¿Quién te dijo que me siguieras?

La criatura miró sigilosamente alrededor.

—No soy esclavo de nadie, ¿lo ves?

—¿Eh?

—Es sólo que en ocasiones olvido lo que pasa en luna llena. Me olvido de quién soy y todo eso. Ella me dijo que podría hacerme recordar si hacía algo por ella en esas lunas llenas.

—Entonces, hiciste un trato —Lalyn era una firme creyente de los tratos.

Él asintió.

Cinder articuló el nombre del hada con sus labios pero sin pronunciarlo.

La criatura vio furtivamente alrededor y volvió a asentir.

—¿Por qué?

—Ya te dije: no recordaba...

—Ya lo sé, pero ¿por qué quería que me siguieras?

Se encogió de hombros:

—Todo era parte del plan.

—¿Qué plan?

—No pregunté —dijo y sacudió la cabeza con los ojos cerrados. Luego los abrió un poco y le dirigió una mirada maliciosa—. Pero te seguí.

—¿A mí?

La criatura asintió y agregó:

—Y a ella. En noches en las que no había luna llena. Le informaba lo que hacías en las noches de cacería, pero para hacerlo, ella tuvo que dejarme recordar, así que recordé —su rostro adoptó un aspecto trágico—. Algunas cosas sencillamente no deberíamos saberlas.

Hizo ruido con su nariz.

—Yo era un magnífico joven en la aldea —continuó—. Tenía una esposa y dos hijos que me amaban. Tenía amigos, madre y padre.

Una lágrima resbaló por su rostro.

—Sin embargo, cuando aprendí en qué me convertía con la luna llena, se me metió la idea de que ellos también necesitaban saberlo. Mi esposa adorada, mis hijos maravillosos, mis amigos, mis padres.

Se enjugó los ojos con su brazo peludo.

—Lo siento.

Quizás antes de la guerra había sido diferente, pero desde que Cinder había nacido, los aldeanos no eran famosos por su tolerancia ante la gente diferente. Y esta criatura era, definitivamente, distinta.

—Ya los perdí a todos —su voz tembló—. Ahora, incluso en noches que no son de luna llena, vivo aquí, en el bosque oscuro.

—¿No podrías intentar vivir de nuevo en el mundo? Eres... como el resto de nosotros, casi todas las noches.

—Una vez que sabes que eres diferente, no puedes sólo *no-saberlo* y no puedes regresar al mundo normal.

Cinder asintió porque no se le ocurrió qué más decir.

La criatura suspiró.

—Yo te seguí. Ahora es tiempo de que tú me sigas a mí —suspiró y empezó a andar.

Y como no sabía qué hacer o adónde ir, Cinder lo siguió.

CAPÍTULO 39



Cinder y la criatura caminaron un tiempo que se sintió como horas, con algunas interrupciones para esconderse de los cazadores que cabalgaban por el bosque y los gritos que resonaban en la noche.

En algún momento, caminaron demasiado cerca de una manada de lobisomes que gruñían y despedazaban a una presa. Cinder y el trol quedaron paralizados, pero al final, como las bestias estaban ocupadas, pudieron pasar a hurtadillas frente al frenético festín.

Cinder intentó concentrarse sólo en escapar del bosque sana y salva. Sabía que no había manera de salir de él mientras la luna estuviera completa. A pesar de que no veía a nadie más atrapada en el lindero del bosque, era demasiado riesgoso. Esa noche, quizás el lugar entero estaba encantado, así que tendría que esperar.

—¿Cuánto falta para el amanecer? —preguntó mientras retiraba unas ramas del camino.

—Todavía faltan horas: toda una vida. Además, ten cuidado con lo que pides.

—¿Por qué lo dices? Toda esta pesadilla terminará con el ascenso del sol.

Él trol volteó a verla con aire de misterio:

—¿Qué pesadilla será peor?

Sonaron relinchos de caballos demasiado cerca.

Cinder y la criatura se arrojaron al suelo y se mantuvieron inmóviles.

Delante de ellos, tres hombres con máscaras bajaron de sus cabalgaduras y rodearon a una jovencita y a una mujer madura. La niña no tenía más de trece años y la dama debía ser su abuela.

—¿Qué tenemos aquí? —el primer cazador daba vueltas alrededor de las mujeres, mirándolas de arriba abajo.

Los tres hombres llevaban máscaras de oro con forma de lobo. Por lo demás, aún llevaban las nobles galas con las que habían asistido al baile.

—Ni siquiera se tomaron la molestia de pedir un encantamiento que las hiciera parecer de una

edad apropiada para nuestros príncipes —dijo el segundo cazador.

—Su encanto se agotó, primo —corrigió el tercer cazador—. Estas dos estaban intentando engañar a los príncipes. Imaginen nuestro reino con una niña, o una abuela, como reina de estas tierras.

—Y además de todo, feas —dijo el primero.

Acto seguido, recogió una boñiga de su caballo y con ella embadurnó la cara de la abuela.

Rieron. La mujer se miró los pies, cuidadosa de no enfurecerlos. Cinder pensó que no importaba lo que ella hiciera, de cualquier manera los cazadores harían lo que quisieran.

—Eso te ganas por tratar de engañar a todos.

—Pero el Rey Oscuro invitó a todos a usar la magia de las hadas —dijo la niña con lágrimas en la voz.

El segundo cazador imitó su agudo lloriqueo.

—Y a nosotros, el Rey Oscuro nos invitó a hacer lo que queramos a quienes hayan tratado de engañar a sus hijos.

Caminaba de un lado a otro demasiado cerca de la niña y con su cuerpo la empujaba, de manera que ella se movía aquí y allá mientras él daba vueltas a su alrededor.

El tercer cazador acercó su máscara de lobo al rostro de ella.

—*Lo que queramos.*

El hombre levantó su máscara y escupió en los ojos de la niña.

La abuela rodeó los hombros de su nieta con un brazo y la atrajo a su lado.

Cinder no soportaba ver la escena, pero sabía muy bien que no podría combatir contra tres hombres al mismo tiempo. Además, el trol y ella estaban tan cerca que no podían huir sin llamar la atención. Tendrían que presenciar lo que pasara mientras los cazadores decidieran hacerlo ahí.

Le hervía la sangre. ¿Qué sentido tenían tantos años de entrenamiento si no podía combatir a cazadores como éstos?

La voz de Silver resonó en su mente: “corre mientras puedas, y pelea sólo si no tienes otra salida”. Llevaba años repitiéndoselo.

Sin embargo, la mano de Cinder temblaba con la misma intensidad de su furia. Quería desgarrar a los cazadores a mano limpia, machacarlos con la piedra más grande que pudiera encontrar hasta convertirlos en pulpa.

Cerró los ojos y dejó que la consumiera ese sentimiento.

La niña empezó a gritar.

La mente de Cinder discutía con su cuerpo, le suplicaba que pensara en su propia supervivencia. Serían tres contra ella. Cada uno de esos era más fuerte y estaba mejor armado.

Tomó una roca cercana y se levantó de un movimiento. Rugiendo, se catapultó contra aquellos hombres. Levantó la mano y la balanceó para darle una paliza al que había escupido a la niña.

Pero a mitad del camino, una mano atrapó la suya.

Alguien más le soltó un puñetazo desde un costado.

Cinder cayó al suelo y sintió un gran peso sobre ella.

Pánico.

No había dado ni un golpe antes de ser reducida. Había fallado.

Por supuesto, gritaba su mente. Estúpida, estúpida, estúpida.

Esa voz en su cabeza era la de Silver. Dura, inclemente. Y esa voz guió a Cinder hasta una clase de violencia que no recordaba tener en ella.

Como animal, su boca fue lo primero que usó. Clavó los dientes en el cuello de su atacante y prensó lo más fuerte que pudo.

Liberó así sus manos, que usó para herir los ojos enemigos. El hombre intentó detenerla, pero su fuerza parecía flaquear segundo a segundo.

Hubo gritos. Los de ella sonaban furiosos; los de él, doloridos.

Cinder perdió noción de tiempo y espacio. Todo su mundo se llenó de su presa. Respiración y gritos, sangre en su boca. Manos, resbalosas y débiles, dientes que mordían y desgarraban.

Entonces, los gritos cesaron.

Cinder se levantó despacio y observó sus manos. Estaban cubiertas de sangre: también pecho, cuello y piernas. Líquido escarlata corría por sus mejillas.

¿Qué había pasado?

Daba respiraciones irregulares, salvajes.

Por fin, pudo asimilar lo que ocurría a su alrededor.

El trol, si eso era, estaba parado sobre el segundo cazador, lo golpeaba con un garrote, reducía su cabeza a una masa pulposa.

El tercer cazador estaba muerto cerca de ella, completamente destrozado. Sobre él, estaba el lobisome más impresionante que ella hubiera visto jamás. Era más grande que un lobo, pero se movía igual que uno.

Cinder se paralizó.

Nada podría hacer para protegerse si éste decidía atacarla.

En ese momento, un silbido agudo resonó en todo el bosque. Al oírlo, la bestia levantó la mirada y esperó.

Un varón llegó a ellos dando grandes zancadas. Vestido de gala, se parecía a los otros cazadores salvo porque no llevaba máscara.

Dante.

Cinder parpadeó incrédula, quería asegurarse de entender lo que estaba pasando.

CAPÍTULO 40



Dante le ofreció la mano para ayudarla a levantarse. Cinder vaciló. Estaba avergonzada y dolorida y no quería que él viera también la sangre en sus manos.

Entonces las puso en el suelo y se impulsó sin tomar la mano del príncipe.

—¿También a mí me va a atacar? —preguntó, mirando nerviosa al descomunal lobisome.

—No te hará daño —dijo Dante señalando hacia el bosque, adonde se dirigió la bestia corriendo como fantasma silencioso.

—Siempre pensé que atacaban sin control alguno —observó Cinder, secándose el sudor de la frente. O eso esperaba que fuera.

—Son de una raza especial —dijo—. Son cazadores y asesinos, pero ahora pueden ser controlados, al menos hasta cierto punto.

Miró la escena que los rodeaba. El trol se paró sobre su presa con su garrote, que chorreaba sangre.

—¿Estás bien? —preguntó Dante.

—Estoy viva —dijo Cinder.

—No todos los hombres son bestias, ¿sabías?

—No dije que lo fueran. En estos bosques, muchos se vuelven presas cuando intentan rescatar a sus hermanas e hijas. Son los cazadores los que son bestias.

Dante pasó rozando junto a ella para ver bien al hombre al que había aniquilado. “Aniquilado” era la palabra adecuada.

Cinder volvió a mirar sus manos. Necesitaba lavarlas para retirar la sangre. No quería manchar más su vestido. Ya no quería cargar más muerte sobre sus espaldas.

Ni Cinder ni Dante habían nacido para ser asesinos, pero Medianoche siempre conseguía empujarte al camino oscuro. Y todo parecía indicar que el camino de ellos era el más oscuro de todos.

Le urgía limpiarse toda esa sangre. Habían pasado por un arroyo unos metros atrás.

—Voy a lavarme —le dijo.

Se alejó, aturdida por lo que acababa de pasar.

No se veía por ningún lado a la abuela y la niña. Bien. Habían sido lo bastante listas para correr en vez de presenciar la batalla. El trol se había escabullido, pero Cinder no dudaba que estuviera vigilando.

Metió las manos en el agua fría y se preguntó si siempre había estado destinada a esa clase de vida. ¿Ella era así cuando su padre estaba vivo?

Tomó agua entre sus manos ahuecadas para echarse un poco en la cabeza. Luego se limpió lo mejor que pudo.

No tenía mucho caso. Podía lavar la sangre de su piel, pero no de la ropa ni de su cabello.

Una vez más, había asesinado.

—Me gustaría decirte que con el tiempo se hace más fácil, pero no es así —dijo Dante.

Se acercó a ella y metió su espada ensangrentada en el arroyo. Cinder no preguntó a quién había pertenecido esa sangre. Él se agachó y con delicadeza la salpicó de agua.

—Sólo se vuelve más común —dijo—. Dejas de pensar en eso en todo momento de tu vida. Pero siempre está ahí, en el fondo. Y surge cada vez que alguien te considera una buena persona, amable o respetable.

—No es la primera vez que mato —dijo Cinder; se echó más agua en la cara y la aseó lo mejor que pudo—. Y él lo merecía. Todos los cazadores lo merecen.

—¿Eso me incluye a mí? —respondió Dante. Metió las manos en el agua y las frotó.

—¿Eres un cazador esta noche?

—Soy *el* cazador esta noche —dijo haciendo una mueca.

—¿Por qué participas? Eres un príncipe. No tienes que hacer nada que no quieras.

—Son las órdenes del rey. Incluso un príncipe tiene que obedecer al rey —respondió. Intentaba no mirarla a los ojos.

—¿Y?

Dante levantó la mirada.

—Y algunos de nosotros disfrutamos la cacería.

—Pero tú no.

—¿Cómo lo sabes? La sangre de mi padre corre por mis venas. Parece que la sed de matar está en mi familia, así que, ¿por qué no lo disfrutaría? —sonaba triste.

—Porque tú no eres así.

—Así es como se espera que sea, si aspiro al trono.

—¿Quién dice?

—Mi padre, el rey.

—¿En verdad quieres ser esa clase de rey?

Dante rio.

—¿Sabes? Nadie me había hecho la clase de preguntas que haces tú. Los nobles temen cuestionar a la realeza.

—Lo siento. A veces olvido con quién estoy hablando. Supongo que aquí afuera no puedo

evitar pensar en ti como Dante, el muchacho al que siempre humillo en las carreras.

—Veo que tu cabeza está llena de fantasías.

—Sí, pero eso no cambia cómo te veo... o quién eres en realidad.

—A veces, también yo olvido quién soy —su tono era nostálgico—. No muy frecuentemente. Casi siempre, cuando estoy contigo.

—Suena como si en verdad quisieras olvidar que eres un príncipe.

—Incluso los príncipes pueden ser presas.

—Siempre creí que un príncipe podía hacer lo que quisiera.

Dante suspiró.

—Y yo siempre creí que una campesina podía hacer lo que quisiera.

Ahora fue el turno de Cinder para suspirar.

—Por orden real, mi hermano y yo tenemos que cazar a nuestras esposas. Darles caza como animales en el bosque —por su tono quedaba claro que la idea le repugnaba.

Ella dejó de lavarse unos momentos y lo miró.

—¿Para qué?

—Casarnos con ellas, claro está.

Ella soltó una risita amarga.

—¿Así es el cortejo? ¿Esperas que se enamore de ti mientras le das caza como si fuera un perro rabioso?

—El amor nada tiene que ver con esto.

—Evidentemente. ¿Entonces cuáles son tus criterios? ¿Por qué no eliges a alguien al azar y nos dejas a las demás fuera de tu miserable cortejo?

—Para empezar, está el valor del entretenimiento.

—¿Para quién? Para las damas, ciertamente no.

—Para mi padre. No sólo las damas le proporcionan entretenimiento. Si Damon aún viviera y en este momento tuviera que casarse, no habría hecho falta una cacería.

—¿Por qué no?

—Mi hermano mayor era cruel. Él disfrutaba la caza. Un cortejo así para él habría sido un deleite. Eso para el Rey Oscuro no habría sido un gusto.

—Entonces, si Damon siguiera vivo, ¿el rey habría ordenado un cortejo romántico para él?

—Sin lugar a dudas. Para Damon, eso habría sido su mayor tortura.

—¿Y para ti?

Dante suspiró.

—Para Gallant y para mí, la tortura es tener que perseguir a nuestras futuras esposas por el bosque. Tenemos que pasar la noche sabiendo que somos responsables de todo el daño que se cause a las damas del reino, desde la lechera más humilde hasta la prima más noble.

—¿Eso te tortura?

Dante la miró a los ojos.

—¿A ti no?

Ella bajó la mirada a sus mangas ensangrentadas y las exprimió para tratar de limpiar las manchas lo mejor posible.

—¿Y cómo se espera que encuentres a tu esposa?

—Debo hallar a una en su forma natural, sin todo su encanto, y vigilarla hasta el amanecer. Mi padre sabía que todas las mujeres que entraran por las puertas del castillo se sentirían seguras con su encanto. Es probable que no se hubieran preocupado por preparativos auténticos, ni en lo que respecta a la apariencia ni a quienes son en realidad por dentro, como personas. Cuando desapareciera el encanto, no tendrían más que su verdadero yo.

—¿Es tan importante encontrar a una sin su encanto?

—Cuando mi padre mandó ejecutar a la madre de Damon, ella lo maldijo, a él y a todos sus herederos, para que se mantuvieran esclavizados por la magia de las hadas. Damon sería la única excepción. Nadie sabe si gritó aquello en un intento desesperado de hacer un trato con su rey o como una verdadera maldición. La historia se ha mantenido en secreto y sólo unos cuantos miembros de la corte la conocen, pero desde entonces mi padre ha temido a la magia de las hadas. Y ahora que Damon ya no está, su miedo crece cada día.

—¿Por eso tanta dedicación a cazar hadas y esclavizarlas?

—Sí. Teme que uno de sus hijos, o ambos, se casen bajo el hechizo de un hada. Exterminaría a las hadas si pudiera, pero no ha encontrado la manera de hacerlo.

—Mató a la Reina de las Hadas. Así es como ganó la guerra.

Dante no habló, pero no hacía falta. Todo mundo conocía esa historia.

—¿Piensa que puede sortear la maldición si convence a las mujeres de confiar en el encanto de las hadas —dijo Cinder—, para después despojarlas de él en el bosque y que así sus hijos vean lo que en realidad iban a obtener?

—Exactamente.

—Pero la verdadera magia de hadas puede ser mucho más fuerte.

Cinder miró la zapatilla de cristal que se asomaba del bolsillo de su delantal. Se mantenía clara y limpia, como si ninguna suciedad la hubiera manchado nunca.

—Y es por eso que mi padre recurrió a artimañas. Si todos pensaran que el encanto mágico es suficiente para salirse con la suya, todos lo usarían siempre. ¿Para qué pasar por el costo y el fastidio de la *magia* real cuando la mera *ilusión* es suficiente?

Cinder despreocupadamente exprimió su dobladillo para limpiarlo de sangre, mientras pensaba en lo que Dante acababa de decir.

—Mi padre no sólo quiere que nos casemos sin artimañas: anhela fuerza en su estirpe.

—Alguien que pueda sobrevivir a la cacería.

Dante asintió.

—Eso, y sospecho que también le agrada saber que todos sufrimos, al menos por algunas horas. Disfruta todo lo que puede causar dolor, especialmente si lo disfraza de algo bueno para nosotros.

Ambos permanecieron sentados en silencio unos momentos, retirando sangre de sus ropas.

—Estás tan cautivo como yo —exclamó Cinder.

—Si pudiéramos huir.

—¿Dejarías atrás todo tu reino?

—No es mi reino. Mi padre se ha asegurado de que se cumpla su voluntad incluso después de

que uno de nosotros ascienda al trono.

—¿Qué harías si ya no fueras príncipe?

Dante se encogió de hombros.

—¿Ser un erudito quizá? Puedo escribir cartas para la gente. O dar clases. ¿Un trovador? Me encanta la música. Y estoy seguro de que además tengo mucho talento —dijo sonriendo.

—Por supuesto. Y yo podría tocar la pandereta junto a ti.

—Y leer el futuro.

Ella sonrió.

—De leer el futuro nada sé.

—Está bien. Yo de ser un trovador tampoco.

—Supongo que no importaría porque en el reino de Para Siempre todo mundo es amable y generoso. No tendríamos problemas para salir adelante.

—Ah, entonces ahora vamos a ir a Para Siempre.

—¿Adónde más iríamos sino a la tierra del sol y la alegría?

Estuvieron algún tiempo escuchando el sonido del arroyo. Ambos sabían que ese lugar no existía. Y aun si existiera, sería necesario cruzar el bosque entero para llegar ahí o a cualquier otro reino, real o imaginario.

—¿Conoces el camino para salir de Medianoche? —preguntó Cinder.

—No. Mi padre teme que sus hijos y sus enemigos conspiren contra él si pueden entrar y salir del reino a voluntad. Sólo el nuevo rey lo descubrirá.

Cinder hizo un gesto de asentimiento; no le sorprendía. La noche estaba enfriando y no podían seguir toda la vida sentados junto al arroyo, pero ninguno de los dos tenía prisa por dar fin a ese momento de paz.

Cinder se inclinó para jalar su vestido fuera del agua. Al hacerlo, una zapatilla de cristal cayó del bolsillo del delantal.

—¿Qué es eso? —preguntó el príncipe mirando atentamente el mágico cristal.

Cinder recogió la zapatilla.

—Eran para mi vestido de baile. Cuando las campanas de la torre empezaron a doblar, supuse que ya no las necesitaría.

—¿Puedo verla? —pidió Dante alargando la mano.

Cinder le tendió la zapatilla. Él la tomó cauteloso, como si fuera mucho más que simple calzado.

Detrás de ellos, el trol siseó.

—Regalos de hada.

Cinder lo volteó a ver. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

El príncipe levantó la espada al verlo.

—Tranquilo, es un amigo. O algo así —exclamó Cinder.

Dante esperó un momento antes de bajar la espada. Escudriñó la zapatilla con el ceño fruncido.

—Gallant está buscando a la dama a quien le calce esta zapatilla.

—¿Por qué haría eso tu hermano? —preguntó Cinder ladeando la cabeza.

—Piensa que encontró a su esposa. Declara que está locamente enamorado y la ha reclamado para sí. Yo tuve que prometer no acercarme a ella.

—¿Y eso qué tiene que ver con las zapatillas?

—No está seguro de cómo se ve ella sin su encanto. Encontró una en el bosque y jura que ella la llevaba en el baile. Así que ahora está buscando a la muchacha que pueda ponérsela.

Cinder dio unos golpecitos en sus bolsillos en busca de la otra zapatilla, pero estaban tan vacíos como su estómago. Se sonrojó y no pudo mirar al príncipe a los ojos.

—¿Son tuyas? —preguntó él con voz tensa.

—No precisamente.

Dante relajó los hombros.

—Quiero decir, las usé en el baile, pero son prestadas.

Dante ensanchó los orificios nasales.

—Son del hada —dijo el trol.

El príncipe frunció el ceño.

—¿Hada?

—¿Qué hará tu hermano si encuentra a quien pertenece la zapatilla? —preguntó Cinder.

Dante respondió mirándola a los ojos:

—Casarse con ella.

La mente de Cinder unió los cabos sueltos, y se levantó abruptamente.

—Debemos encontrarlo antes que llegue con el hada. A ella le calzará la zapatilla perfectamente.

CAPÍTULO 41



Se alejaron del arroyo a toda prisa en dirección al lugar donde Dante había visto a su hermano por última vez.

En el camino se cruzaron con dos grupos de cazadores. El príncipe protegía a Cinder y a ellos los ahuyentaba.

Cinder estaba feliz de que lo hiciera. Seguía afectada por el salvajismo con que antes había peleado. Todo mundo sabía que la luna llena provocaba que la gente hiciera cosas extrañas y violentas, pero no quería volver a experimentarlo.

Los cazadores no opusieron resistencia. Estaban más interesados en encontrar su propia presa que en robar la del príncipe.

Los nobles habían aprendido que la realeza tenía maneras de recordar todos los insultos que se les hicieran, por muchos años que hubieran pasado. Entonces, aunque el Rey Oscuro había ordenado a los cazadores que robaran a las mujeres que los príncipes protegieran, lo hacían con timidez y preferían evitar la confrontación con uno de los dos posibles futuros reyes.

Ya casi amanecía cuando Cinder, Dante y el trol encontraron a Gallant.

Estaba en el lindero del bosque con una sonrisa embelesada. Parecía encantado con la dama que estaba frente a él. Parecía imposible hacerlo desviar su atención, por mucho que Dante lo llamara por su nombre mientras gritaban corriendo hacia él.

—Está encantado —dijo Dante resoplando.

—Pero no por la magia —dijo el trol.

—¿Enamorado? —preguntó Cinder mientras brincaba sobre un árbol caído.

El primer rayo de luz cayó sobre la pareja antes de que los tres pudieran alcanzarlos. Gallant y la dama cruzaron los confines del bosque y entraron al amanecer rosa y dorado.

Afuera del bosque había una multitud de gente ovacionando, entre banderas coloridas que se agitaban con el viento. Una hilera de heraldos vestidos del color carmesí oficial llenaba el aire de

gran algarabía con el sonido de sus trompetas. El rey en persona se acercó para estrechar a la pareja en sus amplios brazos.

Cinder, Dante y el trol observaron desde la orilla del aún oscuro bosque. La luz matutina tardaría un poco más en penetrar en él y ninguno de los tres deseaba salir hacia la multitud.

Gallant se veía muy contento al abrazar a su padre y mirar a su amada. Era como si por fin hubiera obtenido todo con lo que había soñado.

Era una imagen de amor y realeza, como de cuento de hadas. Un príncipe apuesto, su nuevo amor y la aprobación de su padre, el rey. Contarían historias de ese momento feliz a las generaciones venideras.

Cinder sentía lástima por él. Todo era mentira.

Gritó para advertirle, pero las ovaciones de la muchedumbre la acallaron. El nuevo heredero al trono besó a su prometida.

Cinder observó a la mujer junto a Gallant. Su piel era perfecta, sus ojos brillaban como joyas. Su larga cabellera destellaba como el oro ante la luz del alba y sus labios eran tan rojos como una manzana en temporada.

Cinder nunca había visto a Lalyn tan hermosa y resplandeciente. Se veía genuinamente feliz.

—Ahora será reina tanto del bosque como fuera —dijo el trol.

Sonaba triste. La pobre criatura parecía atormentada mientras veía al apuesto príncipe besar a la hermosa Lalyn.

Cinder miró al príncipe que tenía a su lado. Había perdido la oportunidad de heredar el reino, pero parecía más preocupado por las artimañas del hada que por no ser el sucesor. Ella supuso que aquello que sentía, en realidad, se parecía más al alivio.

—Podríamos ir y exigir su atención —dijo Cinder sacando la zapatilla de cristal—. Podríamos demostrar que Lalyn es un hada que planeó todo esto. Seguro que me usó para atraer a Gallant.

—Cualquiera de los príncipes habría bastado. Ella sabía que tú eras su mejor apuesta, pues habías llamado la atención de ambos príncipes —observó el trol encogiéndose de hombros—. Pero hizo otras apuestas. A Lalyn no le gusta perder.

Dante miraba a su hermano y sacudía la cabeza.

—Ahora que el compromiso es público, ya nada hay que podamos hacer.

—Podrías decir la verdad a Gallant.

Ambos lo miraron. Se veía contento y enamorado.

—Nunca me escucharía. Me acusaría de sentir celos o de intentar arrebatarle el trono.

—¿Y tu padre?

Lo pensó por un momento y luego sacudió la cabeza.

—Él ya anunció a su heredero. Para revocar esa decisión, tendría que reconocer no sólo que engañaron a un príncipe, sino también al rey. No puede hacer eso sin perder el control de su reino, pues sus enemigos lo tendrán por un viejo loco.

—¿Y si asesinara a Lalyn, o la encarcelara, para luego decir que falleció en un trágico accidente?

El trol rio por la nariz.

—Nunca va a pasar. A Lalyn no le ocurren “accidentes”.

Todos vieron a la multitud, que ovacionaba a la nueva pareja mientras los nobles supervivientes felicitaban con fría formalidad a la pareja real. Nadie parecía recordar que había otro príncipe en algún lugar del bosque.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó Cinder.

Dante la miró. Había en su mirada un fuego que a ella casi la asustó por su intensidad.

—Ven conmigo. Huyamos de todo esto. Después de lo que pasó anoche y esta mañana, nadie notará que nos hemos ido. Y aunque lo hicieran, a nadie le importaría. Podríamos comenzar una nueva vida en otro lugar.

—¿Dónde?

En el pecho de Cinder creció una emoción. Sabía que aceptaría sin importar el destino.

El príncipe miró hacia el bosque. Tampoco él lo conocía.

—Sé de un lugar —dijo el trol.

—¿Por qué tú no has ido ahí? —preguntó Cinder.

—Porque se me ordenó vigilarte.

—¿Quién? —preguntó Dante.

—Lalyn.

—¿Por qué? —preguntó Dante de nuevo.

—Porque ella sabía que estaría en deuda con la muchacha. Me ordenó que la vigilara, y cuando Lalyn obtuviera lo que buscaba, yo debía ofrecerle un salvoconducto a través del bosque.

—¿Hacia dónde?

—Adonde ella quisiera.

—¿Cómo sabemos que esto no es una trampa? —preguntó Dante.

—Lalyn no desea deudas. Si aceptas —dijo el trol a Cinder—, yo los guiaré por el bosque y llegarán a su destino a salvo. Ninguna bestia ni hada salvaje les hará daño. ¿Estás de acuerdo con aceptar este pago por todo lo que te debe?

—¿Qué es lo que me debe? —preguntó Cinder.

—Haberla liberado del establo en el que estaba encerrada, unida a un caballo espectral. Haberle ofrecido de comer y beber y de vestir, y todos los otros obsequios que le endilgaste, los quisiera o no.

Cinder y Dante se miraron maravillados. El trol conocía el camino por el bosque. El camino al ancho mundo.

Hacia la libertad.

CAPÍTULO 42



—¿A dónde...? —empezó a preguntar Cinder, pero conocía la respuesta aún antes de que terminara de plantearla.

—Al reino de Para siempre —dijeron Dante y ella al unísono.

—¿Puedes llevarnos al reino de Para Siempre? —preguntó Cinder al trol.

Éste arrugó la nariz, pero asintió.

Cinder dio un pequeño grito ahogado y su piel se erizó.

—Entonces, ¿es real? —preguntó.

Con aire despectivo, el trol asintió.

Cinder y Dante intercambiaron otra mirada de maravilla cautelosa. En los ojos de Dante había más cautela que maravilla, pero ahí estaba ésta.

—¿Es un reino de luz y alegría, como dicen? —preguntó Cinder.

—No lo sé —refunfuñó el trol—. Yo no me acerco allí, pero sé dónde está. Los llevaré hasta donde pueda y luego les indicaré la dirección a seguir.

Eso era suficiente para que Cinder y Dante lo decidieran.

—¿Y qué va a pasar con Lalyn? —preguntó Dante.

El trol se encogió de hombros.

—Alguien conseguirá matarla por haber traicionado a los suyos. A casi todas las hadas les repugna una unión con humanos. O lograrán esclavizarla y venderla de nuevo a sus tan preciadas personas. O la desmembrarán para dar de comer a sus hijos mestizos. No importa.

A Cinder le sorprendía la frialdad de las palabras del trol. El príncipe, que quizá ya no era tal, no parecía sorprendido. Ella supuso que estaba acostumbrado a ese frío lenguaje en la corte del Rey Oscuro.

—¿Renunciarás al trono? —preguntó a Dante.

—No hay algo que pueda hacer a menos que ataque con un ejército. Y como no tengo uno, o lo

busco o me busco otra ocupación.

—Si eres lo bastante listo, en la nueva tierra podrás acceder a ambas opciones —dijo el trol.

El príncipe asintió. Acto seguido, se retiró la pequeña corona de la cabeza.

Más allá de los linderos del bosque, la multitud se alejaba, siguiendo a la feliz pareja al castillo.

Entre el gentío, Cinder alcanzó a ver a Helene y a sus hermanastras. Llevaban puestos los vestidos hechos jirones y remendados que habían pertenecido a Cinder y Lalyn. Ella casi había olvidado que esos vestidos habían sido utilizados para los vestidos de baile encantados.

Helene y sus hermanastras habían padecido durante la cacería, pero habían sobrevivido. Trataron de dar marcha atrás y correr a los callejones de Medianoche para nunca más ser vistas, pero descubrieron que no podían.

Habían acumulado una deuda considerable con Lalyn y ella no era de las hadas que olvidan esas cosas. Así, la madrastra y las hermanastras de Cinder se encontraron con que estarían al servicio de la Reina de las Hadas.

Cinder y su príncipe las miraron caminar hacia el castillo rezagadas en el desfile de la familia real.

—¿Partimos a nuestro nuevo hogar, Cinder?

El príncipe se veía muy guapo con sus galas. En su pecho brillaban unos hilos de oro y su cuello de seda se veía limpio y brillante.

¿Escapar a una nueva vida con su apuesto príncipe? ¿Por qué no? Los aguardaban una nueva vida y nuevas aventuras. Podrían enfrentarlas juntos.

Cinder asintió, sonriendo feliz.

—¡Sí, su alteza, sí!

Rio mientras él la alzaba en brazos y la hacía girar en amplios círculos.

Cuando éste la bajó, ella dijo:

—Pero antes tenemos que buscar a mi amiga Silver para que venga con nosotros.

—Debo guiarlos por el bosque y regresar con Lalyn lo más pronto posible —dijo el trol—, así que hagan lo que tengan que hacer, pero pronto.

Cinder dejó a Dante con el trol para no revelar el escondite de Silver en el bosque. Fue corriendo entre los árboles, esperando llegar antes de que la mujer se hubiera marchado. Prefería no tener que salir al pueblo si podía evitarlo. ¿Quién sabe qué podía pasar si se apartaba del bosque?

Silver estaba reuniendo su alijo de armas para partir cuando Cinder la encontró.

—Entonces, estás viva —dijo mientras colgaba el arco sobre su hombro.

—Silver, ya nos vamos. Me voy con... —Cinder tuvo que sonreír porque no podía creer lo que estaba diciendo— uno de los príncipes.

Silver arqueó las cejas.

—¿En verdad? ¿Y adónde podrían ir tu principito y tú?

Cinder respiró hondo.

—Al reino de Para Siempre.

La expresión de Silver cambió casi imperceptiblemente. Seguía siendo estoica, pero cautelosa,

como si supiera algo que los demás no. No era ilusión, pero tampoco incredulidad.

—Es una larga historia —dijo Cinder—. Debemos partir ahora. Te contaré en el camino.

—¿Estás segura de que esto es lo que deseas?

—Si se presenta la oportunidad de ser libres y felices, hay que tomarla. Vamos.

—Mi camino apunta en otra dirección.

—¿Qué? ¿Quieres quedarte aquí? ¿En este horrible lugar lleno de monstruos? ¿Vendiéndole tus flores a gente que caza aldeanos y puede ser gobernada por un retorcido rey?

Silver sonrió levemente.

—Bueno, si lo dices de esa manera, es cierto que suena tonto.

Estrechó a Cinder en un largo abrazo.

—Mi vida está comprometida con una causa, niña, y esa causa es más grande que mi deseo de paz.

Cinder sostenía las manos de Silver.

—No puedes rescatar a suficiente gente para que haya una diferencia. La cacería va a continuar.

—No estoy hablando de la cacería. Estoy hablando de la guerra.

—Silver, las Guerras Salvajes ya terminaron. En casi toda mi vida no ha habido guerra.

—No estoy hablando de las guerras del pasado, sino de la guerra que está teniendo lugar ahora mismo. No con ejércitos y espadas, sino con la oscuridad que entra arrastrándose sin que la vean

—Silver echó un vistazo al bosque—. Me parece que está cerca, sucederá pronto. Ahora más que nunca, Medianoche necesita a viejos soldados como yo.

Silver dio un ligero apretón a las manos de Cinder antes de soltarla.

—Vete, niña. Sé libre. Y que vivas feliz para siempre.

Cinder, aturdida, miró a Silver recoger sus armas y alejarse.

—Silver...

La mujer de cabello plateado levantó la mano para despedirse antes de continuar su camino.

CAPÍTULO 43



Cinder y el príncipe de Medianoche se adentraron en lo profundo del bosque siguiendo al trol hasta que el sol salió. Y así fue como finalmente se liberaron del reino oscuro.

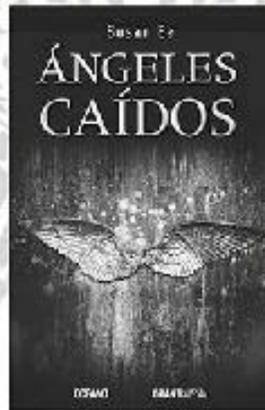
Hay quienes dicen que el trol los engañó y los llevó a la tierra de las hadas. Cuenta la historia que después de muchos padecimientos y aventuras, se convirtieron en los gobernantes de esa tierra fantástica.

Otros dicen que el trol había hablado con la verdad y en verdad condujo a la pareja al lejano reino de Para Siempre, tierra de luz y felicidad. La familia real de Para Siempre les dio la bienvenida como huéspedes permanentes de su castillo y se convirtieron en grandes amigos.

Sin importar cuál de las historias creyera la gente, nadie ponía en duda que Cinder y su príncipe habían vivido felices para siempre. ¿Cómo podía ser de otra manera? Después del reino oscuro, cualquier cosa es vivir felices para siempre. Eso fue especialmente cierto después de que la sombra negra se apoderó de Medianoche, cuando un hada se convirtió en reina.

Dicen que hasta la fecha, el rey Gallant busca a la verdadera dama con la que debió casarse. Convencido de que su hermano la robó y se la llevó a la tierra de las hadas salvajes, puede versele deambulando por el bosque, lejos de su lúgubre reina y sus monstruosos hijos.

Dicen que cada luna llena puede oírse al rey Gallant en el bosque llamando a esa hermosa muchacha que una noche perdiera una zapatilla de cristal.





Susan Ee es una autora de éxito internacional y sus libros han sido traducidos a veinticuatro idiomas, en particular su trilogía *El fin de los tiempos*. Ha sido finalista del Premio Cybils, nominada a los Premios Goodreads Choice y ha formado parte de una antología que obtuvo un Premio Aurora. Sus libros han sido incluidos en las listas de mejores del año por Amazon Estados Unidos y Amazon Reino Unido. A Susan le encanta ser escritora porque le permite dar rienda suelta a su imaginación.

susanee.com

 [@Susan_Ee](https://twitter.com/Susan_Ee)

 [SusanEEofficial](https://www.facebook.com/SusanEEofficial)

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

CINDER Y EL PRÍNCIPE DE MEDIANOCHE

Título original: *Cinder & the Prince of Midnight*

© 2019, Feral Dream LLC

Traducción: Laura Lecuona

Diseño e ilustración de portada: Mariana Palova

D.R. © 2020, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Homero 1500 – 402, Col. Polanco

Miguel Hidalgo, 11560, Ciudad de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición en libro electrónico: enero, 2020

eISBN: 978-607-557-122-5

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

OCEANO



GRANTRAVESÍA



www.oceano.mx



GRANTRAVESÍA

www.grantravesia.com



www.facebook.com/oceanograntravesia



www.twitter.com/oceanoGTravesia



www.youtube.com/user/oceanotravesia



www.instagram.com/grantravesia

ÍNDICE

[Portada](#)

[Página de título](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Datos de la autora](#)

[Página de créditos](#)

ILUSTRACIONES
FRANK MILLER

TEXTO
THOMAS WHEELER

MALDITA



GRANTRAVESÍA

Maldita

Miller, Frank

9786075570822

476 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Aqué! que empuñe la Espada de Poder será el único y verdadero rey. Pero, ¿y si la espada ha elegido a una reina?

Nimue creció siendo una marginada. Su conexión con la magia oscura la convirtió en alguien temible para su pueblo Druida, pero ella siempre ha querido escapar de aquellos que la repudian. Hasta que un día su aldea es asaltada brutalmente por los Paladines Rojos, y el destino de Nimue se ve alterado para siempre. Antes de morir, su madre le designa la misión de entregar una antigua espada a un hechicero legendario, y en ese momento se convierte en la única esperanza de su diezmado pueblo.

Nimue recibe la ayuda de un mercenario encantador llamado Arturo, y lo que queda de su gente, los Inefables. Mientras tanto, ella blande la espada destinada al verdadero rey, y lucha sin piedad contra los paladines y los ejércitos de un rey corrupto.

Aunque Nimue sólo pretende unir a su pueblo, vengar a su familia y descubrir la verdad sobre su origen, poco a poco descubrirá que quizá lo único capaz de cambiar el destino sea el filo de su espada.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Susan Ee

EL FIN DE LOS TIEMPOS



GRANTRAVESÍA

El fin de los tiempos. Ángeles caídos 3

Ee, Susan

9788494528200

424 Páginas

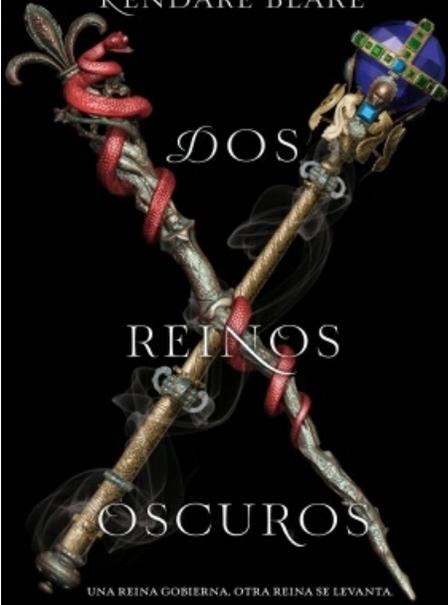
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de Ángeles caídos y El mundo del mañana, sigue una tercera parte en la cual volvemos a encontrarnos con Penryn, una chica que sobrevive en un mundo devastado a raíz de la guerra que enfrenta a los ángeles. En esta atmósfera opresiva y violenta los seres humanos son meras víctimas, peones de un ajedrez aterrador. La larga odisea emprendida por Penryn en busca de su hermana parece haber llegado a su fin. Durante el trayecto, la relación con el ángel Raffae parece haberse definido. También encontramos a una Penryn más osada que no duda en empuñar la espada para defenderse. Sin embargo, aún quedan muchos y muy peligrosos retos que enfrentar, pues los riesgos acechan a cada paso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Autora de *Tres Coronas Oscuras*, best seller #1 del *The New York Times*

KENDARE BLAKE



DOS
REINOS
OSCUROS

UNA REINA GOBIERNA, OTRA REINA SE LEVANTA.

GRANTRAVESÍA

Dos reinos oscuros

Blake, Kendare
9786075570396
416 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La reina Katharine ha esperado toda su vida para llevar la corona. Pero su reino no está en paz: su pueblo no la quiere, los rumores sobre una rebelión son cada día más fuertes, y la niebla parece un enemigo más. Sin embargo, su peor pesadilla es saber si sus hermanas están realmente muertas o a la espera de usurpar el trono.

Mirabella y Arsinoe se esconden en el continente, hasta que el espectro de una legendaria Reina Azul las impulsa a regresar a Fennbirn sin darles una razón.

Y Jules, oculta en la isla, es instada por su protectora, una chica con el don de la guerra y una oráculo, a asumir un papel que nunca imaginó: el de ser la Reina Legión y crear un ejército rebelde para derrocar a Katharine.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Best seller #1 de *The New York Times*

VICTORIA AVEYARD



LA ESPADA
DE CRISTAL

ARRODILLARSE O SANGRAR

GRANTRAVESÍA

La espada de cristal

Aveyard, Victoria

9786075270210

556 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El segundo libro de la apasionante trilogía La reina Roja, sigue las aventuras de Mare Barrow en su búsqueda de justicia. La sangre de Mare Barrow es roja, del color de los empobrecidos, la gente común; sin embargo, su capacidad sobrehumana de controlar los relámpagos la ha puesto en la mira de la realeza. Es allí, entre el glamour y la buena vida de la corte, donde Mare carga con el estigma de la abominación, y donde conoce también una amarga traición. Entre sábanas de seda, sin embargo, nuestra protagonista descubre otra cosa: ella no es la única Roja con habilidades especiales. Así, Mare deberá encontrar y unir bajo un solo estandarte a los de su clase, en contra de la opresión de los Plateados, pero, en su implacable búsqueda de venganza, ¿no está en riesgo de convertirse en aquello que combate?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Best seller #1 de *The New York Times*

VICTORIA AVEYARD



LA JAULA
DEL REY

T O D O A R D E R Á

GRANTRAVESÍA

La jaula del rey

Aveyard, Victoria

9786075272948

604 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Debilitada y prisionera, privada de su potente rayo y atormentada por sus errores, Mare Barrow se ha postrado a los pies de un traidor. La otrora "Niña Relámpago" vive ahora a merced del joven que alguna vez amó, Maven Calore, espurio rey de Norta, quien continúa su malévolas campaña de expansión y genocidio. Pero más allá de las murallas palaciegas, la rebelión Roja crece y se multiplica; y el joven príncipe Cal, legítimo heredero del trono, hará todo lo posible por rescatar a su amada. Sangre roja y plateada correrá por pasillos y plazas. ¡Que resuenen poderosos los tambores de guerra!

[Cómpralo y empieza a leer](#)